Pensamiento sobre integración y latinoamericanismo

Orígenes y tendencias hasta 1930

Colección **Integra**temas

NÚMERO 7: PENSAMIENTO SOBRE INTEGRACIÓN Y LATINOAMERICANISMO

Autor: Alejandro Casas
ISBN: 978-958-9262-99-3
© Alejandro Casas
© Plataforma Interamericana de Derechos Humanos, Democracia y Desarrollo
Cra. 10 Nº 24-76, Of. 805, Tel. (571) 341 0535
Correo electrónico: regional@pidhdd.org
Página web: www.pidhdd.org

COORDINACIÓN ACADÉMICA
Camilo Castellanos

COORDINACIÓN EDITORIAL
Marta Rojas

EDICIÓN
Luisa María Navas Camacho

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN
Martha Isabel Gómez, Nelson Beltrán

ILUSTRACIONES
Verónica Chaves

IMPRESIÓN
Ediciones Ántropos

1ª edición, Bogotá, Colombia, 2007

Agencias de cooperación que apoyan institucionalmente a la PIDHDD: ICO, 11.11.11, Diakonía, Derechos y Democracia, Novib, Hivos, Christian Aid

El contenido de cada libro de la colección Integratemas es solo responsabilidad de sus autores y autoras.

INTEGRATEMAS 7

Pensamiento sobre integración y latinoamericanismo

Orígenes y tendencias hasta 1930

Alejandro Casas

Contenido

PRESENTACIÓN » P. 9
INTRODUCCIÓN » P. 13
GLOSARIO » P. 21

CAPÍTULO 1

» P. 26

PROYECTO UNIONISTA EN LA INDEPENDENCIA. EMERGENCIA Y APOGEO

33 Gérmenes del pensamiento independentista e integracionista
Miranda: la Magna Colombia
Picornell, Gual y España: la lucha unitaria

42 Carácter continental de la Primera Independencia

48 San Martín: "Un gobierno general de toda la América unida"

52 Bolívar: "Una sola debe ser la patria de todos los americanos"

CAPÍTULO 2

» P. 60

BALANCE DEL PENSAMIENTO INTEGRACIONISTA EN LA INDEPENDENCIA

63 Importancia del Congreso de Panamá

68 Diversidades y tensiones en el proyecto nacional-unionista
El jacobinismo y la independencia
Diversas perspectivas, pero con objetivos comunes de unidad

76 Clases y grupos sociales y proyectos de integración

CAPÍTULO 3

» P. 84

FRAGMENTACIÓN NACIONAL Y RECONSTRUCCIÓN DEL IDEARIO LATINOAMERICANISTA

86 Freno a la unidad y nacimiento de los Estados nación

Balcanización, guerras y Estados nación

Liberalismo y conservatismo

Capitalismo criollo y expansionismo imperialista

95 Prácticas integracionistas desde el Sur. Hitos en el siglo XIX

100 Hacia una identidad propia o seguir el camino de otros

Simón Rodríguez

Andrés Bello

Domingo Faustino Sarmiento

Juan Bautista Alberdi

Francisco Bilbao

121 Protagonismo femenino

122 Balance de una época

CAPÍTULO 4

» P. 124

EMERGENCIA DE UN NUEVO LATINOAMERICANISMO

132 José Martí: 'nuestroamericanismo' popular y antiimperialista

143 Recuperación de aportes españoles, pero con un sentido y un proyecto propios

145 José Enrique Rodó: arielismo latinoamericanista

CAPÍTULO 5

» P. 154

NUEVAS DIMENSIONES DEL LATINOAMERICANISMO

156 La revolución mexicana

158 José Vasconcelos: "misión de la raza iberoamericana"

161 Sandino: "nunca aceptar una vida de oprobio y de vergüenza"

165 Vargas Vila, Ugarte y Blanco Fombona

168 Ingenieros:"Latinoamérica para los latinoamericanos"

169 Haya de la Torre: indoamericanismo antiimperialista

172 Mella: "concretar de manera precisa el ideal de Bolívar"

173 La reforma de Córdoba

176 Mariátegui y el marxismo latinoamericano

El socialismo: perspectiva ineludible

Marxismo y latinoamericanismo de Mariátegui

ALGUNAS CONCLUSIONES

» P. 189

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

» P. 197

El sur también existe

MARIO BENEDETTI

Con su ritual de acero
sus grandes chimeneas
sus sabios clandestinos
su canto de sirenas
sus cielos de neón
sus ventanas navideñas
su culto a dios padre
y de las charreteras
con sus llaves del reino
el norte es el que ordena

pero aquí abajo abajo
el hambre disponible
recorre el fruto amargo
de lo que otros deciden
mientras que el tiempo pasa
y pasan los desfiles
y se hacen otras cosas
que el norte no prohíbe
con su esperanza dura
el sur también existe
con sus predicadores
sus gases que envenenan
su escuela de chicago
sus dueños de la tierra
con sus trapos de lujo
y su pobre osamenta
sus defensas gastadas
sus gastos de defensa
son su gesta invasora
el norte es el que ordena
pero aquí abajo abajo
cada uno en su escondite
hay hombres y mujeres
que saben a qué asirse
aprovechando el sol
y también los eclipses
apartando lo inútil
y usando lo que sirve
con su fe veterana
el sur también existe

con su corno francés
y su academia sueca
su salsa americana
y sus llaves inglesas
con todos sus misiles
y sus enciclopedias
su guerra de galaxias
y su saña opulenta
con todos sus laureles
el norte es el que ordena

pero aquí abajo abajo
cerca de las raíces
es donde la memoria
ningún recuerdo omite
y hay quienes se desmueren
y hay quienes se desviven
y así entre todos logran
lo que era un imposible
que todo el mundo sepa
que el sur también existe

Presentación

Este libro relaciona el latinoamericanismo y el pensamiento sobre la integración en Nuestra América durante el siglo diecinueve y primeras décadas del veinte. ¿Para qué recurrir a situaciones tan lejanas, si las preguntas que se nos hacen sobre la integración son del presente y hacia el futuro? ¿Qué vínculos hay entre el latinoamericanismo de esos años y la integración de ahora?

Ocurre en ocasiones que persiguiendo respuestas para alguna cuestión relevante, utilizamos sólo herramientas y pensamientos del momento. Al surgir nuevas preguntas, la labor, entonces, se multiplica, mientras parecen agotarse los recursos para abordarla. Nos servimos sobre todo del contexto actual, del lenguaje de estos días, de las emociones y razonamientos propios de la época. Del pasado resaltamos, por lo general,

sólo las consignas y el aura que *per se* da la historia a las cosas que fueron.

El texto de Alejandro Casas nos muestra otra manera de utilizar los hechos, pensamientos y experiencias de siglos y años anteriores. Su criterio es práctico y asume los riesgos de la búsqueda. Como en cualquier investigación, se trata de descubrir y descubre cosas inesperadas, por su actualidad. También, entrega lecciones utilísimas para el quehacer. Y en especial, ayuda a entender elementos profundos de nuestra identidad y de nuestra manera de hacer las cosas.

El latinoamericanismo de los años escogidos en este ensayo es una fuente de claves para pensar los caminos de la integración. Y es que constituyendo uno de nuestros grandes patrimonios, es posible actualizarlo según los requerimientos del presente. Una de esas claves es la mirada compleja de la integración, al considerar el entramado de contenidos culturales, sociales, ideológicos, políticos y económicos que abarca, por lo que acude al concurso de muchas disciplinas. Una mirada más acorde con la realidad, menos simplificada que la de estos días en los que el mercado parece el absoluto.

Otra de las claves es la transformación política del territorio americano. La geografía en movimiento, las

separaciones de los pueblos por fronteras artificiales, la arbitrariedad en la creación de nuevas divisiones políticas y la división entre hermanos.

Una más. El libro de Alejandro Casas muestra que nuestra historia común ha tenido la osadía, pero también la limitación, de definirse en contravía de la subordinación y del abuso de los poderosos. Y también que hay momentos en que lo propositivo gana camino. Es la misma dinámica presente. Por eso que sea una urgencia basarnos cada vez más en nuestras propias riquezas, nuestros patrimonios, en la fuerza de lo que somos.

Quien lea este libro descubrirá una historia cercana a la suya y tal vez palabras y sensaciones acertadas para describir la actualidad.

Introducción

Este texto aborda momentos significativos del pensamiento sobre la integración latinoamericana, así como del llamado latinoamericanismo, desde las luchas independentistas en el siglo XIX hasta los años 30 del siglo XX.

Somos conscientes de las dificultades para llevar a cabo esta tarea. En primer lugar, es una temática compleja que abarca un importante período histórico, una diversidad de regiones, de formas culturales y configuraciones socioeconómicas –aun considerando la existencia de una "unidad en la diversidad" en lo que nombramos como América Latina– y que admite distintas lecturas.

La integración se redujo en las últimas décadas a lo meramente económico-comercial, por ejemplo, en los primeros años de existencia del Mercosur (Mercado Común del Sur); o se ha ideologizado (en el sentido

de ocultamiento de la realidad), como en el caso de pretender imponer el Área de Libre Comercio para las Américas (Alca) o la firma de los tratados de libre comercio (TLC) de nuestros países con Estados Unidos.

Se requiere, entonces, rescatar otras dimensiones de la integración: la social, la cultural, la ideológica y la política, al mismo tiempo que proponer una verdadera y soberana integración económica. Recuperar esa complejidad supone hacerlo desde distintos pensamientos, situados en diversos terrenos y conectados fuertemente en muchos casos con la praxis socio-política de los distintos sujetos y movimientos sociales. Supone también intentar vincular diversos campos teóricos y del pensamiento, como la economía y la teoría política, la historia, la crítica literaria, la filosofía y la historia de las ideas, etcétera.

En segundo lugar, es una cuestión que no ha sido suficientemente valorada en los estudios realizados desde las ciencias sociales y humanas en América Latina. Sólo en los últimos años comienza a retomar la importancia que tuvo en otros momentos y que se perdió en los tiempos del predominio del neoliberalismo y del llamado Consenso de Washington. Los estudios contemporáneos sobre la cuestión aparecen en forma

fragmentada y aislada, salvo buenas excepciones que intentaremos retomar.

De alguna manera, la temática ha corrido la misma suerte que otras preocupaciones teóricas vinculadas a nuestra realidad: se ha pautado de acuerdo con esquemas eurocéntricos e intereses ajenos, con lo que se enfatiza, por ejemplo, en la apertura comercial indiscriminada y en los modelos de integración experimentados por otras naciones. O se ha caído en el error contrario: subrayar en exceso una supuesta originalidad latinoamericana para defender un 'atrincheramiento' y un relativo aislamiento del resto del mundo. En otro sentido muy diferente, se debe promover para los pueblos latinoamericanos la alternativa posible de la "integración en la globalización" (Guadarrama, 2004,15).

Por último, la propia realidad social y política de nuestros pueblos impone la necesidad de crear, recuperar y recrear una teoría crítica latinoamericana, en este caso vinculada a los debates sobre la integración y el latinoamericanismo. Para la integración latinoamericana, hoy resurgen con fuerza la figura y el ideario de Simón Bolívar, José Artigas o Francisco Bilbao; la prédica y prácticas antiimperialistas y radical-democráticas de José Martí o Augusto César Sandino; la vigencia de un marxismo "que no sea calco y copia"

sino “creación heroica”, como el de Mariátegui o el Che Guevara; el espíritu creativo de Raúl Prebisch o Celso Furtado, de las teorías de la dependencia, de la teología y la filosofía de la liberación, de nuestra amplísima narrativa, etc. Cada vez es más urgente retomar estos aportes, más cuando parecen acompasarse y retroalimentarse con muchos cambios que se buscan impulsar actualmente en América Latina.

En el recorrido de este libro nos referimos a las formulaciones en términos de ideas o teoría social sobre la integración y el latinoamericanismo. Mencionamos el contexto, cuando lo vemos necesario para clarificar la presentación. Nos centramos, en algunos casos, en las visiones de algunos importantes líderes políticos; en otros, vamos a estudios más académicos, o a la praxis de movimientos sociales, culturales y políticos, pues se entiende que el análisis de las ideas, de la conciencia y del pensamiento nunca debe considerarse como una cuestión individual, donde dejemos fuera los contextos histórico-sociales y territoriales, ni como producto del espontaneísmo, sino que debe vincularse a la praxis y la realidad social e histórica.

Pueden identificarse dos grandes etapas particularmente importantes en el desarrollo del pensamiento integracionista en el período aquí abordado. Una com-

prende las primeras revoluciones y el pensamiento de la mayoría de los líderes independentistas frente a los imperios español y portugués. Trata desde los esfuerzos por conformar una confederación o unión americana o hispanoamericana, con figuras sobresalientes como, entre otros, Bolívar, San Martín, O´Higgins, Sucre, hasta los sucesos del Congreso de Panamá en 1826. Este tiempo se prolonga, con otros intentos y formulaciones, hasta la segunda mitad del siglo XIX, cuando resaltan el pensamiento y las figuras de Simón Rodríguez, Francisco Bilbao y Torres Caicedo.

La segunda etapa abarca el ideario teórico-práctico de José Martí y de la llamada 'Generación del 900', con José E. Rodó como un exponente importante, de características claramente latinoamericanistas y antiimperialistas. Remite a sucesos como la guerra de independencia de Cuba y Puerto Rico, y luego a la Revolución Mexicana, la reforma universitaria de Córdoba y la articulación continental estudiantil, al crecimiento de corrientes y movimientos socialistas y marxistas. Este proceso se vincula al rechazo a las intervenciones militares y anexiones de los Estados Unidos en América Latina –que se producen desde la guerra con México a mediados del siglo XIX al amparo de la 'doctrina Monroe' y del expansionismo del capitalismo estadou-

nidense– y tiene expresiones originales, entre otros, en José Vasconcelos, Augusto César Sandino, Julio Antonio Mella y José Carlos Mariátegui.

Este trabajo se basa en destacadísimas contribuciones de distintos estudiosos de la temática (véase recuadro) y en algunos trabajos previos[1]. En síntesis, pretendemos aportar un recorrido panorámico por distintos momentos del pensamiento integracionista y latinoamericanista. Es un trabajo introductorio; la periodización y la selección de algunos autores y concepciones pueden resultar arbitrarias y asumimos las posibles ausencias y déficit de nuestro abordaje. Nos mueve el deseo contribuir a revalorizar y recrear el patrimonio de ideas, concepciones y prácticas de nuestros pueblos y naciones latinoamericanas, para construir una integración posible y diferente. Si lo-

1 Aquí se retoman cuestiones tratadas parcialmente en nuestro artículo *Pensamiento crítico y marxismo en América Latina: algunas trayectorias entre Bolívar y Mariátegui*, publicado en Fernández Retamar (2006). Varias de ellas se vinculan con los estudios realizados en el marco del Doctorado en Servicio Social (Brasil, UFRJ) y con la tesis *Marxismo y pensamiento crítico en América Latina: dependencia, liberación y crítica de las utopías* (marzo 2007, mímeo), con nuestra participación en el *Grupo de Estudios de América Latina* de dicha Universidad y con la labor docente en el Departamento de Trabajo Social (FCS) de la Universidad de la República, Uruguay.

ACERCA DEL PENSAMIENTO SOBRE INTEGRACIÓN Y LATINOAMERICANISMO (1800-1930)

- Ángel Rama, con *La ciudad letrada*, publicada en 1998.
- Arturo Andrés Roig, con su *Teoría y crítica del pensamiento latinoamericano*, de 1981.
- Arturo Ardao, con sus textos *Nuestra América Latina*, de 1986 y su serie de artículos *Raíces de la integración latinoamericana*, publicados en Cuadernos de Marcha en 1997-8.
- Augusto Salazar Bondy, con *¿Existe una Filosofía de nuestra América?*, de 1968.
- Fernando Aínsa con su *Necesidad de la utopía*, de 1990, y su *Reconstrucción de la utopía*, de 1999.
- Jorge Larraín, con su *Modernidad, razón e identidad en América Latina*, de 1996.
- José Luis Romero, con su *Prólogo* a *Pensamiento Político de la Emancipación*, en 1977.
- Leopoldo Zea (compilador), con *El pensamiento latinoamericano*, de 1976, y sus *Ideas en torno de Latinoamérica*, de 1986, entre muchos otros.
- Luis Vitale con *La larga marcha por la unidad y la identidad latinoamericana: de Bolívar al Che Guevara*, de 2001.
- Ricaurte Soler, con su *Idea y cuestión nacional latinoamericanas: de la independencia a la emergencia del imperialismo* de 1980.

- Roberto Fernández Retamar, en sus textos *Calibán*, de 1971, *Todo Calibán*, de 2004, y *Pensamiento de nuestra América*, de 2006

gramos despertar la curiosidad del lector e incitarlo a profundizar y a trabajar por esa otra integración que buscamos y queremos, el objetivo estará cumplido.

Glosario

Anfictión

Cada uno de los diputados de la Anficionía.

Anfictionía

Confederación o asamblea de las ciudades griegas para tratar asuntos de interés común. La anfictionía aseguraba soluciones que contaban con un vigoroso apoyo y contribuían a la concordia entre los pueblos y a la estabilidad de sus instituciones El ejemplo histórico de los griegos permitió a Bolívar hablar de un Congreso Anfictiónico (véase http://www.simon-bolivar.org).

Balcanización

Término originado en la división político-territorial de la región de los Balcanes en estados menores. En relación con Latinoamérica, ilustra el alcance del proceso de división de las naciones durante el siglo pasado (www.pjbonaerense.org.ar/abcpolitico/diccionario/).

Clasismo

Actitud acorde con los intereses de clase. Se entiende tanto en el sentido de defender los propios intereses como en el de discriminación.

Confederación

Alianza, liga, unión o pacto entre personas, grupos o Estados (Drae).

Economía política

Ciencia que trata del desarrollo de las relaciones sociales de producción y estudia las leyes que rigen la producción, la distribución, el cambio y el consumo de los bienes materiales (Borísov y Makárova_http://www.eumed.net/).

Expansionismo

Tendencia de un país a extender sobre otros, con cualquier medio, su dominio económico, político, cultural e ideológico.

Fisiocracia

Sistema económico que atribuía exclusivamente a la naturaleza el origen de la riqueza (Drae).

Hegemonía

Dirección que predomina en una sociedad en términos políticos, morales, culturales e ideológicos. Dicho de otra manera, es un hecho de concepción del mundo que tiene preeminencia en una sociedad.

Ilustración

Movimiento filosófico y cultural del siglo XVIII, que acentúa el predominio de la razón humana y la creencia en el progreso humano.

Jacobino

Partidario del jacobinismo. En nuestra América se habló de jacobinos por influencia de la Revolución Francesa. Para entenderlo, es necesario remontarse a esa etapa. El jacobinismo evoca una élite política que asumió, en términos generales, aunque con matices, la salvación de lo público y se arrogó su representación. En su expresión más radical, realizó su labor incluso mediante el terror (Robespierre). El término ha sido muy elástico en su utilización. Por su faceta de defensor de lo público, o por extensión, del pueblo, el jacobinismo se puede relacionar con la vocación por transformar la sociedad, con la independencia y la soberanía nacional. Y se resalta por otro lado el hecho de ser propio de una cúpula con posturas radicales.

Monarquía constitucional

Sistema político en el que el rey se somete a la Constitución y su poder se deriva de lo que la Constitución le permita.

Nordomanía

Afán de imitación de lo nordatlántico, o en general, de un modelo extraño. Rodó lo vio en su momento –1900– y fue la primera voz en denunciarlo (http://letras-uruguay.espaciolatino.com).

Positivista

Partidario del positivismo, sistema filosófico que admite únicamente el método experimental y rechaza toda noción *a priori* y todo concepto universal y absoluto (Drae).

Praxis

Proceso y a la vez acto conciente. Nos dice que en la actividad humana interviene la conciencia y que por ello el resultado existe dos veces: como resultado ideal y como producto real (http://www.monografias.com).

Prosodistas

El término viene de *prosodia*, parte de la gramática que enseña la recta pronunciación y acentuación (Drae).

Teocráticos

Deriva de teocracia, sociedad en la que la autoridad política, considerada emanada de Dios, la ejercen sus ministros (Drae).

CAPÍTULO 1

Proyecto unionista en la independencia. Emergencia y apogeo

En América Latina, las ideas han sido eternas compañeras de las luchas de los pueblos, desde la época colonial. Unas se han construido al calor de las otras. Y desde las primeras revoluciones se ha invocado la unidad continental. Así se mantuvo la perspectiva, aun después de reconocer los avatares, marchas y retrocesos del proceso independentista y las ideas integracionistas. La integración se entendió como condición necesaria de la independencia.

Durante el proceso de la independencia política de España y Portugal, pueden identificarse tres grandes etapas en la formulación y conformación del proyecto de unidad hispanoamericana, en cuanto construcción de la "patria grande".

La primera, previa al estallido generalizado de los movimientos revolucionarios y que se identifica como la de los 'precursores', en buena medida fundamentó e impulso inicial de las etapas posteriores. La segunda, entre 1810-1821, que consiste en la formulación e intercambio de declaraciones unilaterales de unionismo continental; la tercera, entre 1821 y 1828, que supone el planteamiento de gestiones diplomáticas de unionismo continental (véase Ardao, 1997b, 5-8).

En la segunda etapa pueden precisarse dos momentos: entre 1810 y 1815, cuando las declaraciones unionistas no llegaron a formalizar la conexión entre

el Norte y el Sur del continente y se llega al aparente reflujo de la idea unionista sobre el final del mismo. Fue hacia 1815 cuando se consolidó el "nacionalismo de las patrias chicas" (con sus provincianismos o regionalismos) a la vez que se fortaleció la amenaza de una gran reacción peninsular, lo que Bolívar expresó en la *Carta de Jamaica* de 1815; y un segundo momento entre 1816 y 1821, cuando se accedió a aquella conexión a través de la irradiación de los dos grandes focos de alcance continental que fueron desde entonces –y sólo a partir de ese momento– las figuras de Bolívar y San Martín. El unionismo continental emerge, aflora nuevamente y continúa en franco ascenso.

Otro momento importante, en la tercera etapa, entre 1821 y 1823, contiene las misiones itinerantes encomendadas por Bolívar. Finalmente, a partir de 1824, se pasó a uno de diplomacia 'multilateral', que desembocó en la convocatoria y realización del Congreso de Panamá en 1826 y que se frustró definitivamente en Tacubaya (México) en 1828.

En el marco de la lucha por la independencia, como sostiene Ardao (1997b, 3), se planteaban tres ideas, en cierto modo escalonadas: la idea de la *Inde-*

pendencia misma, la de la *Unión* de la patria grande, sentida y proyectada como una sola nación, y la de la *denominación* de dicha patria grande. La fundamental fue la primera. Las otras operaron a partir del cumplimiento de ella. La idea de la de unión se vinculaba a la noción mayor del *unionismo hispanoamericano*, presente y activo desde finales del siglo XVIII. Francisco de Miranda fue su mayor exponente antes de la insurgencia continental, y Simón Bolívar lo fue durante el proceso revolucionario propiamente dicho. Este trabajo se centrará en las ideas de *unión* o *integración* de la patria grande y en su contenido, focalizando en lo que se entiende por latinoamericanismo o "nuestroamericanismo" (en los términos de Martí).

Si bien el proyecto unionista de carácter hispanoamericanista fue el dominante y hegemónico, en no pocas ocasiones incorporó al Brasil directa o indirectamente, aunque lo fue más en sus pretensiones que en sus realizaciones.

Dice Fernández Retamar (2006, 23) que el ámbito geográfico de Nuestra América, entre finales del siglo XVIII y principios del XIX, era de los más vastos del planeta. Abarcaba buena parte de lo que

América Latina (o *Latinoamérica*) es la denominación propuesta por el chileno Francisco Bilbao en 1856 y luego, en 1865, por el colombiano José María Torres Caicedo, para referirse a nuestro subcontinente (incluidos Brasil y el Caribe). Esta noción se ha impuesto hasta nuestros días y ha logrado un importante consenso, junto con la de *Nuestra América*, de José Martí.

Han existido y perduran otras denominaciones más restrictivas en lo conceptual o en su alcance, como las de *Colombia* (en la versión precursora de Francisco de Miranda), *Hispanoamérica*, *Iberoamérica*, *Indoamérica*, entre otras.

El *latinoamericanismo* presenta dos grandes acepciones: una más militante y otra más académica. La primera trata de la lucha por el reconocimiento y afirmación de la entidad histórica de América Latina, en diversas formas: la de *comunidad*, la de *integración* o la de *unión* de sus repúblicas o naciones, en lo cultural, lo económico y lo político. La segunda apuntaría al estudio sistemático de las cuestiones de América Latina. El primer concepto surge ya a partir de los precursores latinoamericanistas de las revoluciones independentistas contra España y Portugal. El segundo, comienza a desarrollarse orgánicamente a partir de los años 40 del siglo XX, con el movimiento de *Historia de las Ideas*, que confluye con el latinoamericanismo militante vinculado a la idea de unidad continental (Ardao, 1997, 14-16).

De todas maneras, no debemos adoptar una distinción rígida. Son dos dimensiones de un mismo proceso sociohistórico. El latinoamericanismo, en diversas expresiones, como la del propio Bolívar y la de Martí, por nombrar sólo dos, fundamentales en el siglo XIX, es difícilmente disociable en sus versiones militante y más propiamente reflexiva. La primera versión aporta varios de los fundamentos políticos e ideológicos para la formulación de un pensamiento propiamente latinoamericanista. En este sentido, vale la pena retomar la importancia del pensamiento de José Martí y su carácter fundador de una tradición de reflexión y pensamiento, quien puede ubicarse como el primer pensador *moderno* de América Latina (véase Fernández Retamar, 2006).

hoy es Estados Unidos hasta Tierra del Fuego, más las islas del Caribe. Sólo la superficie de lo que era la 'Nueva España' superaba los 4 millones de kilómetros cuadrados. Incluía los actuales Estados de California, Arizona, Nevada, Nuevo México y Texas, que Estados Unidos arrebató a México a mediados del siglo XIX por su creciente EXPANSIONISMO. Las trece colonias inglesas originales tenían juntas un territorio menor que Venezuela y sólo representaban la tercera parte de lo que hoy es Argentina.

El latinoamericanismo presenta dos grandes

Gérmenes del pensamiento independentista e integracionista

Uno de los desencadenantes de la lucha independentista en las colonias españolas fue sin duda el destronamiento del rey de España en 1808 por Napoleón, que estimuló los objetivos de auto-gobierno que ya existían en importantes sectores de las colonias. Los criollos más radicalizados vieron la independencia como una dinámica que debía abarcar a todo el continente.

Se visualizaban problemas comunes de opresión y dependencia, estructura social, tradición e idioma que condujeron a los criollos (se incluye en este concepto a los blancos, mestizos, mulatos, negros e indígenas) a entender la independencia con criterio continental. El enfrentamiento que llevaría a derrotar a los imperios opresores debía basarse en una lucha unitaria y concertada (Vitale, 2001, 7-10 y Fernández Retamar, 2006, 16).

Ya existían importantes antecedentes de revuelta contra el poder español y portugués, entre ellos, la rebelión de los Comuneros de Colombia y Venezuela en 1781 y el levantamiento de Túpac Amaru en 1780. También, importantes insurrecciones de esclavos

acepciones: una más militante y otra más académica.

negros, además de la revolución haitiana. Indican algunos que luego de la expulsión de los jesuitas de la América española en 1767, estos inventaron la "nostalgia de América".

Asimismo, aunque abordarlo no sea objetivo de este trabajo, también debe tenerse en cuenta el pensamiento que fue gestándose a lo largo de varios siglos en nuestras tierras durante la época colonial, incluido el de los pueblos originarios de América. Este pensamiento se desarrolló al calor de las luchas sociales y políticas y en los procesos de formación de los imperios coloniales en Nuestra América, que duraron más de tres siglos, con todas las contradicciones y conflictos que los acompañaron.

El pensamiento de la integración fecundó en aquel período como condición ideológica necesaria de las ideas independentistas (Guadarrama, 2004, 1-3). En este sentido, es posible hablar de una 'ilustración latinoamericana'. Aunque no siempre fue así (véase recuadro), pensadores de esta época fueron inquisidores del *statu quo*. Se cuestionaron la validez del sistema político monárquico absolutista en la mayoría de los casos, o monárquico constitucional, etcétera. También algunos ilustrados latinoamerica-

Durante la Conquista y la Colonia, se constituyó en América la llamada 'ciudad letrada', indisolublemente ligada a las funciones del poder y la dominación. Para la muestra, los dos mayores intelectuales de la Nueva España, Sor Juana Inés de la Cruz y Carlos Sigüenza y Góngora, edificaron, para recibir al nuevo Virrey en 1680, arcos triunfales y redactaron textos con uso político del mensaje artístico, muy frecuente en la Colonia (Rama, 1998, 37).

"La ciudad bastión, la ciudad puerto, la ciudad pionera de las fronteras civilizadoras, pero sobre todo la ciudad sede administrativa que fue la que fijó la norma de la ciudad barroca, constituyeron la parte material, visible y sensible, del orden colonizador, dentro de las cuales se encuadraba la vida de la comunidad. Pero dentro de ellas siempre hubo otra ciudad, no menos amurallada ni menos sino más agresiva y redentorista, que la rigió y condujo (sic). Es la que creo debemos llamar la *ciudad letrada*, porque su acción se cumplió en el prioritario orden de los signos y porque su implícita calidad sacerdotal, contribuyó a dotarlos de un aspecto sagrado, liberándolos de cualquier servidumbre con las circunstancias. Los signos aparecían como obra del Espíritu y los espíritus se hablaban entre sí gracias a ellos. Obviamente se trataba de funciones culturales de las estructuras de poder, cuyas bases reales podríamos elucidar, pero así no fueron concebidas ni percibidas, ni así fueron vividas por sus integrantes.

En el centro de toda ciudad, según diversos grados que alcanzaban su plenitud en las capitales virreinales, hubo una *ciudad letrada* que componía el anillo protector del poder y el ejecutor de sus órdenes: una pléyade de religiosos, administradores, educadores, profesionales, escritores y múltiples servidores intelectuales, todos esos que manejaban la pluma, estaban estrechamente asociados a las funciones del poder y componían lo que Georg Friederici ha visto como un país modelo de funcionariado y burocracia. [...] Varias causas contribuyeron a la fortaleza de la ciudad letrada. Las dos principales fueron: las exigencias de una vasta administración colonial que con puntillismo llevó a cabo la Monarquía, duplicando controles y salvaguardias para restringir, en vano, el constante fraude con que se la burlaba, y las exigencias de la evangelización (transculturación) de una población indígena que contaba por millones, a la que se logró encuadrar en la aceptación de los valores europeos, aunque en ellos no creyeran o no los comprendieran. Esas dos inmensas tareas reclamaban un elevadísimo número de letrados, los que se asentaron preferentemente en los reductos urbanos" (32-4) (cursivas del autor).

Ángel Rama. *La ciudad letrada* (fragmento).

nos se ocuparon de revitalizar los estudios sobre los valores de las culturas precolombinas, como el caso de Javier Clavijero con los aztecas. También se fue creando una base de discusión teórica sobre el desarrollo científico-técnico acelerado, el fomento de la industria y de la capacidad creativa de las nuevas generaciones. Puede mencionarse, además, el papel de otros ilustrados: Eugenio de Santa Cruz y Espejo, en Ecuador; Francisco José de Caldas, en la Nueva Granada, y Félix Varela y José de la Luz y Caballero, en La Habana; ellos contribuyeron a la fermentación ideológica que llevaría a la emancipación política a partir del siglo XIX.

Las ideas de la ilustración francesa, e incluso la inglesa, llegaron a través de divulgadores españoles, para quienes ciertos aspectos de estos pensamientos estaban vedados o se omitieron (Romero, 1977, 1-8). Eso ocurrió, por ejemplo, en cuestiones vinculadas a la religión, pautada fundamentalmente por la Contrarreforma católica, tan fuerte en la península ibérica, o con el sistema político monárquico vigente en España. Gaspar Melchor de Jovellanos fue la figura más representativa de la ilustración española. Pero sus ideas, como las de Campomanes, Cabarrús y otros, se orientaron más a los problemas de la economía,

la sociedad y la educación. Algo similar sucedió con la ilustración portuguesa, con el Marqués de Pombal en la Universidad de Coimbra, quien estudiaba las ideas de Adam Smith y de la FISIOCRACIA.

Debe mencionarse el papel de los jesuitas, con una gravitación excesiva, a veces casi monopólica, sobre la vida intelectual y la formación de las élites, tanto en la América española como en la portuguesa. Como Compañía de Jesús, fueron a la vez declarados sostenedores del sistema y celosos de su propia autonomía como orden y corporación pensante. No arrastraban la tradición medieval sino que se constituyeron en expresión católica del espíritu moderno. Se puede citar el papel del padre Juan de Mariana, el de Roberto Belarmino o Francisco Suárez, interesados en la religión y la política. Tanto la consustanciación con el sistema, como el efectivo poder adquirido por las misiones, sumados a la estrategia de los monarcas ilustrados, llevaron a su expulsión del ámbito hispanoportugués. Luego de ocurrida, establecieron una red de comunicaciones con las colonias, de modo que ejercieron una importante influencia en el despertar de los sentimientos y prácticas de emancipación, aunque sin la importancia de las ideas inglesas y francesas, incluso, de las norteamericanas.

No debemos olvidar que la primera revolución independentista exitosa, y con particularidades destacadísimas, se produjo en Haití, que alcanzó la independencia política en 1804, proclamada por Jean Jacques Dessalines –general en jefe del primer ejército del primer país libre de América Latina. La gran insurrección de esclavos negros, desatada en 1791 y liderada por Toussaint L´Ouverture, terminó por adquirir carácter de guerra por la independencia. En 1793, se abolió la esclavitud, siete décadas antes que en Estados Unidos.

En Brasil, la independencia llegó por vía evolutiva, 'por lo alto', sin que faltaran antecedentes revolucionarios, como la Conjuración Minera, por la que fueron ejecutados, en 1792, Tiradentes y otros líderes. El príncipe regente y la corte de Portugal se trasladaron al Brasil para no caer prisioneros de los franceses luego de la invasión napoleónica en 1808. El heredero del príncipe, transformado en emperador, declaró la independencia en 1822. La América portuguesa, a diferencia de la española, logró conservar su unidad, sobre la base de una importante centralización político-militar, y mantuvo un modelo monárquico que aplazó por muchas décadas la instauración de la república y la abolición de la esclavitud.

MIRANDA: LA MAGNA COLOMBIA

Francisco de Miranda se considera precursor fundamental del unionismo latinoamericano. Su "plan unitario" contemplaba sumar al Brasil como integrante de la búsqueda de la liberación de los pueblos de la "Magna Colombia" (término que abarcaba a toda América Latina), así como las regiones de habla francesa. Luego de 15 años de preparación, llegó a Haití en 1806, con un contingente militar llamado "Ejército de Colombia para el servicio del pueblo libre de Sur América". Pretendía instalar un gobierno monárquico-republicano, con importante participación de los Incas.

Luego de su derrota en tierras venezolanas, se dirige a Londres, donde reagrupa a los sectores latinoamericanos de vanguardia. Por allí pasaron Simón Bolívar, José de San Martín, Bernardo O´Higgins, Antonio Nariño, Antonio José de Sucre y otros, que formaban parte de la Logia Gran Reunión Americana. En Miranda predominan ideas políticas conservadoras, más cercanas al modelo político inglés de monarquía limitada de la época y alejadas de los principios de la ilustración francesa. Esto lo condujo aun

a cuestionar los principios e instituciones consagradas en la Constitución venezolana de 1811. Temía más la "anarquía y la confusión" que la dependencia misma (véase Romero, 1977, 9)

PICORNELL, GUAL Y ESPAÑA: LA LUCHA UNITARIA

Inspirados en los principios de la revolución francesa y de la revolución haitiana, Juan Bautista Picornell, Manuel Gual y José María España encabezaron en 1797 otro movimiento precursor, esta vez en Venezuela. El primero, inspirador en buena medida del programa revolucionario, además de plantear una revolución democrático-burguesa, impulsaba la igualdad social y una clara defensa de las aspiraciones de los negros y los pueblos originarios. El llamado a la lucha unitaria fue pilar de su movimiento.

En el documento *Ordenanzas Constitucionales* hablaban de una sociedad organizada a partir del sistema republicano, federal y democrático, de modo que "entre blancos, indios, pardos y morenos reine la mayor armonía, mirándose todos como hermanos de Jesucristo". También se requería la abolición de la esclavitud, penas para quienes ofendieran a las mujeres e igualdad social.

Carácter continental de la Primera Independencia

A partir del estallido revolucionario de 1810, las primeras juntas gubernativas revolucionarias (de Caracas, Bogotá, Buenos Aires, Quito, Chile y Paraguay) invocaron la unidad continental.

El 21 de diciembre de 1811 se sancionó la Constitución de la Primera República de Venezuela, que enfatizaba aún más la idea unionista, pues incluso preveía la admisión de cualquier otra provincia del "continente colombiano", "que quiera(n) unirse bajo las condiciones y garantías necesarias para fortificar la Unión con el aumento y enlace de sus partes integrantes". A la vez se proclamaba

> la amistad y unión más sinceras entre nosotros mismos y con los demás habitantes del Continente Colombiano que quieran asociársenos (...) alterar y mudar en cualquier tiempo estas resoluciones, conforme a la mayoría de los Pueblos de Colombia que quieran reunirse en un cuerpo nacional (citado en Ardao, 1997b).

Ya se planteaba la realización de un Congreso General, para discutir y resolver estas cuestiones.

Líderes e intelectuales revolucionarios participantes de estos procesos, expresaban claramente, en su gran mayoría, la idea unionista, en declaraciones y posicionamientos políticos. Lo hacían aun reconociendo las distintas peripecias, marchas y retrocesos que tuvieron el proceso independentista y las ideas integracionistas durante estas décadas (dejamos fuera a Bolívar y a San Martín, de quienes nos ocuparemos luego)[1].

En 1810, el mexicano Miguel Hidalgo se proclamaba 'Generalísimo de América', reclamaba la "valerosa Nación Americana" y la unión para conseguir la ansiada libertad: "Unámonos, pues, todos los que hemos nacido en este dichoso suelo: veamos desde

1 Lo que sigue se basa en Vitale (2001, 10-13) y Ardao (1997b, 5-8 y 1998c, 4-5).

hoy como extranjeros y enemigos de nuestras prerrogativas, a todos los que no son americanos". En 1811, decía el chileno Juan Egaña:

> Estamos unidos por los vínculos de sangre, idioma, relaciones, leyes, costumbres y religión [...] Sólo nos parece que falta el que la voz autorizada por el consentimiento general, de algún pueblo de América, llame a los demás de un modo solemne y caracterizado. ¿Y quién impedirá este Congreso? (citado en Ardao, 1997b, 7).

También en 1810, en Buenos Aires, Mariano Moreno reafirmaba la fraternidad y solidaridad revolucionaria hispanoamericana, que incluía "alentar la rebelión de Brasil contra el imperio portugués". Pero a la vez se oponía al Congreso unificador con el argumento de las grandes distancias geográficas y la incomunicación entre los pueblos, ante lo que consideraba como "una quimera pretender que todas las Américas españolas formen un solo Estado". Más tarde, Bernardo Monteagudo, del ala radical de Mariano Moreno y colaborador de San Martín y Bolívar, formuló un plan de unidad continental en su *Ensayo sobre la necesidad de una Federación General de los Estados hispanoamericanos y plan de su organización*.

En Uruguay, por entonces la Banda Oriental, José Artigas exaltaba en 1811 la patria continental,

aunque sin ingresar en el tema del Congreso General y menos en el del gobierno único. En 1812 manifestaba la voluntad de extender los triunfos de sus armas "hasta darlos a nuestro continente entero". En 1813, su conciencia continentalista se manifestaría así: "La libertad de la América forma mi sistema, y plantarlo (es) mi único anhelo".

Artigas fue el primero en proponer, mediante la creación de la Liga Federal, una federación de repúblicas del Plata (aludiendo a las regiones que bordean el Río de la Plata), como paso hacia la unidad de una América libre e independiente. Intentó formar una organización política de carácter federal, junto a líderes de las montoneras del litoral argentino, como López y Ramírez. Sus esfuerzos se frustraron por las presiones del gobierno de Buenos Aires.

Las ideas de la unidad latinoamericana también se hicieron presentes en el Brasil. Los patriotas de Pernambuco, líderes de la revuelta de 1817 contra el emperador, aguardaban el ingreso de Bolívar a Brasil para colaborar en el derrocamiento del imperio portugués y la proclamación de la República. Por su parte, junto con Bolívar y con lugar protagónico, luchó luego Abreu Lima, hijo del mártir de Recife.

Después del triunfo de Maipú en 1818, Bernardo O´Higgins reafirmó el ideal latinoamericanista de la época:

> El concurso simultáneo de nuestras fuerzas y el ascendiente de la opinión pública en el Alto Perú decidirán si es posible *formar en el continente americano una gran confederación* capaz de sostener irrevocablemente su libertad política y civil, cualquiera que sea la forma de gobierno que establezcan los países confederados (citado en Ardao, 1998b, 8, cursivas del autor).

En carta a Bolívar, dijo ese mismo año:

> La causa que defiende Chile es la misma en que se hallan comprometidos Buenos Aires, la Nueva Granada, México y Venezuela, o, mejor diríamos, es la de todo el continente de Colombia. Separados estos países unos de otros, harían más difícil o retardarían el fin de una contienda de que pende la felicidad o la humillación de veinte millones de habitantes (citado en Ardao, 1998b, 8).

En 1823, O´Higgins llamó a Bolívar "el Anfictión de la América". Depositaba en él la confianza por realizar la CONFEDERACIÓN de estados americanos, "lo que todavía es un sueño para Europa".

En Centroamérica se destacó José Cecilio del Valle. Este hondureño invitaba en 1822 a hacer un Congreso hispanoamericano, para que ninguna

provincia de América "sea presa de invasores externos, ni víctima de divisiones intestinas". El Congreso Federal de Centroamérica tomó la iniciativa, en noviembre de 1823, de invitar a una conferencia para "representar unida a la gran familia americana". Para Cecilio del Valle, su "patria" era América. Dirá más adelante: "Veinte y dos años pasados desde 1810, digo yo de la América, mi patria, han sido 22 años de equivocaciones, sangre y lágrimas." En prevención de esos males, propuso una confederación de todas las provincias independientes:

> Se crearía un poder, que uniendo las fuerzas de 14 o 15 millones de individuos, haría a la América superior a toda agresión, daría a los Estados débiles la potencia de los fuertes; y prevendría las divisiones intestinas de los pueblos sabiendo estos que existía una federación calculada para sofocarla (citado en Guadarrama, 2004).

El también centroamericano Juan Nepomuceno Troncoso formuló un proyecto de confederación continental, con puntos concretos, "como la fundación de un banco nacional, un montepío de labradores y la apertura del Canal de Panamá". La unidad centroamericana logró concretarse por algunos años cuando Francisco Morazán logró reunir a cinco Estados durante la década del 30.

En el Caribe, el dominicano Núñez de Cáceres, líder de la rebelión en Santo Domingo, planteó en 1821 la integración a la Gran Colombia.

San Martín: "Un gobierno general de toda la América unida"

Lugar destacado merece sin duda José San Martín (1778-1850) en el pensamiento y la praxis de la liberación y unidad latinoamericanas (véanse Vitale, 2001, 20-22 y Ardao, 1998b). Luego de una paciente preparación en Mendoza durante 1816 y en simultáneo con las expediciones de Bolívar desde Haití para reconquistar Venezuela, emprendía San Martín, en enero de 1817, el cruce de los Andes, que lo llevaría primero a triunfar en Chile (1818), luego en Perú (1821) y finalmente al encuentro personal con Bolívar en la histórica entrevista de Guayaquil (1821).

La declaratoria de la independencia de las Provincias Unidas fue un reclamo insistente de San Martín como pasaporte ante los pueblos del Pacífico. En 1816, el Congreso de Tucumán la proclamó y se declaró luego como independencia de las Provincias Unidas de Sudamérica. Por su parte, el Director Juan Martín de Pueyrredón, a la cabeza del gobierno de

Manuel Rodríguez se convirtió en uno de los personajes

Buenos Aires (luego de ser connivente con la invasión portuguesa a la Banda Oriental dirigida por Artigas, que implicó cuatro años de resistencia y su posterior exilio en el Paraguay, hasta su muerte), dirigió una carta a Bolívar en la que expresa la voluntad de unificar los esfuerzos en la misma causa de liberación y unión de las naciones americanas. En la *Proclama a los habitantes de tierra firme* indica que "llegará el día en que coronadas de laureles, vayan a unirse nuestras armas triunfantes".

Las *Instrucciones reservadas para la Conquista de Chile*, de diciembre de 1816, fueron formalmente redactadas por Pueyrredón, pero, como sostiene Ardao, estaban esencialmente inspiradas en el pensamiento de San Martín. En ellas se consideraba inminente el Congreso General de toda la América Unida para conformar una sola nación. En esa perspectiva, se solicitaba que Chile enviara su diputado,

> al Congreso General de las provincias unidas, a fin de que constituya una forma de gobierno general, que de toda la América unida en identidad de causas, intereses, y objeto, constituya una sola nación; pero sobre todo se esforzará para que se establezca un gobierno análogo al que entonces hubiese constituido nuestro Congreso, procurando conseguir que, sea cual fuese

más queridos de la tradición popular.

> la forma que aquel país adoptase, incluya una alianza constitucional con nuestras provincias (citado en Ardao, 1998b, 6-7).

San Martín también contó con la destacada colaboración de O´Higgins y de Manuel Rodríguez en la llamada Guerra de Zapa. Con ella se pretendía minar la moral del ejército español en Chile, en una guerra de guerrillas que tuvo el apoyo de los campesinos y de importantes capas populares y del artesanado santiaguino. Rodríguez se convirtió, según Vitale (2001, 21), en uno de los personajes más queridos de la tradición popular, por su lucha junto a los pobres del campo y la ciudad.

Luego de su victoria en Chile, en 1818, dijo San Martín en una proclama previa a su segundo gran paso en la Costa del Pacífico, rumbo al Perú:

> Afianzados los primeros pasos de vuestra existencia política, un congreso central compuesto de los representantes de los tres Estados dará a su respectiva organización una nueva estabilidad; y la construcción de cada uno, así como su alianza y federación perpetua, se establecerán en medio de las luces, de la concordia y de la esperanza universal (citado en Ardao, 1998b, 8-9).

El 26 de mayo de 1821, en carta a Bolívar desde la recién independizada Lima, escribió San Martín:

> Defensores de una misma patria, consagrados a una misma causa y uniformes en nuestros sentimientos por la libertad del Nuevo Mundo, pertenece a V. E. la congratulación de que los soldados de la República de Colombia se empleen contra el poder tiránico de la España en cualquier parte del continente en que aflija a los hijos de América (citado en Ardao, 1998b, 9).

La victoria de San Martín en Lima aceleró el levantamiento criollo de Guayaquil y del norte peruano. En Lima planteó la liberación de los esclavos y fue afinando su proyecto de una MONARQUÍA CONSTITUCIONAL en América Latina. Quizás este último aspecto fue una diferencia importante con Bolívar en la entrevista de Guayaquil, el 27 de julio de 1822, en la que triunfa la idea republicana de este último.

Finalmente, San Martín se retira de la acción militar y política y se autoexilia en Inglaterra. Con todo, en marzo de 1831, escribe a O´Higgins luego de la derrota provisoria del

proyecto integracionista: “nada temo del poder de este continente, siempre que estemos unidos; de lo contrario, nuestra cara patria sufrirá males incalculables” (citado en Vitale, 2001, 22).

Bolívar: “Una sola debe ser la patria de todos los americanos”

Distingue a Bolívar del resto de las figuras de la independencia el ser un gran escritor, además de gran estadista, pensador y destacado militar. Uno de sus mayores méritos radica en haber conjugado la claridad conceptual y doctrinaria, con una visión estratégica (no tacticista o cortoplacista) basada en principios progresistas de organización política y democrática, anclados, al tiempo, en un fuerte realismo político (que hace que lo descartemos como un utopista), con el que se adaptaba a los momentos y desafíos del proceso independentista. (véase Fernández Retamar, 2006, I)[2]. Compartió una visión americanista con grandes dirigentes como San Martín y Sucre, Artigas y O´Higgins. Por ello, se reclamaron bolivarianos futuros revolucionarios como Francisco

2 Nos referimos a la lección 1 de Fernández Retamar (2006). Utilizamos esta forma de citación para dichas lecciones.

La propuesta de Bolívar rondó la idea de

Bilbao, José Martí, Fidel Castro y el Che Guevara, así como la actual revolución de Venezuela.

Revisemos el itinerario político de Bolívar, tomando algunos de sus aportes a la temática que nos interesa[3].

Muy temprano, Bolívar se inspira en la concepción 'magno-colombista' de Miranda y otros precursores. Ya en 1810 expresaba desde Londres: "Tampoco descuidarán [los venezolanos] invitar a todos los pueblos de América a que se unan en una Confederación. Dichos pueblos, preparados ya para tal proyecto, seguirán presurosos el ejemplo de Caracas". En 1811 dijo al respecto: "Pongamos sin temor la piedra fundamental de la libertad sur-americana: vacilar es perdernos". Mientras que en 1814 indicó claramente: "para nosotros la patria es América".

Luego del integracionista informe de Antonio Muñoz Tébar (véase recuadro, página 67), sobrevino una visión más escéptica, contenida en la Carta de Jamaica que Bolívar escribe desde el exilio, luego de la caída de la Segunda República y en un momento

3 En este punto seguiremos a Ardao (1997-1997b, 1998a, b, c) y a Vitale (2001).

una confederación de los Estados existentes.

de reflujo de las prácticas integracionistas (véase recuadro). Allí expresa que en cuanto a la patria, esta continúa siendo la América de origen español, basada en los rasgos comunes de los pueblos hispanoamericanos. En cuanto a la Nación, vinculada con la existencia de un solo gobierno, no cree, por entonces, en la posibilidad de alcanzar el Estado-nación continental. Esta lectura trasluce su realismo político, pues en ese momento no era factible dicha unión. Más adelante, en condiciones más propicias, él mismo la retoma e impulsa.

Bolívar no pretendía la constitución de un solo Estado-nación en América Latina (véase Vitale, 2001). Su propuesta rondó la idea de una confederación que agrupara los Estados existentes, basado sí en la existencia de una patria grande o nación americana, que permitiría incluso tener un gobierno unificado. No se trataba pues de promover un único Estado nación, crítica que Vitale dirige contra la interpretación de Abelardo Ramos.

Luego de esas fechas, se retoma el proceso revolucionario y americanista, a partir sobre todo de la trayectoria libertadora de San Martín en el Sur y del contacto más fluido entre los dos grandes gobiernos

revolucionarios de Hispanoamérica. En su respuesta, en 1818, a la mencionada carta de Pueyrredón, el Libertador indica en 1818: "*Una sola debe ser la patria de todos los americanos, ya que en todo hemos de tener una perfecta unidad*". Vuelve a la idea de la confederación, al promover,

> el pacto americano que, formando de todas nuestras repúblicas un cuerpo político, presente la América al mundo con un aspecto de majestad y grandeza sin ejemplo en las naciones antiguas. La América así unida, si el cielo nos concede este deseado voto, podrá llamarse la reina de las naciones y la madre de las repúblicas (citado en Ardao, 1998b, 7).

Por estos tiempos, el proyecto bolivariano adquiere un claro carácter social. En ello influyó, de manera decisiva, el exilio de Bolívar, la reelaboración de algunas de sus concepciones y estrategias y la estadía en Haití, primera república de ex esclavos independiente:

> no podría conquistarse la independencia y la unidad del continente si no se luchaba por la libertad de los esclavos negros. Sus primeras derrotas y las de otros líderes fueron el resultado de la ausencia de participación popular y, en numerosos casos, del apoyo de esclavos e indígenas a los españoles que aparecían como contrarios a sus patrones. Petion, el presidente haitiano, no sólo le sugirió la idea de

> liberar a los esclavos, sino que le brindó sin condiciones ayuda militar, armas, buques y también hombres para reiniciar la campaña [en Venezuela] (Vitale, 2001, 18-9).

En 1816 y 1817, en suelo patrio, Bolívar declaró la liberación de los esclavos, y abolió todas las formas de servidumbre en Guayaquil y Quito (1820). Implementó el régimen salarial, luego de la liberación de estas regiones, fuertemente marcadas por las relaciones de producción serviles.

A comienzos de los años 20 del siglo XIX, existía un conjunto de naciones-estados independientes: México, Colombia (formada por Venezuela, Nueva Granada y Quito), Perú, Chile y Río de la Plata. Luego se convierten en 6, con el desdoblamiento de México y Centroamérica (provincia de Guatemala). Entre 1821 y 1823 se suceden pues gestiones bilaterales orientadas a consagrar la unión. De 1824 en adelante se comienza a concretar la vieja idea del Congreso General del continente.

En las instrucciones a sus delegados diplomáticos en octubre de 1821, Bolívar promovió la "formación de una liga verdaderamente americana" que superara los meros principios de la defensa militar común. "Es necesario que la nuestra sea una sociedad de nacio-

nes hermanas, separadas por ahora y en el ejercicio de su soberanía por el curso de los acontecimientos humanos, pero unidas, fuertes y poderosas para sostenerse contra las agresiones del poder extranjero" (citado en Ardao, 1998c, 4).

Remarcaba, además, la necesidad de poner los cimientos de un "cuerpo anfictiónico o asamblea de plenipotenciarios, que dé impulso a los intereses comunes de los Estados americanos, que dirima las discordias que pueden suscitarse en lo venidero entre pueblos que tienen unas mismas costumbres y unas mismas habitudes" (citado en Ardao, 1998c, 4).

En 1822, reivindicando la nación de repúblicas, dice a los jefes de Estado revolucionarios:

> el gran día de la América no ha llegado. Hemos expulsado a nuestros opresores, roto las tablas de sus leyes tiránicas y fundado instituciones legítimas: mas todavía nos falta poner el fundamento del pacto social, que debe formar de este mundo una Nación de Repúblicas [...] ¿Quién resistirá a la América unida de corazón, sumisa a una ley y guiada por la antorcha de la libertad? (citado en Ardao, 1998c, 5).

Ante la dominación portuguesa, Bolívar, por solicitud de Alvear, se comprometió a luchar contra las pretensiones expansionistas del emperador Pedro I de

[...] No somos ni indios ni europeos, sino una especie media entre los legítimos propietarios del país y los usurpadores españoles. [...] Yo deseo más que otro alguno ver formar en América la más grande nación del mundo, menos por su extensión y riquezas que por su libertad y gloria. Aunque aspiro a la perfección del gobierno de mi patria, no puedo persuadirme que el Nuevo Mundo sea por el momento regido por una gran república; como es imposible, no me atrevo a desearlo, y menos deseo una monarquía universal de América, porque este proyecto, sin ser útil, es también imposible [...]. Es una idea grandiosa pretender formar en todo el Mundo Nuevo una sola nación con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo. Ya que tiene un origen, una lengua, una costumbre y una religión, debería, por consiguiente, tener un solo gobierno que confederase los diferentes Estados que hayan de formarse; mas no es posible, porque climas remotos, situaciones diversas, caracteres desemejantes, dividen a la América [...] [La unión] no nos vendrá por prodigios divinos, sino por efectos sensibles y esfuerzos bien dirigidos. La América está encontrada entre sí, porque se halla abandonada de todas las naciones. [...] cuando el estado es débil y cuando las empresas son remotas, todos los hombres vacilan, las opiniones se dividen, las pasiones las agitan y los enemigos las animan para triunfar por este fácil medio".

Simón Bolívar, Carta de Jamaica, 1815.

Brasil (Vitale, 2001, 22-23). Aquel ya conocía de cerca dicho expansionismo cuando las tropas brasileñas ocuparon la provincia altoperuana de Chiquitos. Pero no pudo concretar sus aspiraciones: ni Colombia ni Perú le dieron el visto bueno para marchar hacia el sur. Sin embargo, lo fundamental fue su decisión de llegar a la Argentina a colaborar en la lucha contra el emperador Pedro I, quien ya había tomado posesión de la Banda Oriental como la Provincia Cisplatina, hacía varios años.

La solidaridad de Bolívar se extendió, igualmente, a los líderes del movimiento clandestino libertario en Cuba y Puerto Rico.

CAPÍTULO 2

Balance del pensamiento integracionista en la independencia

Las variantes en las ideas unionistas comenzaron a amenazar los proyectos de unión. Detrás del consenso existían posturas sociopolíticas e intereses económicos muchas veces contrapuestos o con considerables matices que derivaron en el fracaso del proyecto integracionista. De todas maneras, las luchas sociales del período, junto con los aportes del pensamiento integracionista, se constituyen en un legado que perdurará en el tiempo, por su radicalidad y actualidad.

Si bien los modelos ideológicos y políticos provenían originariamente de otras experiencias, las propias luchas y características del proceso fueron dando una impronta particular a las propuestas y políticas independentistas e integracionistas en Nuestra América. Una de las marcas de este curso fue, en las visiones más progresistas y avanzadas, combinar modelos políticos revolucionarios integracionistas e independentistas de corte antiimperialista, junto con claros alcances democratizadores. Estos se manifestaron al hacerse énfasis en la prioridad de la participación del pueblo y de algunas capas medias, la eliminación de formas de dominación precapitalistas, la redistribución de la riqueza y la propiedad y el impulso de un desarrollo nacional autónomo.

Importancia del Congreso de Panamá

Como cierre de la primera etapa del integracionismo latinoamericano, nos referimos ahora a la realización del Congreso de Panamá (1824). Subrayamos su significado y la participación protagónica de Bolívar.

El Congreso de Panamá materializa la vieja idea del Congreso continental, sostenida por Miranda en 1809 y por la gran mayoría de los líderes revolucionarios. Bolívar firma en Lima la convocatoria a los seis estados independientes. Se contaba con los "tratados de alianza y confederación" ya celebrados por Colombia con Perú y México, en 1822 y 1823. Esta convocatoria se efectuó casualmente dos días antes de la victoria de Ayacucho (9 de diciembre de 1824), que liquidó definitivamente el dominio español sobre el continente, excepto en Cuba y Puerto Rico.

Proponía Bolívar que se conformara "una asamblea de plenipotenciarios de cada estado que nos sirviese de consejo en los grandes conflictos, de punto de contacto en los peligros comunes, de fiel intérprete en los tratados públicos cuando ocurran dificultades, y de conciliador, en fin, de nuestras diferencias". Se trataba además de formar un ejército continental y

tener una política exterior firme y unívoca con respecto a Estados Unidos e Inglaterra.

El Congreso de Panamá se instaló finalmente el 22 de junio de 1826 y consagró de modo parcial el Tratado de Unión, Liga y Confederación, llamando genéricamente Potencias Confederadas de América a las partes contratantes. Este esfuerzo prosiguió en 1828 en Tacubaya, México, donde se frustró definitivamente.

El Congreso de Panamá sólo congregó representantes de Perú, la Gran Colombia, México y Centroamérica. Los delegados de Estados Unidos, invitados por Santander contra la opinión de Bolívar (véase recuadro), no alcanzaron a llegar. Uno de los puntos fundamentales del Congreso era, al lado del Estatuto de relaciones entre las naciones, la llamada reforma social, basada en los principios de la libertad y la justicia y en el final de la "diferencia de origen y de colores".

Bolívar quería también que el Congreso de Panamá se pronunciara a favor del reconocimiento de la independencia de Haití y Santo Domingo y que tomara medidas drásticas contra España y toda intervención extranjera. Encontraba problemática la

Proponía Bolívar que se conformara una asamblea

FRENTE A LA REACCIÓN CONSERVADORA

Bolívar, frente a la amenaza de reunificación, en el marco de la Santa Alianza, de las fuerzas sociales, eclesiales y de los Estados conservadores de Europa y dada la correlación mundial de fuerzas, aprobó finalmente la presencia de los delegados de Gran Bretaña y Estados Unidos. Pero la dirigencia revolucionaria, sobre todo con él, propuso el proyecto nacional y aún más el de la confederación hispanoamericana, en clara diferenciación con el modelo norteamericano o inglés. Sólo se adoptaron algunas de sus instituciones, pero se mantuvo en lo esencial un "intransigente repudio del federalismo, a la manera norteamericana" (Soler, 1980, 86,90).

incorporación de Haití y Buenos Aires por sus luchas internas y se pronunciaba entonces por una federación integrada por la Gran Colombia, México, Guatemala, Perú, Chile y Bolivia. La Gran Colombia, que temía enfrentar a Francia, no aceptó a Haití. Aun Brasil fue invitado, pero no llegó, al igual que los delegados argentinos, bolivianos y chilenos. Paraguay no lo fue, con el argumento de que estaba dirigido por un gobierno dictatorial.

La posición de Estados Unidos frente al Congreso fue recelosa. Más que para impedir algún tipo de fe-

que nos sirviese de consejo en los grandes conflictos.

deración panamericana, los delegados de este país tenían instrucciones de evitar un ataque contra Cuba y Puerto Rico. Ellos más bien se regocijaron con el relativo fracaso del Congreso (Vitale, 2001, 29). William Tudor, cónsul norteamericano en Lima, informaba al Departamento de Estado en 1827: "la esperanza de que los proyectos de Bolívar están ahora efectivamente destruidos es una de las más consoladoras". Bolívar "fue calificado de loco, usurpador y dictador por haber agitado las banderas del antiesclavismo, tan peligrosas para los esclavistas norteamericanos del sur" (Vitale, 2001)

La visión americanista en Bolívar –igual que la de otros líderes, intelectuales y revolucionarios posteriores– implicaba con claridad un necesario contenido antiimperialista (véase Fernández Retamar, 2006, III). Resulta claramente premonitoria su visión sobre el expansionismo estadounidense: "Los Estados Unidos parecen destinados por la Providencia para plagar la América de miserias a nombre de la libertad" (1829).

El radicalismo integracionista de los primeros años de lucha independentista, en términos de la apuesta a la concreción de una unidad nacional continental, bajo un solo gobierno, se expresó en el informe —que algunos atribuyen al propio Bolívar— que le dirigiera su secretario de Relaciones Exteriores, Antonio Muñoz Tébar, en 1813. Este joven murió en una acción de guerra a mediados de 1814, cuando contaba con 22 años de edad. El punto de partida del Informe lo constituye el proyecto de unión de Venezuela y la Nueva Granada:

> ¿Por qué entre la Nueva Granada y Venezuela no podrá hacerse una sólida reunión? [...] Y aún, ¿por qué toda la América Meridional no se reunirá bajo un gobierno único y central? [...] si nuestro Continente se dividiera en naciones, como en Europa; si guiaran al Gobierno americano los principios que generalmente dirigen los Gabinetes de aquélla, nosotros tendríamos también las oscilaciones del equilibrio continental, y derramaríamos la sangre que ella inmola al pie de este ídolo de su política. [...] La ambición de las naciones de Europa lleva el yugo de la esclavitud a las demás partes del mundo; y todas estas partes del mundo debían tratar de establecer el equilibrio entre ellas y Europa, para destruir la preponderancia de esta última. Yo llamo a éste el equilibrio del Universo, y debe entrar en los cálculos de la política americana. Es menester que la fuerza de nuestra nación sea capaz de resistir con suceso, las agresiones que pueda intentar la ambición europea; y este coloso de poder que debe oponerse a aquel otro coloso, no puede formarse sino de la reunión de toda la América Meridional, bajo un mismo

> Cuerpo de Nación, para que un solo Gobierno central pueda aplicar sus grandes recursos a un solo fin, que es el de resistir con todos ellos las tentativas exteriores, en tanto que interiormente, multiplicándose la mutua cooperación de todos ellos, nos elevarán a la cumbre del poder y la prosperidad (citado en Ardao, 1998, 5-6).

Diversidades y tensiones en el proyecto nacional-unionista

Es necesario enfatizar la dimensión y tensiones del pensamiento y la praxis de los líderes e ideólogos del período revolucionario y recordar los proyectos socio-políticos de los que hacían parte.

Al enfrentarse a los desafíos del momento, se trataba de encontrar caminos originales para construir la independencia y la integración hispanoamericana. Sin embargo, al mismo tiempo se quería contar con el desarrollo de varias de las ideas y propuestas emanadas, sobre todo, de la Ilustración (en sus variantes francesa e inglesa pero también española e hispanoamericana) y también de las experiencias

que marcaron las revoluciones políticas burguesas en Europa[1] y la independencia de Estados Unidos.

Existió una diversidad de modelos ideológicos y políticos importados de otras latitudes, que jugó en los procesos independentistas. Sin embargo, la propia dinámica de los acontecimientos generó "corrientes de ideas", estrictamente arraigadas a la situación, que no repetían mecánicamente lo escrito en Europa o Norteamérica, aunque por lo general, estaban vagamente formuladas y carentes de precisión conceptual (Romero, 1977).

Se pueden identificar varios ejes de las luchas político-ideológicas de la época, muchos de ellos entrelazados y combinados en distintos grados: conservadores y JACOBINOS, centralistas y federalistas, monárquicos y republicanos, democráticos y elitistas, seculares y eclesiales, entre otros.

En ocasiones, las distintas orientaciones coincidían en los contenidos políticos y sobre todo en los objetivos integracionistas de la "nación americana",

1 Antonio Nariño, por ejemplo, publicó en Bogotá, en 1794, el texto de la Declaración de los derechos del hombre y el ciudadano. Por ello, el virrey dispuso su encarcelamiento y luego su destierro (véase Romero, 1977, 10).

pero no así, en los contenidos sociales. Por eso es posible enfatizar en una de dichas diferencias, entre conservadores y jacobinos (Fernández Retamar, 2006, I).

EL JACOBINISMO Y LA INDEPENDENCIA

Del lado de los más jacobinos pueden ubicarse en primer lugar los líderes haitianos (Toussaint L´Ouverture, Jean Jacques Dessalines), que conducen una revolución popular e igualitarista contra el imperio francés y dan por abolida la esclavitud y la servidumbre.

Es interesante el cuestionamiento de Fernández Retamar (2006, I) a la caracterización de los procesos de independencia como oligárquicos y elitistas. Tal supuesto no le parece justificable, pues el ejemplo haitiano, demuestra lo contrario, una prueba, acaso la más radical. Al respecto, trae otros ejemplos:

> A Hidalgo y Morelos en México los seguían en gran medida pobres e indios. Algo parecido puede decirse de quienes peleaban junto a Artigas en la Banda Oriental (...). A él se debe una precoz reforma agraria favorable a los indios. Y, con variantes, jacobinos han sido llamados también Nariño en Colombia, Gual y España en Venezuela, Moreno y Monteagudo en la Argentina, el doctor Francia en Paraguay.

> En el segundo período de la independencia fueron inspiradoras las posturas de Moreno con su *Plan,* la de Bolívar con su *Manifiesto de Cartagena* de 1815 y la convocatoria a "guerra o muerte", de Morelos. Frente a las amenazas de la contrarrevolución española, intentan construir a sangre y fuego –con afán jacobino– un nuevo orden político, social y económico (Romero, 1977, 5-6).

DIVERSAS PERSPECTIVAS, PERO CON OBJETIVOS COMUNES DE UNIDAD

Todo lo anterior merece destacarse, pues detrás del consenso de los líderes e intelectuales sobre la "nación americana" y el proyecto unionista existía una diversidad de propuestas y proyectos socio-políticos. Había al menos tres perspectivas diferenciadas (con algunas variantes intermedias).

La primera de ellas, el llamado *radicalismo agrario*, surgió de demandas agrarias y democratizadoras; la segunda, el *democratismo nacionalista*, de origen urbano y rasgos jacobinos, era cercana a la fórmula de la democracia liberal (aunque varias versiones no defendieran ni siquiera el reducido alcance de la 'democracia formal' de entonces), y la tercera, estaba vinculada al papel arbitral y de afirmación nacional que desempeñaron *caudillos* ('bonapartistas' unos,

‘populistas’ otros), en coyunturas específicas (Ricaurte Soler, 1980, 55-96).

El radicalismo agrario se expresó en las propuestas de Artigas en el sur, Hidalgo y Morelos en el norte, en la revolución y los líderes haitianos y en las ‘montoneras’ del Alto Perú. Se trataba de proyectos vinculados al ideario americanista, que intentaron eliminar la esclavitud y las distinciones de casta y pretendieron universalizar y democratizar el acceso a la pequeña y mediana propiedad agraria. Este proyecto fracasó en buena medida por el escaso desarrollo de las fuerzas productivas, y por el rechazo de los sectores conservadores e imperiales. Algo similar puede decirse de las propuestas de redistribución de la tierra y de creación de un sector económico estatal, promovidos por Rodríguez Francia en Paraguay, quien también participaba del ideario nuestroamericanista (véase recuadro).

El democratismo nacionalista fue propiciado en mayor medida por sectores de la pequeña burguesía y las capas medias radicalizadas. Tuvo algunas manifestaciones de importancia en los grandes caudillos de la independencia, especialmente Bolívar. Incluye los movimientos y líderes vinculados a las ‘conspi-

LA NATURALEZA DE LA UNIDAD

"La confederación de esta provincia con las demás de *Nuestra América* (...) debía ser de un interés más inmediato, más asequible, y por lo mismo más natural, como de pueblos no sólo del mismo origen, sino que por el enlace de particulares recíprocos intereses parecen destinados por la naturaleza misma a vivir y conservarse unidos" (Rodríguez Francia, 20 de julio de 1811, citado en Soler, 1980, 55. Cursivas del autor).

raciones' de los franceses de Buenos Aires en 1795 y pasa por la trayectoria de los 'precursores' Gual, España y Picornell, José Félix Ribas en Venezuela, Mariano Moreno, Juan Castelli y Bernardo Monteagudo en el Plata y otros.

De Moreno se remarca su inspiración en el igualitarismo de Rousseau, su ataque a las instituciones feudales como la servidumbre indígena y su rechazo del federalismo, al que contrapone la federación continental (aun con las reservas ya mencionadas). Intentó combinar la afirmación del Estado con la participación política de las clases subordinadas. Igual que Moreno y con similar inspiración, Monteagudo criticaba la servidumbre indígena, pero propuso en 1812 la dictadura, en rechazo al federalismo y bus-

cando un Estado fuerte y con autoridad. Con todo, propuso para el Perú un Estado que aboliera la fuerza de trabajo coactiva (esclava y feudal, en sus distintas variantes).

Finalmente, correspondió a los grandes caudillos de la revolución sentar las bases más sólidas y viables de la organización nacional, fundamentalmente a partir del Estado, oscilando entre variantes democrático-radicales agrarias o pequeño-burguesas. Su importancia no puede ser valorada si se la vincula estrechamente a alguna clase social en particular, siendo lo que más los caracteriza la supeditación de la conciencia social a la conciencia nacional americana (Soler, 1980).

Bolívar constituye la mejor expresión del nacionalismo americano. Ente 1810 y 1815, sus preocupaciones nacionales-independentistas aparecen relativamente desvinculadas de la 'cuestión social' americana. Luego de esa fecha y del giro en su concepción –tras la caída definitiva de la 'máscara' del rey Fernando VII en la lucha contra la invasión napoleónica, bajo la que se habían embanderado varios de los primeros movimientos revolucionarios– se trata de 'arbitrar' sobre los conflictos sociales para estructurar el Estado nacional.

Los grandes líderes de la época, como San Martín, O´Higgins y Sucre, compartieron en lo esencial la preocupación por establecer principios igualitaristas, con la eliminación de la esclavitud y las relaciones serviles que subyugaban a los indígenas, con la redistribución de la tierra y la implantación de medidas de desarrollo de la educación y de la industria y con la promoción del régimen salarial de la población trabajadora. Así, "las perspectivas sociales y nacionales de la democracia liberal, lo mismo que las del radicalismo agrario y el jacobinismo pequeño-burgués, comienzan a ser 'resumidas', arbitradas, interpretadas y realizadas por los grandes dirigentes de la revolución" (Soler, 1980, 79).

Clases y grupos sociales y proyectos de integración

¿Qué vinculación tenían esas perspectivas con las clases sociales y los proyectos socio-políticos?

Los líderes más progresistas en materia social –excepto San Martín, que era más moderado– no planteaban la abolición de las clases sociales, pero sí la liquidación tendencial de las relaciones de producción y de las formas de propiedad precapitalis-

Bernardo Monteagudo propuso para el Perú un

tas. Eso se orientaba hacia la fundación del Estado nacional, a la implantación de modelos centralistas en los estados establecidos y al proyecto de la confederación hispanoamericana.

Tal situación se reflejó en buena medida en el Congreso de Panamá, que además de instalar las bases exteriores de la confederación pretendía sobre todo establecer los fundamentos sociales (y económico-productivos) de la unidad nacional. Por ejemplo, no resultaba menor la abolición del tráfico de esclavos. Si de un lado Sucre, al mando del Alto Perú, apoyaba los esfuerzos 'socialistas' de Simón Rodríguez por revolucionar la educación y la cultura, Bolívar en la Constitución boliviana ampliaba considerablemente los derechos ciudadanos, sobre todo los civiles.

Este es el verdadero Bolívar y no el que más tarde perdió el poder y adhirió a posturas más conservadoras:

> Mientras dispuso de verdadero poder arbitral fue el más radical de los reformadores. A medida que perdía poder político, y que se acercaba a la muerte física, intentó apoyarse en los conservadores. Un clericalismo político –que era la negación de toda su vida— empañó aún más su decadencia. En el Bolívar sin poder podrán encontrar

Estado que aboliera la fuerza del trabajo coactiva.

> lecciones el conservadurismo y tradicionalismo hispanoamericanos. Pero es en el Bolívar con poder –el verdadero Bolívar– donde encontrarán inspiración y ejemplo reformadores y revolucionarios (Soler, 1980, 93).

Es necesaria una precaución. Tiene que ver con no identificar las posturas del unionismo hispanoamericano y su carácter político progresista, aunque sin duda ese haya sido el contenido dominante de dicho unionismo. Eso ya se manifestaba en los tiempos de la convocatoria al Congreso de Panamá. Por ejemplo, Lucas Alamán, secretario de Estado y del despacho de relaciones exteriores de la República Mexicana, apoyaba ampliamente el Congreso, aunque con objetivos conservadores y tradicionalistas.

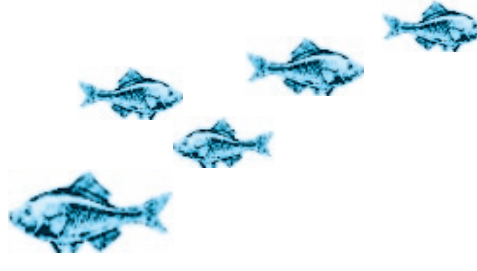
De alguna forma, también el proyecto nacional e hispanoamericanista fue en este tiempo impulsado, en forma contradictoria, tanto por las clases propietarias y la pequeña burguesía, como por las clases subalternas. En contradicción con el federalismo político, en el que se expresaban los intereses locales de ciudades y regiones (incluso con fuertes componentes democratizadores como en el caso artiguista), y en procura de "lograr un consenso entre los antagonismos raciales y sociales", confluyeron inevitablemente las clases dominantes criollas y los mandos revolucionarios (Soler, 1980, 94-96).

La democracia liberal de inspiración ilustrada fue el vehículo ideológico de las clases propietarias más avanzadas. Combatieron desde allí la explotación colonial y sentaron las primeras bases de construcción de los estados. Las clases subordinadas aportaron con su participación en las luchas independentistas fuerzas profundamente democratizadoras y radicales (radicalismo agrario) que tendían a eliminar las relaciones de producción y formas de propiedad precapitalistas. El radicalismo pequeño-burgués alentó, sobre todo 'desde arriba', la conformación nacional e hispanoamericana. Utilizó para ello el poder del aparato estatal y militar, a lo que se le sumó el papel arbitral y de afirmación nacional que desempeñaron los principales caudillos y líderes revolucionarios.

Sin una burguesía industrial que pudiera liderar el proceso de formación nacional-estatal y de otras clases que pudieran hegemonizarlo, se destacaron los proyectos que lograron subordinar los intereses contradictorios de las clases (en formación, pero también en pugna) a un proyecto de homogenización nacional y de vertebración del Estado.

Llama la atención la radicalidad del proyecto bolivariano. A pesar de los límites objetivos que lo

hicieron fracasar, tenía una visión 'nuestroamericanista', democrático-burguesa avanzada. Proponía un régimen centralista, civil y democrático, sustentado en un proyecto igualitarista y de redistribución de la riqueza, que combatía el trabajo esclavo y la explotación y dependencia de los indígenas y que promovía la distribución de tierras. Impulsó la industria nacional, la agricultura y la explotación nacional de los recursos naturales; rechazó préstamos extranjeros por los riesgos para la soberanía y subrayó la importancia de la educación. La visión de la política mundial le permitió advertir el peligro del expansionismo, tanto el español como el inglés y, sobre todo, el de Estados Unidos (véase Vitale, 2001, 24-8).



"El Brasil se constituyó como una monarquía, mientras que toda América Latina se convirtió en repúblicas, lo que llevó a conflictos no menores. La economía brasileña se basó en el esclavismo, mientras las principales repúblicas sudamericanas lo conocieron sólo marginalmente, con la excepción de Colombia.

La diferencia lingüística, a pesar de que ambos idiomas provienen del mismo árbol románico, se impuso como una frontera invisible, pero muy eficaz, en la comunicación entre los pueblos, lo que contribuyó para una precaria formación de una cultura común: quizás el catolicismo haya sido uno de los pocos vasos comunicantes entre las formaciones portuguesa y española. Nuestros héroes no son los mismos del lado español: Bonifacio no es un nombre conocido para argentinos, chilenos, uruguayos, paraguayos, y entre nosotros San Martín y Bolívar pueden ser nombres de plazas, pero no habitan el imaginario brasileño [...] Nuestros mitos fundadores poco tienen en común. [...] permanecen irreductibles las diferencias entre las culturas autóctonas que se formaron en lo que vino a ser nuestro territorio, y las espléndidas civilizaciones del Planalto Andino y de la Meseta Mexicana [...] Muy recientemente, no hace todavía un siglo, nuestras diferencias dejaron de ser resueltas a los balazos. Cambiaron para el plano cultural, con la fuerte exportación del cine brasileño y la fuerte importación de la frondosa literatura fantástica de escritura española,

con García Márquez como emblema. El pensamiento de la Cepal y su acción habían comenzado a formar una original identidad latinoamericana [...] El Mercosur apareció como un intento de resucitar, en un conjunto más restricto, la integración regional. Pero la fuerte dependencia externa planteada por las dictaduras volvió vacilantes los esfuerzos integracionistas".

Francisco de Oliveira (2004).

CAPÍTULO 3

Fragmentación nacional y reconstrucción del ideario latinoamericanista

Las ideas y la praxis de la integración latinoamericana tienen un reflujo luego de la primera independencia. Después, el latinoamericanismo vuelve a emerger, con el diseño de un proyecto propio. Son numerosas las visiones y los matices del pensamiento de estos años, marcados por un imperialismo que se va y otros que llegan.

Freno a la unidad y nacimiento de los Estados nación

Luego de la primera independencia, América Latina se dividió en varios Estados. Recordarlo permitirá analizar mejor la diversidad de enfoques sobre la integración y la identidad latinoamericanas. También resaltan en este período otros aspectos: la inserción más plena de la región en el capitalismo mundial, hegemonizado por Inglaterra; el papel creciente del imperialismo estadounidense, al que se sumará en ocasiones el imperialismo europeo, sobre todo el inglés y el francés, y algunos intentos de restauración del colonialismo ibérico.

BALCANIZACIÓN, GUERRAS Y ESTADOS NACIÓN

Lo que sigue al fracaso de las iniciativas de unión americana tiene su correlato en la conformación de los Estados-nación, en una suerte de proceso doble

de BALCANIZACIÓN y dependencia (Vitale, 2001, 30). Apoyadas por las grandes potencias sucedieron las guerras entre países hermanos, entre ellas, la de Brasil, Argentina y Uruguay (la Triple Alianza) contra Paraguay (1864 – 1870) o la guerra del Pacífico, entre Chile, Perú y Bolivia (1879 – 1883).

Por todo el continente hubo también guerras civiles –entre centralistas y federalistas, conservadores y liberales, etc. Obedecían a estrategias de clases y a proyectos sociopolíticos, vinculados en lo fundamental con el avance y consolidación del desarrollo capitalista, en el caso de los liberales, y desde los conservadores, para frenarlo y sostener relaciones precapitalistas y semifeudales. También el Brasil se vio sacudido por importantes levantamientos y revueltas populares, de distinto tipo (véase recuadro).

LIBERALISMO Y CONSERVATISMO

Las alianzas de grupos y clases con horizontes más liberales animaban la consolidación nacional. Para hacerlo, impulsaban la intervención del Estado, lo que fortalecía el desarrollo del régimen capitalista que, pese a haberse instalado, mostraba debilidades importantes (en lo que sería un anticipo de lo que

PRIMERA MITAD DEL SIGLO XIX

En el Brasil, es muy amplia la cronología de rebeliones y levantamientos populares por esos años. Durante el período de las luchas por la independencia y el comienzo de la vida "independiente", fueron permanentes las insurrecciones de las poblaciones urbanas, entre 1813 y 1832. Entre 1822 y 1835 se registró una agitación casi permanente en el sertão de Pernambuco y Alagoas; entre 1833 y 1836, se dio la rebelión de los "cábanos", en Pará. Las guerras de los "farrapos" sacudieron el año 1835 en Río Grande del Sur, sobre todo por los levantamientos de los esclavos en Bahía. En 1836, hubo levantamientos en Laranjeiras, Caitite, Nazaré y Santo Amaro; entre 1838 y 1841 se produjeron continuas revueltas en Maranhao y Piauí, conocidas como revueltas de los "balaios". A partir de 1842, fue creciendo la agitación "playera" en Pernambuco, con las características de un movimiento democrático dirigido contra los "señores de ingenio" y los grandes comerciantes. Los años de 1848 y 1849 marcaron un punto culminante de este proceso, con levantamientos como los de Olinda e Igaracu y la marcha de los "playeros" sobre la capital del Estado (Caio Prado Junior, citado por Agustín Cueva, 1987, 51-2).

En el Brasil y en toda América Latina, se destacaba por estos tiempos la prevalencia de relaciones de producción precapitalistas. Esto no quiere decir que dichas formaciones sociales no participaran de una clara inserción y dependencia en el

marco de las dinámicas del sistema capitalista mundializado, hegemonizado por las grandes potencias, fundamentalmente por Inglaterra. Pero además, como indica Caio Prado Junior, existían algunos límites objetivos de la base popular de aquellos movimientos y rebeliones, que les impedía su articulación en una escala realmente nacional:

> Privados de todos los derechos, aislados en los grandes dominios rurales, donde vivían sometidos a una disciplina cuyo rigor no conocía límites y cercados en un medio que les era extraño, faltaban a los esclavos brasileños todos los elementos para constituirse, a pesar de su considerable cantidad, en factores de peso en el equilibrio político nacional.
>
> En cuanto a la población libre de las capas medias e inferiores, no actuaban sobre ellos factores capaces de darles cohesión social y posibilidades de una eficiente acción política. Había en ella la mayor disparidad de intereses y más que clases nítidamente constituidas, formaban más bien simples conglomerados de individuos (citado en Cueva, 1987, 53).

luego se llamará "desarrollo capitalista desigual y combinado"):

> Organizar desde el Estado una nación todavía sin desarrollo capitalista es la paradoja, no ya reaccionaria, sí

> progresista, a la que asistimos con el proyecto liberal en su definición y condiciones propias de Nuestra América. Mover el Estado en la dirección del desarrollo capitalista, con el prerrequisito de afirmarlo frente a la dependencia del tributo indígena y frente a los modos de producir y formas de propiedad esclavistas y feudales, fue el objetivo fundamental de aquel proyecto (Soler, 1980, 195).

Se trataba de un liberalismo muy particular, sobre todo antes de la expansión del imperialismo propiamente dicho de fines del siglo XIX, que diferenciaba a este de otros continentes. Contaba con una muy incipiente burguesía industrial, con una burguesía comercial presionada por el capital mercantil extranjero, algunos sectores terratenientes, la pequeña burguesía agraria y la pequeña burguesía y capas medias de las ciudades. El bloque liberal era un conjunto heterogéneo pero sin mayores antagonismos en su seno, dirigido por la pequeña burguesía y capas medias urbanas. Él aspiraba a la formación de un Estado moderno, en un contexto en el que predominaron por mucho tiempo relaciones de producción precapitalistas.

Mientras tanto, se mantuvieron la exclusión y la explotación de los pueblos originarios. Se los expropió de sus tierras y se los obligó a vender su fuerza de trabajo. La visión clasista se combinó más claramente

con la cuestión étnica. Algunos indígenas se hicieron pequeños propietarios, otros, jornaleros, y unos pocos, obreros industriales urbanos. Persistieron relaciones precapitalistas bajo formas de servidumbre, como el concertaje, el inquilinaje y la aparcería en la zona andina. En Brasil y Cuba, pervivió el régimen esclavista hasta la década del 80. El régimen asalariado sólo se extendió en las explotaciones mineras, en las áreas más avanzadas de la agricultura, en la industria molinera, en los aserraderos, en obras ferroviarias, en los trabajos portuarios, en la incipiente industria y en las crecientes actividades urbanas no fabriles (véase Vitale, 2001, 34).

La posición de los conservadores fue nacionalista y también hispanoamericanista, aunque luego la modificaron. Un elemento curioso es la reafirmación del unionismo, pero con signo regresivo, como en el caso de Lucas Alamán en los años 40, o de Antonio José de Irisarri, en los 50. Luego se abandonó por el "carácter objetivamente antinacional de las clases y capas sociales precapitalistas que ellos representaron" (Soler, 1980, 196).

Los conservadores promovían regímenes políticos autoritarios. Su reacción ante a los avances

liberales promovió dictaduras de rasgos TEOCRÁTICOS y hasta llegó a solicitar el protectorado de monarquías europeas. Sucedió en México, en Guatemala con Rafael Carrera, con Juan José Flores y García Moreno en Ecuador, con grupos reaccionarios en Venezuey con Pedro Santana en la República Dominicana.

CAPITALISMO CRIOLLO Y EXPANSIONISMO IMPERIALISTA

Existió en este período un fuerte vínculo entre los capitales extranjeros y las clases dominantes criollas, los sectores burgueses y los oligárquicos. Sin embargo, todavía en la segunda mitad del siglo XIX, las riquezas nacionales se encontraban, en buena medida, en manos de esas clases "nacionales". Así, hubo un desarrollo del capitalismo primario exportador relativamente endógeno.

Pero el crecimiento hacia afuera se dio sobre la base de una economía subordinada, monoproductora y carente de una industria nacional, lo que acentuaba progresivamente la dependencia. El capital extranjero penetró sobre todo en la esfera de la circulación y menos en la producción directa. Se procedía a partir fundamentalmente de los empréstitos que generaban deuda pública y mediante la apertura comercial fren-

En Brasil y Cuba, pervivió el régimen

te a Inglaterra, vendiendo materias primas a bajos precios y adquiriendo manufacturas inglesas (Vitale, 2001, 30-1).

Hubo también diversas formas de expansionismo territorial imperialista sobre Latinoamérica. Gran Bretaña se adueñó de la actual Guyana y de islas antillanas, entre ellas, Jamaica. Llegó también con invasiones a Guatemala y Honduras. Nicaragua fue el país centroamericano más codiciado por Estados Unidos: bajo la dirección de William Walker, intentó en varias oportunidades controlar su territorio. Pero hubo una resistencia triunfante, incluso de tropas centroamericanas, luego de varios años de guerra (1855 – 1860).

República Dominicana fue el único país volvió a ser colonia española partir de 1861 y durante 5 años, al cabo de los cuales venció la resistencia comandada por Gregorio Luperón, José Cabrera y Santiago Rodríguez. Ella se sumaba a Cuba y Puerto Rico, colonias sobre las que España quiso reforzar el control, aprovechando que Estados Unidos se hallaba en guerra civil.

México fue sin duda el más afectado. Luego de la guerra con Estados Unidos, lo invadieron en la déca-

esclavista hasta la década del 80.

da del 60, las tropas francesas, comandadas por el emperador Maximiliano. En esta contienda triunfó el pueblo mexicano, liderado por Benito Juárez (véase Vitale, 2001, 33).

Prácticas integracionistas desde el Sur. Hitos en el siglo XIX

El Congreso de Panamá se instaló en 1826 y prolongó su agonía por dos años en Tacubaya. Sin embargo, en las décadas siguientes, otras iniciativas intentaron mantener el impulso de unidad continental, aunque fueron tímidos intentos y de carácter reactivo frente a hechos puntuales. Es el caso de los congresos o conferencias americanas de Lima (1847-48 y 1864-65) y de los tratados de alianza y confederación de 1856. Estos congresos y eventos, que declinarán en el último tercio del siglo, representarán una herencia, aunque muy tímida, del bolivarianismo:

- El gobierno peruano convocó al primer Congreso Americano de Lima (1847-48), con motivo de la expedición que organizaba España contra el Ecuador, con la complicidad inglesa. Se hizo el Congreso, pero no se produjo la anunciada amenaza. En cambio, Estados Unidos sí invadió

México (en mayo de 1846) y en 1948, este país había anexado, además de Tejas, a otros varios Estados del viejo México.

La anunciada invasión española provocó una conmoción profunda, mientras que los actos estadounidenses no merecieron, ni de cerca, la misma reacción, a pesar de que arrebataron territorios, como en México (Ardao, 1998d, 4-5). Sin embargo, a la luz de estos hechos, en nuestros pueblos comenzaba a percibirse que la oposición entre Europa y América, antes tan fuerte, perdía terreno frente al nuevo antagonismo entre el Norte y el Sur de América, hecho relevante para la unidad continental hispanoamericana.

- En 1856, un nuevo espíritu unionista recorre el continente, ahora para defenderse no sólo del peligro europeo, sino sobre todo del estadounidense. En ese año comenzaron las invasiones del filibustero Walker en Centroamérica. Se produjeron dos reuniones y dos proyectos de unión: el de Santiago de Chile, entre Chile, Perú y Ecuador, y el de Washington, entre México, Guatemala, El Salvador, Costa Rica, Nueva Granada, Venezuela y Perú. Ambos pretendían la incorporación de Brasil. El primero hablaba de "Unión de Estados Americanos", mientras el

Rojas Mix sitúa el origen del término América

segundo se llamó "Confederación de los Estados Hispano-Americanos".

- En 1864 se realizó un nuevo Congreso Americano en Lima, luego del bombardeo a Perú y Chile por parte de la escuadra española. En él se respondió a tal agresión, aunque Perú tuvo una posición ambigua y hubo indecisión de la mayoría de los gobiernos del continente. Ese fue el último intento de unidad y coordinación latinoamericana en el siglo XIX (véase Vitale, 2001, 46)

  En estos años, escritores, intelectuales y líderes políticos plasmaron en distintos medios propuestas de unidad continental, que remitían en los hechos al viejo unionismo hispanoamericano. Entre ellos pueden citarse a Cecilio del Valle, Bernardo Monteagudo, Pedro Félix Vicuña, Juan Bautista Alberdi, Manuel Carrasco Albano, Francisco Bilbao, Francisco de Paula Gonzales Vigil, José María Samper, Benjamín Acuña Mackenna, Justo Arosemena[1]. También muchos de ellos emprendieron iniciativas culturales y políticas con ese signo y con fuerte presencia desde París (Ardao, 1997, 1998c, 8).

1 Ya reseñamos algunos de estos aportes. Otros se abordarán más adelante.

Latina en 1856, en una conferencia de Bilbao.

- En 1862, la sociedad chilena Unión Americana, expandida a los países vecinos, publicaba el volumen *Unión y confederación de los pueblos hispanoamericanos*. Recopilaba escritos unionistas representativos, redactados desde la independencia hasta entonces. Sin embargo, sólo a partir de 1865 comenzó a hablarse de este tema en términos de *Latinoamérica*, tras la publicación en París del libro *La unión latinoamericana*, del colombiano José María Torres Caicedo (véase recuadro). Este autor proponía un sistema liberal para el comercio, la abolición de los pasaportes, unidad de principios consulares y de comercio, y que ningún país latinoamericano pudiera ceder parte alguna de su territorio, ni apelar al protectorado de ninguna potencia mundial. Lentamente, el viejo unionismo hispanoamericano cedió terreno a la propuesta latinoamericanista, aunque hubo una sólida continuidad con los significados originales.
- En 1868 se funda en París la pionera Sociedad Latinoamericana Científico Literaria, centrada en una dimensión cultural, presidida por el médico uruguayo Pedro Visca.

NACE UN NOMBRE

Miguel Rojas Mix sitúa los orígenes del término *América Latina* el 24 de junio de 1856, en una conferencia dictada en París por Francisco Bilbao. Dos meses después lo utilizó Torres Caicedo en un poema titulado *Las dos Américas* (citado en Roig, 1981).

Con respecto al carácter funcional del nombre a los intereses de la Francia imperialista, que sugería el concepto de *latinoamericanismo*, aunque no fuera el dominante en los pensadores hispanoamericanos, tenía sus razones, como dice Aricó, en buscar un acercamiento con Nuestra América:

> Francia debía aparecer ante el mundo como la abanderada del principio de las nacionalidades, como la amiga incondicional de los pueblos irredentos aplastados con la derrota de la revolución de 1848. (...) Es por esto que el descubrimiento del carácter 'latino' que mancomunaba a las repúblicas americanas del sur no era otra cosa que una expresión ideológica del intento bonapartista de conquistarlas económica, política y culturalmente para la constelación hegemónica francesa que soñaba crear Napoleón III (Aricó, 1982, 111).

- En 1879, José María Torres Caicedo funda la Sociedad de la Unión Latinoamericana, con objetivos políticos: retomar la idea de Liga o

de Confederación y poner especial énfasis en la necesidad de la unificación económica de los pueblos latinoamericanos (véase recuadro)

- En 1889 surgen los congresos panamericanos, con un sentido radicalmente distinto al de los hispanoamericanos, lo que dio lugar a una clara pretensión de injerencia estadounidense en los destinos de la unidad latinoamericana.

Hacia una identidad propia o seguir el camino de otros

Hasta los años 80 del siglo XIX, luego de "consolidados" los procesos independentistas en buena parte de Nuestra América, se desarrollan ejes importantes en la discusión político-cultural. La época coincide con un claro ascenso del imperialismo estadounidense, ya en la fase propiamente imperialista del capitalismo.

Pueden distinguirse dos grandes vertientes de pensamiento: la triunfadora o dominante, es la del "diseño de la patria del criollo", y la minoritaria y contraria a la primera, caracterizada por el desafío de "o inventamos o erramos" (Fernández Retamar, 2006, II).

Afirmaba Torres Caicedo, con ocasión de la fundación de la Sociedad de la Unión Latinoamericana:

> La América del Norte es fuerte, porque está unida: la América Latina es débil porque se halla dividida. ¿Cómo remediar este último y enojoso estado de cosas? Hacer resueltamente una realidad del hermoso ideal de Bolívar: la Unión Latino-americana. ¿La unión política? No; la cuestión política pertenece al porvenir: la hora le llegará. Lo que hoy importa, con la escasez de población, con las inmensas comarcas aún incultas, las grandes distancias que es fuerza recorrer, y las defectuosas o incompletas vías de comunicación, es hacer que desaparezca la inferioridad que el aislamiento engendra en cada uno de los Estados latinoamericanos en punto a diplomacia, tratados de comercio y relaciones internacionales, por medio de la creación de una Confederación, Unión o Liga que reúna en un haz único y robusto todas las fuerzas dispersas de la América central y meridional, para formar de todas ellas una gran entidad, cuyos Estados conserven, cada uno en particular, su autonomía propia, aunque unidos por ciertos grandes principios debatidos en común (citado en Ardao,1998e, 7).

En la primera vertiente participaron los argentinos Domingo Faustino Sarmiento, Esteban Echevarría o Juan Bautista Alberdi; el venezolano-chileno Andrés Bello (en parte), el chileno Victorino Lastarria (véase recuadro), el cubano José Antonio Saco, el mexicano Justo Sierra y otros. Son, a diferencia del período de lucha por la independencia, sin contar a Bolívar y otros pocos, grandes escritores y pensadores, además de "grandes fundadores de pueblos". Trataban de diseñar, ideológica y culturalmente, "patrias a la medida del criollo".

Esos pensadores asumen la derrota del ideal latinoamericanista y jacobino de varios de los líderes independentistas y en no pocos casos la celebran. Se imaginaron patrias propias, versiones transatlánticas de los países europeos del capitalismo central. Otros

EMANCIPACIÓN Y EDUCACIÓN

"Desde las posiciones de un positivismo inspirado en el pensamiento de Comte, Lastarria planteó la necesidad de una emancipación mental y cultural de América por medio de la educación. Defendió la autenticidad de la cultura y el pensamiento latinoamericano como una de las vías de dicha emancipación" (Guadarrama, 2004, 7).

se identificaron progresivamente con el modelo político y cultural de Estados Unidos (como Alberdi y Sarmiento, quien propuso crear los Estados Unidos de América del Sur). Por ello estimularon la inmigración blanca, europea, y facilitaron la condición neocolonial, lo que usufructuaron las nuevas metrópolis, fundamentalmente Inglaterra.

A diferencia del ideal de Bolívar, ahora la patria dejaba de ser América y cada nación pasó a serlo de forma particular, con el anhelo de europeizarse, de occidentalizarse. Por lo general, se importaron sin crítica esos modelos. Hubo puntos de vista basados en la discriminación racial, como los de Sarmiento (quien criticó fuertemente a José Artigas o a Rodríguez Francia, de Paraguay) y Alberdi, en unos casos. Bello combinaba una visión más amplia de lo americano con una concepción profundamente europeizada.

Un conjunto de pensadores se ubica en la búsqueda del lema de Simón Rodríguez: "o inventamos o erramos". Lo integran autores como el chileno Francisco Bilbao, quien reivindicaba una integración latinoamericana sobre bases radicalmente distintas a las impulsadas por Estados Unidos y la concepción sarmientina.

PREJUICIOS CONTRA ARTIGAS

Sarmiento dijo de Artigas y luego de los caudillos de su época, en acuerdo con las capas gobernantes y dominantes del Uruguay:

> Este era el elemento que el célebre Artigas ponía en movimiento; instrumento ciego, pero lleno de vida, de instintos hostiles a la civilización europea y a toda organización regular; adverso a la monarquía como a la república, porque ambas venían de la ciudad y traían aparejado un orden y la consagración de la autoridad [...]. La montonera de Artigas enchalecaba a sus enemigos; esto es, los cosía dentro de un retobo de cuero fresco y los dejaba así abandonados en los campos [sic] [...] Artigas, baqueano, contrabandista, esto es, haciendo la guerra a la sociedad civil, a la ciudad; comandante de campaña por transacción, caudillo de las masas de a caballo, es el mismo tipo que, con ligeras variantes, continúa reproduciéndose en cada comandante de campaña que ha llegado a hacerse caudillo [Sarmiento, 1896, IV, 3-4].

Esos dos pensadores y políticos no estimularon "provincialismos" autóctonos, o reivindicaron "particularismos anacrónicos", meramente antioccidentales o antimodernos. Por el contrario, tanto el pensamiento de Simón Rodríguez (con su posición

antirracista y antioligárquica), como el de Francisco Bilbao, constituyen "puentes" ideológico-culturales y políticos entre el jacobinismo y el latinoamericanismo integracionista de varios líderes de la primera independencia, sobre todo Bolívar, y la visión posterior y más fértil de José Martí. También lo aproximan a José E. Rodó y a José Vasconcelos.

SIMÓN RODRÍGUEZ: "NADA IMPORTA TANTO COMO TENER PUEBLO"

Activo partícipe de las primeras revoluciones independentistas, Simón Rodríguez fue uno de los pensadores más genuinos del siglo XIX. Decía: "La América no debe imitar servilmente, sino ser original". Trabajó fuertemente a favor de la unidad latinoamericana. Fue maestro de Bolívar desde 1792. Luego de colaborar con él, se dirigió a tierras andinas.

En su libro *Sociedades Americanas,* de 1828, su análisis se trasladaba a las instituciones por crearse: "La América española es original, originales han de ser sus instituciones y su gobierno; y originales los medios de fundar uno y otro. O inventamos o erramos". Y en otro momento se refirió a su concepción republicana y americana:

> [debemos] quitar de la mente, desde la infancia, todo posible remanente de ser monárquico, padecido por América durante 3 siglos; y además, dirigir los espíritus no hacia tesis vagas, sino hacia las precisiones propias de la palabra República. Pero República Americana; no veneciana, no francesa, no sajona.

Su pensamiento fue en contravía al de Sarmiento y reivindicó el importante papel de las masas populares en las luchas de independencia: "en lugar de pensar en medos, persas o egipcios, pensemos en los indios". Al mismo tiempo, se preguntaba: "¿Es posible que vivamos con los indios sin entenderlos? Ellos hablan bien su lengua, y nosotros ni la de ellos ni la nuestra" (véase Vitale, 2001, 37-8).

Vio además claramente las limitaciones propias del proceso independentista y la amplitud de las tareas revolucionarias que había por delante. Debían hacerse dos revoluciones: la pública, o política, cuyas dificultades había vencido Bolívar. La segunda era la revolución económica. En su opinión, "la guerra de la Independencia no ha llegado a su fin". Por eso estaba convencido de que "en la América del Sur las Repúblicas están establecidas pero no fundadas". En esto anticipó buena parte de los apuros que tuvieron nuestros países en las décadas posteriores. Fue

El proyecto de Simón Rodríguez consistía en promover

partidario de la creación de una industria nacional y crítico severo del librecambismo aplicado por la clase dominante criolla y sus gobiernos, que permitía la entrada de manufacturas extranjeras que afectaban a la industria artesanal propia (véase Vitale, 2001, 38)

Rodríguez se destacó en el área de la educación, innovando las concepciones educativas y los métodos de enseñanza. Fue también un educador como Bello, Sarmiento o José Pedro Varela, pero con notorias particularidades. No se centró en la necesidad de reformas ortográficas, sino que fue bastante más allá. Intentó armonizar la independencia política y la independencia literaria, al establecer un paralelismo entre el gobierno y la lengua. Reclamó que ambos se coordinaran y que surgieran de la idiosincracia nativa y no de meros traslados de las fuentes europeas. Propuso así una reforma ortográfica para "pintar las palabras con signos que representen la boca", para que una escritura simplificada registrara la pronunciación americana.

Es evidente que en su concepción educativa hay un componente político: las repúblicas no se hacen "con doctores, con literatos, con escritores", sino con ciudadanos: "nada importa tanto como *tener*

una educación social destinada a todo el pueblo.

Pueblo: formarlo debe ser la única preocupación de los que se apersonan por la causa social". Criticaba así una educación enfocada a las élites dirigentes, cuyo objetivo era formar "candidatos a la burocracia". Percibía la acción entorpecedora que ejercía la "ciudad letrada", como grupo intermediador que hacía su propia revolución bajo el manto de la revolución emancipadora y que se plegaría a las aspiraciones de los caudillos, "siendo una clase intermedia de sujetos, únicamente empleada (...) en cortar toda comunicación entre el pueblo y sus representantes (...)" (citado en Rama, 1998) (véase recuadro).

ANDRÉS BELLO: POR LA AUTONOMÍA LATINOAMERICANA

La originalidad y la autenticidad en el pensamiento propio fue la propuesta del chileno-venezolano Andrés Bello, similar a la de Alberdi. Con eso no desconocía el aporte europeo: por el contrario, llamaba a imitarlo en su independencia, pero reivindicaba la autonomía latinoamericana, a la vez que el estudio de la historia:

> Nuestra civilización será también juzgada por sus obras; y si se la ve copiar servilmente a la europea aun en lo que ésta no tiene de aplicable, ¿cuál será el juicio que

EL ARTE DE PENSAR

El proyecto de Simón Rodríguez consistía en promover una *educación social* destinada a todo el pueblo, reconociéndole el doble derecho a la propiedad y a las letras. Se basaba en una concepción igualitaria y democrática, con raíces en el pensamiento de Rousseau (Rama, 1998). En este sentido, no se trataba en su concepción pedagógica de proponer un *arte de escribir*, sino sobre todo un *arte de pensar* y a éste supeditó la escritura. Se interesó por la *prosodia*, derivada de la experiencia de oír el manejo que hacía de la lengua el pueblo analfabeto, que en verdad representaba a la inmensa mayoría de la población: a pesar de sus vicios 'formales' en el uso común de la lengua, la misma funciona como un sistema de significación, gracias a las entonaciones y a las valoraciones prosódicas que espontáneamente cumplen los hablantes: "Todos son PROSODISTAS cuando conversan, aunque pronuncien o articulen mal; pero al ponerse a leer se acuerdan del tonillo de la escuela y adormecen al que los oye" (citado en Rama, 1998, 55-9).

formará de nosotros, un Michelet, un Guizot? Dirán: la América no ha sacudido aún sus cadenas; se arrastra sobre nuestras huellas con los ojos vendados; no respira en sus obras un pensamiento propio, nada original, nada característico; remeda las formas de nuestra filosofía, y no se apropia su espíritu. Su civilización es una planta

exótica que no ha chupado todavía sus jugos a la tierra que la sostiene (Bello, 2006).

Bello también fue maestro de Bolívar. Abanderado del proceso de independencia cultural de Hispanoamérica, se conoció como libertador intelectual, al enarbolar la defensa del idioma español. Su americanismo no sólo se expresó en las descripciones del paisaje; también se ocupó de la idea de patria como fuerza espiritual (Zea, 1998). Su trabajo intelectual al servicio diplomático de Venezuela, Colombia y Chile estimuló la integración de los pueblos de la región. Esto se manifestó en 1844, al discutirse las bases de una Confederación hispanoamericana (véase Guadarrama, 2004).

DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO: LA CIUDAD EQUIVALE A LA CIVILIZACIÓN

Pensador y hombre de acción clave y brillante, aunque también muy polémico, fue Domingo F. Sarmiento. Según él, la ciudad es el foco civilizatorio fundamental y contrario al campo, donde veía los gérmenes de la barbarie. Era además el único espacio posible para acoger las fuentes culturales europeas y a partir de ellas, construir una sociedad civilizada.

La educación aparecía como un mecanismo fundamental para esa acogida. La ciudad era para él el ámbito del libro, las ideas, el derecho, los juzgados, el espíritu municipal, las leyes, los "modales", la moral, la medicina y la religión. El campo era el lugar de la barbarie, la anarquía, la estupidez, la ignorancia, la pobreza, el mundo del gaucho, el indio y del caudillo. (Sarmiento, 1896).

El brasileño Euclides da Cunha, quien pensaba igual que Sarmiento, comenzó a dudar de dichas premisas civilizadoras cuando presenció la matanza de la guerra en el sertão de Canudos y lo contó en forma pesimista en *Os Sertoes*, en 1902. El reverso de la modernización guiada por las ciudades se había mostrado en toda su crudeza y no resultaba para nada 'civilizatorio' (véase Rama, 1998, 27).

JUAN BAUTISTA ALBERDI: ¿FILOSOFÍA PROPIA Y CIVILIZACIÓN FORÁNEA?

Con posiciones antiespañolas, igual que Sarmiento, Alberdi criticaba la herencia y actualidad de las costumbres ibéricas en las naciones americanas y la "esclavitud" española. En cambio, alababa la "libertad" de Inglaterra. En 1838, dijo: "es pues bajo la síntesis

general del españolismo, que nosotros comprendemos todo lo que es retrógrado, porque, en efecto, no tenemos hoy una idea, una habitud, una tendencia retrógrada que no sea española" (1886, 2).

También como Sarmiento, defendía y estimulaba la inmigración europea, un desarrollo técnico e industrial similar al de Estados Unidos, un impulso de la educación y un pensamiento filosófico propio, de importante raíz política (véase Guadarrama, 2004). Esta es una de sus contribuciones más importantes para el latinoamericanismo, al mostrar la conveniencia de procurar un pensamiento propio, adecuado a nuestra realidad, con un importante carácter práctico, aplicado (aunque se discuta con fundamentos si la solución propuesta fue la más adecuada):

> nada menos propio que el espíritu y las formas del pensamiento del norte de Europa para iniciar en los problemas de la filosofía a las inteligencias tiernas de la América del Sur (...) Vamos a estudiar no la filosofía en sí, sino la filosofía aplicada a los objetos de un interés más inmediato para nosotros (citado en Vitale, 2001, 40).

Alberdi criticó también con fuerza el peso de la deuda pública con Inglaterra y los mecanismos de dependencia que ello generaba:

> la América del Sur, emancipada de España, vive bajo el yugo de su deuda pública. San Martín y Bolívar le dieron su independencia, los imitadores modernos de esos modelos la han puesto bajo el yugo de Londres (citado en Vitale, 2001, 31).

Debe pues rescatarse su contribución al impulso de la independencia económica de la América española.

En contraste con Francisco Bilbao, para Alberdi, la expresión *América Latina* tiene un significado fuertemente europeizado (Roig, 1981). En su obra *El gobierno de Sud América*, escrita en 1863, denuncia el "exceso de americanismo" que provocaron, dos años antes, la invasión de las tropas francesas en México y la imposición del imperio de Maximiliano, como fruto de la política imperialista de Napoleón III. Lo mostraba como "la reacción del americanismo indígena y salvaje" que se opone en América "al patriotismo liberal, americano y moderno". Sostiene que la revolución independentista en América fue hecha por "el pueblo europeo de origen y de raza, no el pueblo de nacionalidad indígena y salvaje" (véase recuadro). Y añade: "Es en nombre de la Europa que hoy mismo somos dueños de la América salvaje, los americanos independientes de origen español". Incluso defiende

En contraste con Bilbao, para Alberdi, la expresión

UNA MISMA VISIÓN

En *Civilización y barbarie* (1845), Domingo Faustino Sarmiento sostenía una concepción similar a la de Alberdi:

> Es inútil detenerse en el carácter, objeto y fin de la revolución de la Independencia. En toda la América fueron los mismos, nacidos del mismo origen, a saber: el movimiento de las ideas europeas. La América obraba así porque así obran todos los pueblos. Los libros, los acontecimientos, todo llevaba a la América a asociarse a la impulsión que a la Francia le habían dado Norteamérica y sus propios escritores; a la España, la Francia y sus libros (1896, capítulo IV).

tanto la aristocracia latinoamericana, como la propia monarquía, en cuanto forma ideal de gobierno frente a la república, que le parecía la puerta de entrada a la política, para las "masas ignorantes".

Según Alberdi, existían dos americanismos: el de la civilización y el de la barbarie. Decidió apoyar la intervención francesa en México, con lo que no contradijo su tesis de 1851: en América era bárbaro todo lo que no era europeo. Lo latino venía del ser europeo, no de alguna sustantividad histórica que pudiera tener América. Luchar contra los franceses en México significaba reivindicar una América que

América Latina tiene un significado fuertemente europeizado.

fuera pura naturaleza y barbarie. No apoyarlos era dejar las puertas abiertas a la América sajona (citado en Roig, 2004, capítulo II).

FRANCISCO BILBAO: POR UNA AMÉRICA UNIDA, POPULAR, LATINA Y REPUBLICANA

Destacado pensador de la integración latinoamericana y creador, en 1856, del término *América Latina*: ese fue Francisco Bilbao. Admiraba, al igual que Sarmiento, la historia del pueblo estadounidense, pero advertía también sobre el peligro de la expansión *yanki*. Hablaba de América Latina, a la vez que contemplaba la población indígena: "es menester que nos fortalezcamos y nos unamos las naciones indoespañolas, porque los Estados Unidos extienden más sus garras en esa partida de caza que han emprendido contra el sur." (citado en Vitale, 2001, 39)

Además de condenar a Estados Unidos por su intervención en México y Centroamérica, propuso crear una confederación de países que enfrentasen la expansión imperialista. En su *Iniciativa de la América* propuso instaurar una única ciudadanía americana y un congreso federal con poderes legislativos para todos los países (Guadarrama, 2004).

En un texto anterior, *La América en peligro,* de 1862, criticó tanto el intervencionismo estadounidense como el francés en la invasión a México. Mientras que Alberdi vio un "exceso de americanismo" en las reacciones a la invasión y la legitimó, Bilbao la condenó con energía. Otro fue el significado que dio a América Latina: ya no europeizada, sino propiamente americanista (Roig, 2004, 7-9): "El régimen de valores que rige el pensamiento de este autor es la contraparte del que hemos visto sostiene la posición alberdiana. México (...) no es para Bilbao un ataúd, sino lo 'más bello y lo más rico de América'". Además, niega las formas monárquicas y defiende las instituciones republicanas y democráticas para los países latinoamericanos. Señaló Bilbao (1865):

> Creemos que la gloria de América, exceptuando de su participación al Brasil, imperio con esclavos, y al Paraguay, dictadura con siervos, y a pesar de las peripecias sangrientas de la anarquía y despotismo transeúntes, sea por instinto, intuición de la verdad, necesidad histórica o lógica del derecho, consiste (...) en haber identificado su destino con la república (citado en Roig, 1981).

En definitiva, en primer lugar está América, y en segundo, su latinidad. La defensa de Bilbao no se dirige a salvar a esta última, sino a "salvar a América".

Bilbao marcó la diferencia entre la América sajona y la América latina. Dijo sobre Estados Unidos:

> No abolieron la esclavitud de sus estados, no conservaron las razas heroicas de sus indios ni se han constituido en campeones de la causa universal, sino del interés americano, del individualismo sajón. Se precipitaron sobre el sur, y esa nación que debería haber sido nuestra estrella, nuestro modelo, nuestra fuerza, se convierte cada día en una amenaza de la autonomía de la América del Sur (Bilbao, 1986).

Bilbao siguió el espíritu de Bolívar cuando dijo que en América los grandes hombres, al contrario de lo que pensaba Hegel, *no quieren ser conquistadores sino libertadores:* reivindicó una particularidad latinoamericana, esta vez vinculada a determinados valores y a una sociedad fundada en una matriz que hoy llamaríamos pluriétnica o multicultural:

> Creemos y amamos todo lo que nos une; preferimos lo social a lo individual, la belleza a la riqueza, la justicia al poder (...). No vemos en la tierra, ni en los goces de la tierra, el fin definitivo del hombre; y el negro, el indio, el desheredado, el infeliz, el débil, encuentran en nosotros el respeto que se debe al título y a la dignidad del ser humano (...). He aquí lo que los republicanos de la América del Sur se atreven a colocar en la balanza, al lado del orgullo de las riquezas y del poder de la América del Norte (Bilbao, 1986).

Además, exaltó el papel de las movilizaciones populares en la construcción de los destinos de América Latina, en el período de las luchas por la independencia y, sobre todo, en el posterior, marcado por guerras civiles. Remarcamos su concepción democrática y antiautoritaria, opuesta a la de Sarmiento:

> Sí, gloria a los pueblos, a las masas brutas, porque su instinto nos ha salvado. Mientras los sabios desesperaban o traicionaban, esas masas habían amasado con sus lágrimas y sangre el pan de la República, y aunque ignorantes, el amor a la idea desquició todas las tentativas de los que imaginaron reproducir un plagio de monarquía. (citado en Roig, 1981).

Hay aquí una crítica al americanismo europeizado y aristocrático que hace que los 'civilizados' pidan el exterminio de los gauchos y de los indios y desconozcan y desprecien el papel histórico de las "masas brutas". Los opresores incitan y buscan la violencia. Bilbao recrea así el razonamiento y el discurso de los dominadores:

> Ved esos bárbaros: los hombres del campo, los huasos, los gauchos, los llaneros, los jornaleros, los peones, en unas palabras, las masas, el pueblo. ¿Y queréis instituciones? ¡No! Es necesario la fuerza, el poder fuerte, la dictadura" (...). Los "partidos civilizados" piden pues, la "dictadura de las clases privilegiadas" (citado en Roig, 2004).

FRANCISCO BILBAO

LA NACIÓN AMERICANA SE CONSTRUYE ENTRE LOS HERMANOS

"Hemos hecho desaparecer la esclavitud de todas las Repúblicas del Sur nosotros los pobres, y vosotros, los felices y los ricos, no lo habéis hecho. Hemos incorporado a las razas primitivas, formando en el Perú la casi totalidad de la nación. [...] Rechazo la gran hipocresía de cubrir todos los crímenes y atentados con la palabra 'civilización' y muestro como ejemplo de la prostitución de la palabra que corona la evolución de la mentira el hecho de que el 'civilizado' pida la exterminación de los indios o de los gauchos. [...] Colonización, inmigración, gritan los políticos. ¿Por qué no colonizáis vuestra tierra con sus propios hijos, con vuestros propios hermanos, con sus actuales habitantes, con los que deben ser sus poseedores y propietarios? [...] Todo eso es amenazado por Europa, la conquista otra vez se presenta, la conquista del Nuevo Mundo. [...] Las viejas naciones piráticas se han dividido el Continente y debemos unirnos para salvar la civilización americana de la invasión bárbara de Europa [...]"

Iniciativa de la América (1865) (Bilbao, 1986).

Protagonismo femenino

Un importante papel desempeñaron las mujeres, activamente comprometidas en la creación intelectual, en la lucha contra el patriarcalismo, en la crítica al matrimonio, en la promoción del voto femenino, en la búsqueda de una sociedad más justa. Gertrudis Gómez de Avellaneda (1814-1873) fue, además de la más grande escritora de Cuba, una de las más importantes de habla hispana. En su novela *Sab* expresó la rebeldía negra, por lo que fue proscrita y obligada a residir en España. En su análisis de la esclavitud realiza un símil entre la condición de esclava y la de mujer:

> arrastran pacientemente su cadena y bajan la cabeza bajo el yugo de las leyes humanas. Sin otro guía que su corazón ignorante y crédulo, eligen un dueño para toda la vida. El esclavo al menos puede cambiar de amo, puede esperar que juntando oro comprará algún día su libertad; pero la mujer (...) (citado en Vitale, 2001, 36).

Entre las luchadoras y librepensadoras, están Juana Paula Manso (1819-1975), notable educadora y precursora del feminismo en Argentina, la mexicana Concepción Gimeno de Flaquer, la 'Ñata' Gamarra en Ecuador, las cubanas María Luisa Dolz y Arango. En 1874, las chilenas fueron las primeras en conquistar el sufragio (véase Vitale, 2001, 36-7).

Balance de una época

Las décadas que siguieron a la primera independencia marcan un reflujo en las ideas y la praxis de la integración latinoamericana, en relación con las luchas anteriores. Después de ellos, volvió a emerger el latinoamericanismo.

Desde el punto de vista filosófico-ideológico, predominaron en ese mismo periodo las concepciones liberales y positivistas (con las influencias de Comte y Spencer), vinculadas a las influencias hegemónicas inglesas en Nuestra América a nivel del comercio, las inversiones y los flujos de capitales. El positivismo penetró en la *intelligentsia* hispanoamericana en las últimas décadas del siglo XIX y fue hegemónico, a la vez que convivió con el tímido pero importante avance de las ideas del socialismo utópico y del anarquismo (véase Salazar Bondy, 1976, 19).

En cuanto al liberalismo hispanoamericano, fue su "objetivo fundamental (...) homogeneizar la sociedad civil mediante el recurso previo de su secularización" (Soler, 1980), lo que indica que "ningún modelo teórico clausurado en las categorías de feudalismo o capitalismo agota la complejidad social de Nuestra América". Los triunfos del reformismo liberal

En su novela Sab, Gertrudis Gómez expresó la

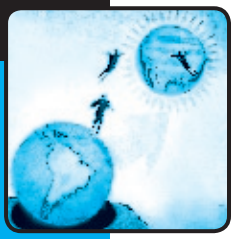
significan un intento por imponer el predominio de las relaciones de producción capitalistas, aunque este proceso tuviera particularidades destacadas en Nuestra América, al convivir permanentemente con relaciones de producción no capitalistas. Pero dos obstáculos impidieron que el reformismo liberal diera lugar a una "verdadera revolución democrático-burguesa y al desarrollo nacional autónomo". El primero fue el hecho de que la pequeña burguesía y las capas medias perdieran la dirección del bloque liberal, lo que originó un "neolatifundismo agresivo". El segundo, la expansión del imperialismo a partir de los años 80 del siglo XIX (1980, 269-71). Estos nuevos datos marcaron también la reflexión y la práctica política de varios pensadores latinoamericanos a fines del siglo XIX y comienzos del XX.

rebeldía negra y por ello fue proscrita.

CAPÍTULO 4

Emergencia de un nuevo latinoamericanismo

Varias perspectivas teórico-políticas comienzan a definir los rasgos de lo que se ha llamado campo del pensamiento crítico latinoamericano, junto con nuevos aportes sobre el latinoamericanismo, la integración latinoamericana y la incorporación de perspectivas socialistas y marxistas. Son análisis que sientan bases a los desafíos de la praxis de ese tiempo, pero que también tienen importantes repercusiones hoy en los retos de una integración democrática.



Son varios los exponentes del pensamiento crítico latinoamericano, entre ellos, José Martí, José Enrique Rodó, José Vasconcelos, José Carlos Mariátegui, que cubren las últimas décadas del siglo XIX y las tres primeras del XX. El debate se emparienta con el abordado entre civilización y barbarie, pero traza nuevas direcciones, muchas veces contrapuestas con este horizonte, más vinculadas con la de "o inventamos o erramos" y, sobre todo, con el latinoamericanismo que emerge con nuevas características.

En estas décadas hubo sucesos y procesos fundamentales que permiten comprender y situar el aporte de muchos de los pensadores: la no continuidad de los encuentros y de las formas de unionismo hispanoamericano y su sustitución por las conferencias panamericanas (véase recuadro). Esto mostró el interés del imperialismo estadounidense por hegemonizar las posibilidades de integración americana.

NECESIDAD DE LA SEGUNDA INDEPENDENCIA

La primera conferencia panamericana se realizó en Washington, entre 1889 y 1890; la segunda, en ciudad de México, en 1901; la tercera, en Río de Janeiro, en 1906; la cuarta, en Buenos Aires, en 1910. Aquí se fundó la Unión Panamericana, organismo permanente presidido por Estados Unidos. Desde la primera, Estados Unidos mostró sus posiciones imperialistas. José Martí lo anunció en la prensa de la época:

> Jamás hubo en América, de la independencia acá, asunto que requiera más sensatez, ni obligue a más vigilancia, ni pida examen más claro y minucioso, que el convite que los Estados Unidos potentes, repletos de productos invendibles, y determinados a extender sus dominios en América, hace a las naciones americanas de menos poder, ligadas por el comercio libre y útil con los pueblos europeos, para ajustar una liga contra Europa, y cerrar tratos con el resto del mundo. De la tiranía de España supo salvarse la América española; y ahora, después de ver con ojos judiciales los antecedentes, causas y factores del convite, urge decir, porque es la verdad, que ha llegado para la América española la hora de declarar su segunda independencia (citado en Retamar, 2006, III).

En dicha conferencia, tuvo un papel fundamental el delegado argentino Roque Sáenz Peña, al oponerse al panamericanismo estadounidense y a James Blaine. Quien fuera luego presidente de la Argentina (1910—1914) opuso a la doctrina Monroe ("América para los americanos") la fórmula "sea la América para la humanidad".

Es necesario, entonces, revisar el contexto histórico, político y económico en el que resurgen el imperialismo, la renovación del latinoamericanismo y las propuestas de integración latinoamericana.

Un segundo hecho fue el fin del dominio español sobre América Latina, luego de 1898, a partir de la guerra de independencia de Cuba y Puerto Rico. Esto a la vez señala el comienzo de la injerencia directa de Estados Unidos sobre dichos países y la prolongación de formas neocoloniales de gobierno. También, intervenciones directas en varios países latinoamericanos, entre ellos, Nicaragua, donde emergieron la resistencia heroica y la figura de Augusto César Sandino.

En tercer lugar, al llegar el nuevo siglo surgieron movimientos sociopolíticos en Latinoamérica, con nuevas formas de lucha de las clases populares y de construcción nacional y regional. América Latina se inserta con mucha fuerza en el capitalismo mundial, se da una expansión de relaciones de producción capitalistas y de un precario desarrollo industrial. Al mismo tiempo, se amplía la inmigración europea, finaliza la esclavitud en Brasil y Cuba, avanza la proletarización y se estimulan el pensamiento socialista y la organización obrera bajo el signo anarquista, so-

El debate traza nuevas direcciones vinculadas con

cialista y luego comunista. Entre estos movimientos sociopolíticos se destacan la revolución mexicana, el de las crecientes clases medias universitarias, plasmado en la Reforma de Córdoba, y la articulación continental de los estudiantes, en encuentros que se prolongaron hasta 1959.

El siglo XIX fue fértil en promover figuras políticas nacionalistas: Benito Juárez en México, los López en Paraguay, Justo Arosemena en Panamá, José Manuel Balmaceda en Chile, Eloy Alfaro en Ecuador, Gregorio Luperón en Santo Domingo y otros. Junto a ellos hubo pensadores y hombres de acción en una tradición antiimperialista: el cubano José Martí, Eugenio María de Hostos y Ramón Emeterio Betances en Puerto Rico y el chileno Benjamín Vicuña Mackenna (véase Vitale, 2001, 67).

En los líderes revolucionarios antillanos de las últimas décadas del siglo XIX y comienzos del XX se vislumbró una PRAXIS nacionalista y un antiimperialismo cada vez más definido. Al nacionalismo antillano, el 'ser' de la nacionalidad latinoamericana le aparecía inseparable de la materialización de su 'deber ser', enfrentándose fuertemente con la posición de Blaine y del panamericanismo (véase recuadro)

el latinoamericanismo con nuevas características.

Con énfasis significativos en Martí, la idea de la nación latinoamericana se enfrentó a la noción de *Panamérica*, creada por el imperialismo y sostenida fundamentalmente por James Blaine, que no era sino una continuidad de la doctrina de Monroe de 1823, según la cual América debía ser para los (norte)americanos.

Blaine fue secretario de Estado de los presidentes Garfield y Harrison, en la década del 80. En 1881 hizo el primer intento de celebrar una conferencia panamericana. Fue seguramente el primer político estadounidense en emplear la expresión 'Nuestra América' para designar al continente. El panamericanismo tiene antecedentes tempranos, ya en la década del 20 con la doctrina Monroe. Pero solo hacia 1888 el gobierno de Estados Unidos institucionaliza sus relaciones con el conjunto de América Latina, mediante una ley que autoriza a convocar un congreso, en procura de una unión aduanera. Eso conduce a la primera conferencia panamericana el año siguiente (véase Soler, 1980, 201-216).

Dicho panamericanismo respondía a la fuerza expansiva del capitalismo monopolista. La débil burguesía del período posterior a la independencia tenía una pretensión más nacionalista. Ella formaba parte de una alianza de clases construida para superar la fragmentación política determinada por las relaciones precapitalistas de producción. Pero ante la fuerza posterior del desarrollo monopolista, fue perdiendo su nacionalismo y vinculándose de forma subordinada con el capital extranjero y el expansionismo imperialista.

En los países antillanos, hubo un rasgo común: la presencia importante de la pequeña burguesía, que estimulaba una lucha contra la metrópoli hispánica, apoyada en un universo ideológico relativamente homogéneo, radical y nacionalista. Los puertorriqueños Betances y Hostos, el dominicano Luperón y el cubano José Martí "pudieron por ello realizar la transición del anticolonialismo al antiimperialismo en un solo proceso ideológico identificado en la empresa inconclusa de independizar la nación y organizar su estado" (Soler, 1980). Así, el proyecto de organización estatal-nacional bosquejado en las Antillas no podía ser igual al promovido en el resto del continente latinoamericano por la democracia liberal, ya en descomposición.

Pero, ¿por qué ese nacionalismo asume una proyección latinoamericanista? En las luchas de liberación nacional, son decisivas las capas medias, los pequeños productores, los obreros y campesinos. Mientras que en las áreas continentales la pequeña burguesía y las capas medias pierden la dirección del bloque liberal, en las Antillas, y sobre todo en Cuba, cumplen un papel fundamental. Ahora lo hacen en el contexto de luchas de liberación nacional, con importante participación de las clases populares.

Su posición latinoamericanista confronta los sectores sociales asociados con el imperialismo (Soler, 1980, 272-3).

Algo similar ocurre con el nacionalismo de la revolución mexicana, con todas ambigüedades y sobresaltos, el que pudo extenderse al resto de América Latina. También sucede, en parte, con el proyecto aprista de Haya de la Torre. Apareció con mucha fuerza en la lucha de Sandino, quien no dudó en llamar al bolivarismo y en exaltar lo que llamó la nacionalidad latinoamericana. Más aún, se hizo presente en la propia revolución cubana. En estas luchas se trasunta un nacionalismo abierto, no estrecho o "patriotero", sino de alcances latinoamericanos y de fuertes contenidos sociales y democráticos.

José Martí: 'nuestroamericanismo' popular y antiimperialista

El pensamiento de José Martí, acompañado de una fuerte praxis política, fue original y radical, de contenido antiimperialista, latinoamericanista y democrático-popular. Mientras, el de J. E. Rodó no es propiamente un pensamiento antiimperialista. Sin embargo este y otros, por ejemplo, Rubén Darío, se

La literatura fue un insumo destacado en el proceso de identidad nacional y latinoamericana, vinculado a los intentos de construcción nacional. Ángel Rama se refiere a la importancia de las literaturas nacionales que comienzan a florecer y que fortalecen la identidad de las naciones particulares, aunque muchas veces en oposición a la utopía 'nuestroamericanista'. Incluso revaloran contribuciones propias del período colonial:

> la constitución de las literaturas nacionales que se cumple a fines del XIX es un triunfo de la *ciudad letrada*, la cual por primera vez en su larga historia comienza a dominar a su contorno. Es estrictamente paralelo a la impetuosa producción historiográfica de todo el período, que cumple las mismas funciones; edifica el culto de los héroes, situándolos por encima de las fracciones políticas y tornándolos símbolos del espíritu nacional; disuelve la ruptura de la revolución emancipadora que habían cultivado los neoclásicos y aun los románticos, recuperando la Colonia como la oscura cuna donde se había fraguado la nacionalidad (en el Brasil es la obra pionera de Capistrano de Abreu); redescubre las contribuciones populares, localistas, como formas incipientes del sentimiento nacional y, tímidamente, las contribuciones étnicas mestizadas: sobre todo, confiere organicidad al conjunto, interpretando este desarrollo secular desde la perspectiva de la maduración nacional, del orden y progreso que lleva adelante el Poder (1998, 74).

- En la literatura estaba presente por supuesto la poesía. De ello participaron figuras como Sarmiento, Bello, Echeverría, Juan María Gutiérrez, José Joaquín de Mora. El romanticismo y el costumbrismo latinoamericanos contribuyeron en este proceso. Machado de Asís, considerado como el más importante novelista latinoamericano del siglo XIX, hizo un aporte destacadísimo en Brasil. También José de Alencar destacaba las virtudes de lo brasileño frente al idioma portugués, en un intento de afirmación nacional por la vía de la lengua. Sus incursiones en temáticas urbanas y rurales prepararon en cierto modo el ambiente para el surgimiento de Machado de Assís.

  También Gilberto Freyre, con su *Casa Grande e Senzala*, logró uno de los mejores retratos de la sociedad esclavista del Brasil. El criollismo prohijó a Guillermo Prieto en México y a José Hernández en el Río de la Plata, con su *Martín Fierro*.

  El modernismo dejó de lado la temática nacional y se refugió en lo europeo, pero esto no lo compartieron ni José Martí, ni Santos Chocano, ni, en ocasiones, Rubén Darío. Uno de los pocos que rescató el ancestro indígena reivindicando los derechos de los pueblos originarios fue el peruano Manuel González Prada (véase Vitale, 2001, 41-2).

oponen al expansionismo estadounidense, ante la intervención directa del gran vecino del norte en las guerras de independencia de Cuba y Puerto Rico.

José Martí escribió *Nuestra América* en 1891 (1980, 9-18). Destacamos de este texto algunas ideas-fuerza de su pensamiento:

- La necesidad de superar un 'extranjerismo' (europeizante o 'yanquizante') que parecía endémico en las élites y también en importantes segmentos de los pueblos latinoamericanos y se expresaba, entre otras cosas, en recurrir a modelos foráneos de organización política.
- Al dilema sarmientino de civilización o barbarie, contraponía la verdadera batalla entre "la falsa erudición y la naturaleza". También criticó fuertemente el concepto de raza, así como su corolario, el racismo.
- La cuestión del desarrollo de un conocimiento propio, de las raíces de Nuestra América:

> la universidad europea ha de ceder a la universidad americana (...) la historia de América, de los Incas a acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia. (...) Insértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas.

- El desarrollo de modelos políticos nacionales y democráticos, en los que se haga "causa común" con los oprimidos y se incorpore verdaderamente (y no dando la espalda) al indio, al negro, al campesino.
- La importancia de la creación, en las más diversas esferas de la vida social y política, contra la pura imitación.
- La cuestión de la unidad de los pueblos de "Nuestra América", contra el "gigante de las siete leguas".

- La crítica al desdén sobre Nuestra América y al desconocimiento que muestra por ella la América del Norte, lo que la convertía en el "peligro mayor de Nuestra América".

En estos aspectos, como en tantos otros, Martí identificó tempranamente y criticó la tendencia del expansionismo e imperialismo estadounidense sobre la América Latina. Por ello reivindicó la "segunda independencia" de la América española (véase recuadro).

UN PROYECTO POR CONCLUIR

En su carta testamentaria al mexicano Manuel Mercado, escrita el 18 de mayo de 1895, pocas horas antes de morir en el campo de batalla, dijo Martí:

> Ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber [...] de impedir a tiempo que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y cuanto haré, es para eso [...] impedir que en Cuba se abra, por la anexión de los imperialistas de allá y los españoles, el camino que se ha cegar; y con nuestra sangre estamos cegando, de la anexión de los pueblos de Nuestra América, al Norte revuelto y brutal que los desprecia [...] (citado en Fernández Retamar, 2006, 111).

Los tiempos históricos y las nuevas luchas sociopolíticas le dieron al pensamiento martiano una nueva dimensión y sentido. En Martí, la proyección de integración latinoamericana continuaba el proyecto bolivariano, aunque con rasgos propios. Martí ligaba indefectiblemente el proyecto nacional democrático y popular con el latinoamericanismo y al antiimperialismo (véase recuadro):

> Con una base social –dice Soler (1980, 264-5)– asentada en las masas trabajadoras, la pequeña propiedad y la pequeña producción, la propuesta martiana de renova-

ción del bolivarismo adquiere muy distinta significación política en comparación con el hispanoamericanismo demoliberal del siglo XIX. Bolívar está vigente en cuanto a su propuesta de organización política hispanoamericana. Alberdi está vigente en cuanto a su exigencia de organización económica de la América hispana. Martí lo está aún más, en la medida en cuanto que el pueblo-nación, como agente del proceso revolucionario, es el único que está, a escala de Nuestra América, históricamente convocado para la realización de la utopía. Las tesis sobre la urgencia de nuestra independencia económica, señalada desde conservadores como Lucas Alamán hasta liberales como Alberdi, no alcanzaban a descubrir el proceso de enajenación a que se nos sometería. Desde posiciones democrático-burguesas, Balmaceda se había esforzado por superar esta enajenación. Pero son los textos martianos sobre Honduras (...), los primeros, que conozcamos, que *inician* el desarrollo de una conciencia opuesta al imperialismo como hecho económico *desde posiciones democrático-revolucionarias*. Es decir, desde posiciones nacionales y populares (...) Inconcluso, en la teoría y en la práctica, fue el proyecto martiano. Como inconcluso lo fue también el proyecto demoliberal del siglo XIX, y con anterioridad el bolivariano del período independentista. (...) La propuesta martiana de "fundar" a Nuestra América desde las raíces del pueblo confería a la anhelada "unidad nacional" un carácter programático que superaba viejas mistificaciones. Por ello, desde Martí, la nación latinoamericana es inseparable de una nueva conciencia de identidad, afirmada en la historia, y de una nueva exigencia de racionalidad.

CONFLUENCIA AFORTUNADA

Es posible indicar una relación muy estrecha entre Martí y Carlos Baliño, primer marxista cubano (Vitale, 2001, 18): se dio una,

> confluencia ideológica excepcional para su tiempo: la de un nacionalista democrático que comprendió el papel de la clase trabajadora en la lucha anticolonial y la de un precursor del marxismo que entendió la necesidad de combinar la lucha de clases con la liberación nacional. Fue la primera vez en la historia de América Latina que un demócrata de avanzada coincidía sin reservas con un pensador y luchador marxista.

Martí parte justamente de la necesidad de superar una "mentalidad aldeana". Reconoce las limitaciones de un "horizonte de comprensión" puramente nacionalista. Sumergirnos en la aldea sugiere ignorar a los otros en cuanto alteridad, que éstos también integran lo "nuestro", "Nuestra América" (Roig, 2004, capítulo II). La afirmación de que "los pueblos que no se conocen han de darse prisa por conocerse", no se refiere tanto a un reconocimiento entre pueblo y pueblo, sino al de la diversidad interna de cada uno, que constituye el punto de partida de lo nuestro.

La llamada "civilización" de Sarmiento, es en ese sentido un artificio de la "razón aldeana", un univer-

sal ideológico que funciona como un encubrimiento. La "barbarie", atribuida al "hombre natural" que defendiera Martí, es un poder histórico de desencubrimiento: "viene el hombre natural, indignado y fuerte, y derriba la justicia acumulada en los libros". No se refiere al "buen salvaje" que propuso Rousseau: habla del hombre marginado y explotado, que denuncia con su simple vivir y cotidianeidad los falsos principios de unidad que imponen los dominadores.

Frente a él se encuentra el "hombre culto", cuya cultura consiste en mirar con "antiparras yankis o francesas", colocándose "vendas" y hablando no con "palabras", sino con "rodeos de palabras", con "ambages", por el temor de ser claro. El hombre culto privilegia la "razón universitaria de unos, sobre la razón campestre de otros". Es el que ignora, sabiéndolo o no, la relatividad de su propia posición. Por ello, debe sustituirle el "estadista natural", que, igual que el hombre natural, tiene la capacidad de "ver lo que es" desde un saber universitario que no es ya importado, sino propio. En él, "la universidad europea" ha cedido ante la "universidad americana", el libro foráneo, ante el libro nuestro.

Sería un gran error encontrar en Martí una posición anti-intelectualista o puramente naturalista. Al

contrario: en la medida en que supera ampliamente las coordenadas de la falsa dicotomía entre civilización y barbarie, la cuestión se complejiza y enriquece. Tampoco asume una posición propiamente indigenista, o antioccidental. Por el contrario, un fuerte realismo –en el buen sentido del término– impregna las concepciones de Martí, que no deja tampoco de luchar por la concreción de una utopía –también en su mejor sentido– de "Nuestra América": ella está comenzando a ser realidad en el umbral de las luchas populares de su tiempo.

'Lo nuestro' es la realidad de los oprimidos en su relación con los opresores, en un mundo surcado de antagonismos: ciudad contra campo, la "razón contra el cirial", el libro contra la lanza, las castas urbanas contra la nación natural, el "indio mudo" y el "blanco locuaz y parlante", el campesino y la ciudad desdeñosa. Es necesario "hermanar" a todos, pero esto no significa lograr un simple y aparente acuerdo entre dominadores y dominados, sino ponernos por encima de dicha relación. No hay otra vía que "reconocer como valiosos" la nación natural, el campo, la lanza, la vincha y partir de ellos. Es necesario "colocarnos del lado del hombre natural": al decir de Martí, "con

los oprimidos había que hacer causa común, para afianzar el sistema opuesto a los intereses de los opresores" (véase Roig, 2004, capítulo II).

Recuperación de aportes españoles, pero con un sentido y un proyecto propios

Si bien Alberdi o Sarmiento y en algún sentido también Bilbao descalificaron el aporte español en la cultura y la ideología latinoamericana, la contribución española e ibérica se reconoció a fines de siglo. Esto coincide con el fin del imperio español en América Latina y con la presencia cada vez más agresiva de Estados Unidos, en términos políticos, militares y económicos.

Cuba pasó directamente de ser colonia española a ser colonia de Estados Unidos. Sufrió una alienación política de su soberanía, a partir de la Enmienda Platt de 1901. Mientras tanto, el resto de las naciones latinoamericanas, con excepción de Puerto Rico, Panamá, Haití y República Dominicana, directamente ocupadas, cayeron en una dependencia fundamentalmente económica de los Estados Unidos en las primeras décadas del siglo XX.

Desde el comienzo de las luchas de la independencia, la mirada hacia España tuvo especificidades: "No fue contra España, su pueblo, contra los que los pueblos de América se habían enfrentado, sino contra el absolutismo imperial enfrentado también en España por otros españoles" (Zea, 1998, 66-67). Y es que,

> la guerra por la que morirá Martí no es contra España, sino contra la arrogancia imperial española (...) Guerra civil pero que no puede servir de pretexto para que otro imperialismo, ajeno a la raza y cultura (...) se aproveche y se imponga a su vez. Es la misma lucha que se viene dando dentro de la misma España; guerra contra el absolutismo imperial. La misma lucha de los republicanos españoles que, una y otra vez, insisten en el respeto de los fueros de sus regiones y las libertades de sus individuos.

La preocupación fundamental en Martí fue la influencia estadounidense:

> El poderoso vecino crece más cada día y busca realizar sus ya viejos sueños hegemónicos sobre las tierras que España y Colón abrieron al mundo (...) Creen en la superioridad incontestable de la raza anglosajona contra la raza latina (citado en Zea, 1998, 66).

Por su parte, lo latinoamericano se construye de manera cada vez más afirmativa, crece una identi-

En Rodó es contundente la crítica al pragmatismo, al

dad positiva que involucra el diseño de un proyecto propio. De esa construcción son exponentes, entre otros, Martí, Rodó, Rubén Darío y Vasconcelos.

José Enrique Rodó: arielismo latinoamericanista

En el pensamiento de Rodó estaba presente un espíritu diferenciado del de Bilbao con respecto a España. Bilbao, quien también oponía una América sajona a una América latina, estaba más interesado en destacar lo latinoamericano, que en reivindicar el aporte español. Al referirse a la intervención en Cuba por Estados Unidos, que aprovechó la debilidad del agonizante imperio español, Rodó dijo:

> Queríamos y anhelábamos la libertad de Cuba, último pueblo de América que permanecía sujeta al yugo de España (...) Pero lo que no admitíamos de ningún modo era la intervención de Norteamérica (...) ¿Qué tenía que inmiscuirse en algo que para nosotros era un "asunto de familia"?. [Amábamos] a España, honda y profundamente (...) Y tanto como amábamos a España, nos disgustaba Norteamérica (citado en Zea, 1998, 64-5).

Rodó recupera en su *Ariel* de 1900 (1985),

> a la España que amaban los hombres que habían recibido de ella raza y cultura, así como la capacidad para asimi-

utilitarismo y, en general, a la cultura estadounidense.

> lar a todas las razas y culturas de la tierra. Asimilarlas, mestizarlas y al hacerlo universalizarlas.(...) Capacidad para asimilar, racial y culturalmente, de la que carecía el sajón que se había colonizado en Norteamérica. La misma capacidad latina del antiguo imperio romano, que fue heredero a su vez del imperio helénico creado por Alejandro de Macedonia. La latinidad que había permitido a Roma mantener por varios siglos el orden del Mediterráneo que bañaba a Europa, como a Asia y África. A esta capacidad latina se refería Bolívar como romanía, luego latinidad como nos explica Arturo Ardao. Una latinidad genéricamente abierta, en oposición al sajonismo puritano y racista, cerrado a cualquier otra expresión de lo humano (Zea, 1998, 65. Véase también recuadro).

En Rodó, a partir de su *Ariel* (1985, 93-137), es contundente la crítica al pragmatismo, al utilitarismo y, en general, a la cultura estadounidense, a pesar de reconocer sus virtudes (el culto de la energía individual, la "grandeza y el poder del trabajo", el desarrollo del espíritu práctico, la conjunción de la libertad con la capacidad de asociación, la capacidad de improvisación, el desarrollo de cierto bienestar material, etcétera). Este reconocimiento le lleva a decir: "no les amo, les admiro".

Rodó crítica a la sociedad del Norte en diversos planos: el del ocio y el recreo, sobre todo en cuanto

En la época de la Conquista de América (1612), William Shakespeare escribió *La Tempestad* y allí concibió, entre otras, las figuras de Ariel, Próspero, Miranda y Calibán. Próspero fue destronado por su hermano y se refugió en una isla. Calibán, habitante originario, es esclavizado por Próspero y obligado a aprender su lengua. Próspero libera a Ariel, a quien somete a su poder. Miranda es la hija de Próspero, vista por Rubén Darío como la "gracia del espíritu".

Ariel es un personaje mágico, omnipresente, que puede realizar lo que le pida su amo. Al mismo tiempo, es símbolo de lo transparente, lo diáfano. Ariel se vincula con el desinterés, el idealismo, representa al intelectual, pero al servicio de Próspero, el conquistador.

La palabra Calibán es un anagrama de Caníbal (término que alude a 'antropófago' y que además proviene de 'caribe', en referencia a los habitantes de nuestras tierras que opusieron una resistencia heroica frente a los invasores europeos). A Calibán se le considera una persona torpe, que raya en la irracionalidad, a la vez que sensual. Le resulta difícil interpretar las cosas que Ariel realiza con sus poderes mágicos sobrenaturales. Traiciona a Próspero por sus malos tratos, pero luego se arrepiente y es obligado a mantenerse en una situación de servidumbre.

Próspero es el colonizador y dominador de la isla fantástica. Considera que los mayores tesoros son la inteligencia y la sabiduría, el conocimiento occidental eurocéntrico.

➲ Como sostiene Aníbal Ponce en su *Humanismo burgués y humanismo proletario* de 1935,

> En aquellos cuatro seres ya está toda la época: Próspero es el tirano ilustrado que el Renacimiento ama; Miranda, su linaje; Calibán, las masas sufridas; Ariel, el genio del aire, sin ataduras con la vida" (citado en F. Retamar, 1973, 42).

Estos personajes se han recreado después en obras de varios escritores, algunos de ellos latinoamericanos: Rubén Darío, en *El triunfo de Calibán* de 1898, identificó la tosquedad de Estados Unidos con la figura de Calibán (véase recuadro). Rodó retomó a Ariel y lo identificó con América Latina, lo greco-latino y el cristianismo. Fernández Retamar, en su *Calibán* de 1971, y con los nuevos horizontes abiertos por la revolución cubana, comparó "Nuestra América" con Calibán y situó la contradicción fundamental con la figura de Próspero y no tanto con la de Ariel.

La figura del *Ariel* significaba para Rodó "idealidad y orden en la vida, noble inspiración en el pensamiento, desinterés en la moral, buen gusto en arte, heroísmo en la acción, delicadeza en las costumbres". Con esa figura identificó la patria, las características y el proyecto de los pueblos

al desdén por las preocupaciones ideales y culturales; el "vivir el presente", la falta de tradiciones profundas, el cultivo del egoísmo individual y colec-

latinoamericanos (Rodó, 1985, 134). Implícitamente, la civilización estadounidense es allí presentada como Calibán (véase Fernández Retamar, 1973, 38).

Por su parte, para Fernández Retamar,

> nuestro símbolo no es pues Ariel, como pensó Rodó, sino Calibán. Esto es algo que vemos con particular nitidez los mestizos que habitamos estas mismas islas donde vivió Calibán: Próspero invadió las islas, mató a nuestros ancestros, esclavizó a Calibán y le enseñó su idioma para poder entenderse con él: ¿qué otra cosa puede hacer Calibán sino utilizar ese mismo idioma —hoy no tiene otro— para maldecirlo, para desear que caiga sobre él la "roja plaga"? (...) Asumir nuestra condición de Calibán implica repensar nuestra historia desde el *otro* lado, desde el *otro* protagonista. El *otro* protagonista de *La Tempestad* (...) no es por supuesto Ariel, sino Próspero. No hay verdadera polaridad Ariel-Calibán: ambos son siervos en manos de Próspero, el hechicero extranjero. Sólo que Calibán es el rudo e inconquistable dueño de la isla, mientras que Ariel, criatura aérea, aunque hijo también de la isla, es en ella, como vieron Ponce y Césaire, el intelectual (1973, 54, 66. Cursivas del autor).

tivo, la herencia de un positivismo desidealizado, la vulgarización de la cultura, la "semicultura universal y una profunda languidez de la alta cultura", la

existencia de una moral utilitarista, una vida pública cada vez más alejada del republicanismo, de las virtudes cívicas: una democracia niveladora, basada en el "absolutismo del número", vinculada también a la existencia de los grandes *trusts* y corporaciones. Eso se puede sintetizar en "el utilitarismo, vacío de todo contenido ideal, la vaguedad cosmopolita y la nivelación de la democracia bastarda".

Con su crítica también anticipó futuros desarrollos del *way of life*[1] de Estados Unidos. Dijo al respecto, en el texto *Sobre América Latina*:

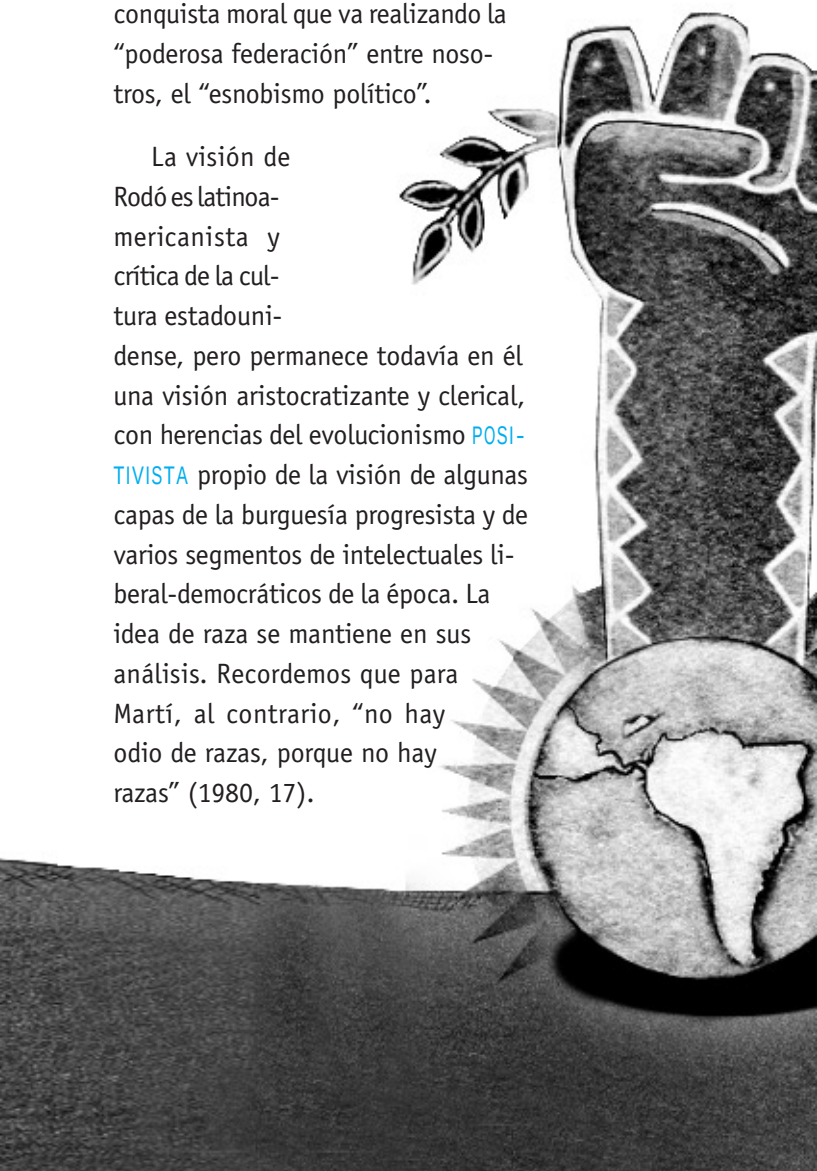
> La América Latina será grande, fuerte y gloriosa si, a pesar del cosmopolitismo que es condición necesaria de su crecimiento, logra mantener la *continuidad de su historia y la originalidad fundamental de la raza*, y si, por encima de las fronteras nacionales que la dividen en naciones, levanta su *unidad superior* de excelsa y máxima patria, cuyo espíritu haya de fructificar un día en la realidad del sueño del Libertador; la magna confederación (...) (citado en Rodríguez, 1985, 9-10).

Por otro lado, condena de parte de nuestras élites intelectuales y políticas, la NORDOMANÍA, la deslatinización de América, la imitación irreflexiva y la

1 Modo de vida, estilo de vida.

conquista moral que va realizando la "poderosa federación" entre nosotros, el "esnobismo político".

La visión de Rodó es latinoamericanista y crítica de la cultura estadounidense, pero permanece todavía en él una visión aristocratizante y clerical, con herencias del evolucionismo POSITIVISTA propio de la visión de algunas capas de la burguesía progresista y de varios segmentos de intelectuales liberal-democráticos de la época. La idea de raza se mantiene en sus análisis. Recordemos que para Martí, al contrario, "no hay odio de razas, porque no hay razas" (1980, 17).



"EL TRIUNFO DE CALIBÁN"

"No, no puedo, no quiero estar de parte de esos búfalos de dientes de plata. Son enemigos míos, son los aborrecedores de la sangre latina, son los Bárbaros. Así se estremece hoy todo noble corazón [...] Y los he visto a esos *yankees*, en sus abrumadoras ciudades de hierro y piedra y las horas que entre ellos he vivido las he pasado con una vaga angustia. Parecíame sentir la opresión de una montaña, sentía respirar en un país de cíclopes, comedores de carne cruda, herreros bestiales, habitadores de casas de mastodontes. Colorados, pesados, groseros, van por sus calles empujándose y rozándose animalmente, a la caza del *dollar*. El ideal de esos calibanes está circunscrito a la bolsa y a la fábrica. Comen, comen, calculan, beben whisky y hacen millones. Cantan ¡Home, sweet home![2] Y su hogar es una cuenta corriente, un banjo, un negro y una pipa. Enemigos de toda idealidad, son en su progreso apoplético, perpetuos espejos de aumento [...] Tienen templos para todos los dioses y no creen en ninguno [...]

No, no puedo estar de parte de ellos, no puedo estar por el triunfo de Calibán [...]

De tal manera la raza nuestra debiera unirse, como se une en alma y corazón, en instantes atribulados; somos la raza sentimental, pero hemos sido también dueños de la fuerza. El sol no nos ha abandonado y el renacimiento es propio de nuestro árbol secular. Desde Méjico hasta la Tierra del Fuego

hay un inmenso continente en donde la antigua semilla se fecunda, y prepara en la savia vital, la futura grandeza de nuestra raza; de Europa, del universo, nos llega un vasto soplo cosmopolita que ayudará a vigorizar la selva propia. Mas he ahí que del Norte, parten tentáculos de ferrocarriles, brazos de hierro, bocas absorbentes [...]

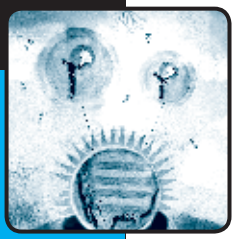
Miranda preferirá siempre a Ariel; Miranda es la gracia del espíritu; y todas las montañas de piedras, de hierros, de oros y de tocinos, no bastarán para que mi alma latina se prostituya a Calibán" (1998, 5).

2 ¡Hogar, dulce hogar!

CAPÍTULO 5

Nuevas dimensiones del latinoamericanismo

En los primeros años del siglo XX tomaron mucho aliento la práctica y el pensamiento sobre una Latinoamérica urgida por una segunda independencia. En este tiempo era ya dominante el ejercicio imperial de Estados Unidos, aliado con las clases dominantes criollas, y se hacían cada vez más imprescindibles la soberanía y la integración de nuestra América. Esta realidad condujo a una profusión de ideas y acontecimientos en torno a la identidad y la recreación de la unidad nuestro-americana.



La riqueza del movimiento que se desató alrededor de la unidad e identidad latinoamericanas implicó fuertes luchas sociales obreras, campesinas, feministas, estudiantiles, tanto nacionales como internacionalistas. También, son los tiempos de la consolidación de perspectivas originales de marxismo y socialismo en América Latina.

La revolución mexicana

A partir de 1910, la revolución mexicana transformó el país e hizo cimbrar a Nuestra América (Fernández Retamar, 2006, IV). Antecede en un año a la revolución china de Sun Yat-sen y en siete, a la revolución rusa de octubre. Es la primera gran revolución del siglo XX. Ofreció al mundo figuras legendarias: Emiliano Zapata, líder agrarista; Pancho Villa, el anarquista Ricardo Flores Magón, Lázaro Cárdenas y José Vasconcelos, entre otros.

Pedro Henríquez Ureña hizo el balance de la revolución en la vida intelectual

de México, en *La utopía de América*. La educación popular y el nacionalismo hicieron de ella una réplica democrática de la concepción elitista que habían manejado los ilustrados de la modernización. Se trataba de ampliar el derecho a la educación de amplias masas y de promover posiciones y estrategias nacionalistas. Dicha fórmula puede traducirse sin más como el impulso de la "democracia latinoamericana". Eso supuso la incorporación y la aceptación pública de las culturas populares, antes dejadas de lado, a lo cual se comprometió activamente el Estado (Rama, 1998, 105-6).

Fernández Retamar diferencia el aporte del conocido Ateneo de la Juventud, fundado en 1909 y núcleo de la llamada *generación del centenario*, del pensamiento de la revolución mexicana, sumamente complejo y difícilmente clasificable. En dicha generación participaron, entre otros, Justo Sierra, Antonio Caso, Alfonso Reyes, José Vasconcelos y el dominicano Pedro Henríquez Ureña. Justo Sierra (1848-1912) fue ministro del dictador Porfirio Díaz, hombre "honrado y talentoso", historiador-sociólogo, desarrolló una modernizada interpretación de la nacionalidad y formó parte del grupo de positivistas *sui generis* en América Latina, junto con Enrique José Varona y

José Ingenieros, que reivindicaron los valores de las culturas de los pueblos latinoamericanos y la necesidad de su imprescindible soberanía e integración (véase Guadarrama, 2004).

El filósofo mexicano Antonio Caso (1883-1946) adelantó un discurso emocionalista y espiritualista. Formó parte del grupo de los filósofos-educadores-politólogos que integraron también, entre otros, el peruano Francisco García Calderón (1883-1946), el argentino Alejandro Korn (1860-1936), el uruguayo Carlos Vaz Ferreira (1872-1958) y José Vasconcelos (1881-1959) (véase Rama, 1998, 86).

José Vasconcelos: "misión de la raza iberoamericana"

Un papel protagónico en la rectoría de la Universidad Autónoma de México tuvo José Vasconcelos, quien además fue Secretario de Instrucción Pública. Se destacó como el más político de los integrantes del Grupo del Ateneo, un hombre excepcional y controvertido, del talante de Sarmiento y uno de los grandes filósofos y escritores que ha dado nuestra América: "si alguien ha acertado en América es él, y si alguien se ha equivocado también es él" (Fernández Retamar, 2006, IV, 49).

En Vasconcelos se aprecian la influencia de la revolución mexicana, los intentos de constitución de un pensamiento y la fundación y defensa de una cultura propia, así su perspectiva no esté exenta de problemas (véase recuadro). En uno de sus libros iberoamericanistas, *La raza cósmica. Misión de la raza iberoamericana. Notas de viajes a la América del Sur* (1925), exaltó los valores del mestizaje y de la raza latina y los opuso a la raza sajona.

Señaló que nuestra cultura asimiló al indígena, mientras que la sajona lo destruyó, lo que daba a los latinoamericanos derechos nuevos y la esperanza de una misión original en la historia: la formación de una nueva y quinta "raza integral", raza "cósmica" o raza "síntesis" (síntesis de blancos, negros, indios y mongoles). En esta quinta raza se fundirían eventualmente todos los pueblos del mundo y pertenecía a los latinos el honor de cumplir tal misión integradora (véase Larraín, 1996).

Según Vasconcelos, la raza que se estaría forjando en esta región sería la raza definitiva, pues asimilaría todas las razas (véase Zea, 1998, 70). No era una raza en sentido biológico. Se trataba de entenderla como capacidad de ver en el otro a un semejante a partir de su propia desemejanza, como

En 1925, Mariátegui se refiere a la producción y al intento de Vasconcelos, aunque sin nombrarlo directamente. Critica su desdén por los aportes que podría dar la civilización europea a Nuestra América, distinguiendo adecuadamente entre los aportes de la modernidad, en este caso europea, como proyecto ilustrado, y el desarrollo propiamente capitalista:

> Está bien que América se crea predestinada a ser el hogar de la futura civilización. Está bien que diga: *"Por mi raza hablará el espíritu"*. Está bien que se considere elegida para enseñar al mundo una verdad nueva. Pero no que se suponga en vísperas de reemplazar a Europa ni que declare ya fenecida y tramontada la hegemonía intelectual de la gente europea. La civilización occidental se encuentra en crisis; pero ningún indicio existe aún de que resulte próxima a caer en un definitivo colapso. Europa no está, como absurdamente se dice, agotada y paralítica. A pesar de la guerra y la posguerra, conserva su poder de creación. [...] Lo que acaba, lo que declina, es el ciclo de la civilización capitalista (1986, 494-5).

el ser distinto que todo hombre es con respecto a los demás, pero no tan distinto que deje de ser hombre. Se trata de una nueva utopía, fruto de la capacidad latina e ibérica para mestizar la diversidad de lo humano, tanto racial como culturalmente.

En uno de sus trabajos, *Bolivarismo contra monroísmo,* expone su concepción sobre la integración latinoamericana. Vasconcelos estaba en contra de la doctrina Monroe, pero no desde la perspectiva de la revolución. Sencillamente, le dolía que otra civilización le hubiera amputado a su país la mitad de su territorio (Fernández Retamar, 2006, IV).

Sandino: "nunca aceptar una vida de oprobio y vergüenza"

Augusto César Sandino dirige la respuesta a la intervención militar de Estados Unidos en Nicaragua. Intervención que sucedía a otras similares o con formas neocolonialistas en la transición al nuevo siglo y en sus tres primeras décadas en Cuba, Puerto Rico, Panamá, Haití y República Dominicana. Esta escalada tenía un carácter tanto territorial como económico: se buscaba desplazar la influencia de las potencias europeas en la zona centroamericana y caribeña.

En 1928, Sandino escribe en una carta a los gobernantes del continente:

> Los yankees, por un gesto de pudor, quieren disfrazarse con el proyecto de construcción de un canal interoceánico a través del territorio nicaragüense, lo que daría por

> resultado el aislamiento ente las repúblicas indohispanas (...). ¿Acaso piensan los gobiernos latinoamericanos que los yankees sólo quieren y se contentarían con la conquista de Nicaragua? ¿Acaso a estos gobiernos se les habrá olvidado que de veintiuna repúblicas han perdido ya seis su soberanía? Panamá, Puerto Rico, Cuba, Haití, Santo Domingo y Nicaragua, son las seis desgraciadas repúblicas que perdieron su independencia y que han pasado a ser colonias del imperialismo yankee (...) Hoy es con los pueblos de la América hispana con quienes hablo (...) Los hombres dignos de la América Latina debemos imitar a Bolívar, Hidalgo, San Martín y a los niños mexicanos que el 13 de septiembre de 1847 cayeron acribillados por las balas yankees en Chapultepec y sucumbieron en defensa de la patria y de la raza, antes que aceptar sumisos una vida llena de oprobio y de vergüenza en que nos quiere sumir el imperialismo yankee. Patria y Libertad (citado en Vitale, 2001, 93-4).

En 1929, dijo Sandino en su *Plan de realización del Supremo Sueño de Bolívar,* refiriéndose a la necesidad de la integración latinoamericana:

> Hondamente convencidos como estamos de que el capitalismo norteamericano ha llegado a la última etapa de su desarrollo, transformándose como consecuencia, en imperialismo, y que ya no atiende a teorías de derecho y de justicia, pasando sin respeto alguno por sobre los inconmovibles principios de independencia de las fracciones de la Nacionalidad Latinoamericana, consideramos indispensable, más aún inaplazable, la alianza de nuestros Estados Latinoamericanos (Sandino, 2006).

Allí, Sandino reitera sus ideas unitarias. Pone en primer plano la propuesta de unidad latinoamericana, en la mejor tradición de Bolívar, Bilbao y Martí; declara abolida la doctrina Monroe y proclama la nacionalidad y ciudadanía latinoamericanas:

> Variadas y diversas son las teorías para lograr, ya sea un acercamiento, ya una alianza, o ya una Federación, que comprendiendo a las 21 fracciones de nuestra América integren una sola nacionalidad. Pero nunca como hoy se había hecho tan imperativa y necesaria esa unificación unánimemente anhelada por el pueblo latinoamericano, ni se habían presentado las urgencias, tanto como las facilidades que actualmente existen para tan alto fin históricamente prescripto como una obra máxima a realizar por los ciudadanos de la América Latina (...) Consideramos imprescindible la alianza de nuestros Estados latinoamericanos (...) La Conferencia de Representantes de los veintiún Estados integrantes de la nacionalidad latinoamericana declara abolida la doctrina Monroe (...) declara expresamente reconocido el derecho de alianza que asiste a los veintiún Estados de la América Latina continental e insular, y por ende, establecida una sola nacionalidad, denominada Nacionalidad Latinoamericana, haciéndose de ese modo efectiva la ciudadanía latinoamericana (Sandino, 2006).

La poetisa chilena y feminista Gabriela Mistral, premio Nóbel de Literatura, respaldó con energía a Sandino. Postuló que no se trataba de defender al

Sandino pone en primer plano la propuesta de unidad

antiimperialismo en el papel, sino a un combatiente como lo era el nicaragüense. Señaló que los "hispanoamericanistas de gabinete" deberían ir a pelear al "pequeño ejército loco" de Sandino (así lo llamó Gregorio Selser en un libro sobre Sandino). Y efectivamente varios lo hicieron: Farabundo Martí, de El Salvador; Germán List Arzubide, de México; el venezolano Carlos Aponte, el mexicano José de Paredes, el dominicano Gregorio Gilbert. Fue un verdadero ejército latinoamericano antiimperialista. En torno a esta causa se reunieron personalidades muy diversas, como los cubanos Julio Antonio Mella y Antonio Guiteras, que desembocaron en posiciones socialistas (véase Fernández Retamar, 2006, III).

Vargas Vila, Ugarte y Blanco Fombona[1]

El colombiano José María Vargas Vila (1860-1933) fue también antiimperialista. En su texto *Ante los bárbaros* (1917) denunció ferozmente la penetración de Estados Unidos en América Latina. Indicaba que ello se producía por la inmovilidad o el miedo de los gobiernos. Era un admirador incondicional de Eloy

1 Para abordar algunos de los siguientes exponentes nos basamos en Vitale (2001, 70-73).

en la mejor tradición de Bolívar, Bilbao y Martí.

Alfaro, el líder de la revolución liberal ecuatoriana de 1895 y hombre solidario con las luchas de los pueblos centroamericanos y caribeños.

Vargas Vila criticó fuertemente las conferencias panamericanas, al tiempo que llamó a la acción y organización de un movimiento por la unidad de América Latina. Su lema era: "aliarnos, es decir amarnos y ayudarnos; unirnos, es decir salvarnos; he ahí la obra":

> Bolívar dio la palabra salvadora, en los espasmos de la muerte, envuelto en las brumas augurales de su inmortalidad; unión, unión, unión, así dijo el genio moribundo (...) unión por todo el continente (...) Convenciones y tratados formales en que esas repúblicas se comprometan a defender mutua y colectivamente su Integridad y su Independencia, contra toda tentativa de anexión y de Conquista, intentada por yankis y europeos; liga de fraternidad, liga de defensa mutua; un Tribunal Arbitral, permanente en esa misma ciudad; las guerras internacionales conjuradas por el Tribunal Arbitral de Buenos Aires, sin necesidad de ir a mendigar justicia a la insolencia o mala fe de gobiernos europeos (...) Liga de esos países contra la invasión y la extorsión, contra Europa y Norteamérica.

El argentino Manuel Ugarte (1875-1951) se inició en el pensamiento socialista de su coterráneo Juan Bautista Justo, de quien luego se distanció

al comprobar que la concepción europeizante de su partido desconocía la cuestión nacional-antiimperialista. Denunció tanto la penetración económica como la cultural. Una de sus nociones más polémicas fue la de "nación proletaria", con la que caracterizó a las repúblicas hispanoamericanas; confundía el concepto de nación oprimida, con el de proletaria y asimiló equivocadamente el significado de nación con el de clase.

Ugarte denunció en 1923 a la *Unión Panamericana*. Polemizando con los intelectuales europeizantes de su época, alertaba sobre el peligro de penetración cultural, aunque a veces caía en una idealización de la tradición hispánica y no criticaba el imperialismo británico. Con el correr de los años asumió una posición más antiimperialista, vinculada a su lectura de la invasión estadounidense en Nicaragua. Confiaba en la juventud latinoamericana, a la que dirigió un manifiesto en 1927 titulado *La América latina para los latinoamericanos*.

En 1901, el venezolano Rufino Blanco Fombona (1874-1944) opinaba por su parte: "Nuestro territorio fraccionado presenta, a pesar de todo, más unidad que muchas naciones de Europa. Entre las dos Repúblicas más opuestas de América Latina, hay

menos diferencias y menos hostilidad que entre dos provincias de España o dos Estados de Austria".

Ingenieros: "Latinoamérica para los latinoamericanos"

El argentino José Ingenieros fue fundador del Partido Socialista en 1898. Médico de profesión, divulgó la moderna sicología y el enfoque criminológico en su país, en el marco del avance de las ideas positivistas. Dijo con firmeza de la Doctrina Monroe:

> No somos, no queremos ser más, no podríamos seguir siendo panamericanistas. La famosa doctrina de Monroe, que pudo parecernos durante un siglo la garantía de nuestra independencia política contra el peligro de conquistas europeas, se ha revelado gradualmente como una reserva del derecho norteamericano a protegernos e intervenirnos" (citado en Vitale, 2001, 73).

Fue partidario de retomar la lucha por la unidad latinoamericana:

> Creemos que nuestras nacionalidades están frente a un dilema de hierro. O entregarse sumisos y alabar la Unión Panamericana (América para los norteamericanos) o prepararse en común a defender su independencia, echando las bases de una Unión Latinoamericana (América Latina para los latinoamericanos) (citado en Vitale, 2001, 74).

"Dichosos los pueblos si los jóvenes descubren en

Cometió el error de proponer en su juventud la HEGEMONÍA argentina en el continente latinoamericano, aunque luego modificó su actitud. Algún crítico encontró en él algunos rasgos de racismo y antifeminismo (véase Vitale, 2001, 74). De todas maneras, animó el impulso reformista de los universitarios de Córdoba. Su pensamiento alentó a las universidades populares que en los años 20 proliferaron desde Argentina hasta México y Cuba. En ellas, los estudiantes universitarios, en estrecha alianza con los emergentes movimientos de obreros, artesanos y campesinos, pusieron su conocimiento al servicio de un proyecto social.

En su libro *Las fuerzas morales* (1925) insistió en su mensaje dirigido a la juventud: "Dichosos los pueblos de la América Latina si los jóvenes de la Nueva Generación descubren en sí mismos las fuerzas morales para la magna Obra: desenvolver la justicia social en la nacionalidad continental" (Ingenieros, 2005, 16).

Haya de la Torre: indoamericanismo antiimperialista

El peruano Víctor Haya de la Torre promovió la Alianza Popular Revolucionaria para América Latina, Apra, de

sí mismos las fuerzas morales para la magna Obra."

gran impacto en nuestros países y generadora también de importantes polémicas. Cuatro movimientos influyeron en él: la revolución rusa, la revolución mexicana, la reforma universitaria de 1918-1923 y el pensamiento nacional-antiimperialista.

Según Haya de la Torre, en la sociedad peruana existía un sector capitalista, proimperialista, y otro feudal, alimentado por los terratenientes criollos. El imperialismo constituyó, desde su punto de vista, la primera etapa del capitalismo en Latinoamérica y puesto que este se unió con el feudalismo, la liberación nacional se daría a través de una revolución antiimperialista y antifeudal. La Tercera Internacional estalinista formuló algo similar en relación con el Kuomintang de Chiang Kai-shek, pero desde el Apra no se alentaba la creación de un partido de la clase obrera, sino un movimiento policlasista amplio, capaz de llevar adelante una revolución nacionalista, democrática y antiimperialista, hegemonizada por las clases medias (véase Vitale, 2001, 74-6).

El Apra se convirtió luego en partido. Fue una organización de proyección continental, lo que generó contradicciones abiertas con las secciones de la Tercera Internacional en América Latina. Haya de

la Torre insistía en el carácter de su organización: "Es el partido continental antiimperialista e integracionista de la gran nación latinoamericana –que los apristas llamamos IndoAmérica– y que el genio del Libertador Simón Bolívar quiso unir" (citado en Vitale, 2001, 76).

Mella: "concretar de manera precisa el ideal de Bolívar"

La reforma universitaria y la revolución mexicana influyeron con fuerza en el cubano y marxista Julio Antonio Mella, quien participó del sentir y la práctica latinoamericanista del movimiento estudiantil de Cuba. En 1925, promovió la Liga Antiimperialista de las Américas y contribuyó significativamente en la creación del Partido Comunista de su país. Discutió y rompió con Haya de la Torre. Señaló que "estos movimientos burgueses intentaban mediatizar a la clase obrera, amarrando su independencia de clase", en términos del lugar que ocuparían el Frente único antiimperialista y un Frente único proletario.

Las ideas de Mella se expresaron en el llamado a crear una Internacional que agrupara los movimientos sociales y políticos de América Latina. En 1925 subrayó,

Ugarte alertaba sobre el peligro de penetración cultural,

> la necesidad de concretar en una fórmula precisa el ideal de Bolívar (...) esta unidad de la América solo puede ser realizada por las fuerzas revolucionarias del capitalismo internacional: obreros, campesinos, indígenas, estudiantes e intelectuales de vanguardia (citado en Vitale, 2001, 88).

Y agregó que los enemigos de clase habían formado la Unión Panamericana, ante lo que "es necesario crear también una Internacional Americana capaz de aunar todas las fuerzas antiimperialistas y revolucionarias del continente para formar un Frente Único" (citado en Vitale, 2001, 88)

Junto con Mariátegui, Mella fue uno de los principales impulsores de la "latinoamericanización del socialismo". En su marxismo, no se separan las luchas nacionales y las antiimperialistas de la tradición socialista. Se trata de un socialismo que se define y conforma a partir de la confrontación con el imperialismo (sobre todo de los Estados Unidos) (véase Kohan, 2003, 117).

La reforma de Córdoba

Escritores, pensadores y luchadores sociales y políticos adhirieron al movimiento de reforma y articulación

aunque a veces no criticaba el imperialismo británico.

latinoamericana de los estudiantes universitarios, entre ellos, Deodoro Roca, Julio Mella y José Carlos Mariátegui. El mismo se gestó en distintos encuentros: el primero tuvo por sede a Montevideo, en 1908: el segundo, a Buenos Aires, en 1910; el tercero, a Lima, en 1912. Luego vinieron la reforma universitaria en 1918 y el Congreso Mundial de Estudiantes convocado por Vasconcelos en México en 1921. Esta dinámica se mantuvo hasta 1959, año del último encuentro latinoamericano de estudiantes (véase Methol Ferré, 2001, 48).

En el famoso Manifiesto de la Federación Universitaria de Córdoba, de 1918, los estudiantes cordobeses se dirigieron así a "los hombres libres de Sudamérica":

> Hombres de una república libre, acabamos de romper la última cadena que en pleno siglo XX nos ataba a la antigua dominación monárquica y monástica. Hemos resuelto llamar a todas las cosas por el nombre que tienen. Córdoba se redime. Desde hoy contamos para el país una vergüenza menos y una libertad más. Los dolores que nos quedan son las libertades que nos faltan. Creemos no equivocarnos, las resonancias del corazón nos lo advierten: estamos pisando sobre una revolución, estamos viviendo una hora americana. (...) Las universidades han sido hasta aquí el refugio secular de los mediocres, la renta de los ignoran-

> tes, la hospitalización segura de los inválidos y –lo que es peor aún– el lugar donde todas las formas de tiranizar y de insensibilizar hallaron la cátedra que las dictara. (...) Nuestro régimen universitario –aun el más reciente– es anacrónico. Está fundado sobre una especie del derecho divino: el derecho divino del profesorado universitario. Se crea a sí mismo. En él nace y en él muere. Mantiene un alejamiento olímpico. La Federación Universitaria de Córdoba se alza para luchar contra este régimen y entiende que en ello le va la vida. Reclama un gobierno estrictamente democrático y sostiene que el *demos* universitario, la soberanía, el derecho a darse el gobierno propio radica principalmente en los estudiantes. (...) En adelante sólo podrán ser maestros en la futura república universitaria los verdaderos constructores de alma, los creadores de verdad, de belleza y de bien (UNC, 2006).

El pensador argentino Deodoro Roca (1890-1942) fue el principal impulsor de la Reforma Universitaria y quien redactó el Manifiesto. Si bien la reforma nació a partir de reclamos estudiantiles y pedagógicos, sus ideas se prolongaron en un ideal político antiimperialista y en un proyecto social de unidad con la clase trabajadora. La obra de Roca indica fundamentos para una pedagogía socialista centrada en la libertad y no en la disciplina autoritaria. Una pedagogía que alienta una relación dinámica y horizontal entre maestro y alumno.

Roca fue fundador de la filial Córdoba de la Unión Latinoamericana. Desde allí condenó al imperialismo, defendió la revolución bolchevique de Lenin y Trotsky y cuestionó a Stalin. Adhirió por un breve tiempo al Partido Socialista, del que se fue para permanecer independiente. También se solidarizó con Sandino y defendió luego la revolución española en su lucha contra el fascismo (Kohan, 2003, 111-2).

Mariátegui y el marxismo latinoamericano

Uno de los primeros y más importantes representantes del marxismo latinoamericano es José Carlos Mariátegui. Su obra y praxis política, junto a las de otros, participan de una maduración del marxismo crítico, que surge tímida pero expresivamente a fines del siglo XIX y comienzos del XX (véase recuadro).

Los exponentes de ese marxismo, se asociaban generalmente a dinámicas nacionales y latinoamericanas. En varios casos, fueron contemporáneos de Mariátegui, antes del comienzo de lo que Löwy (1999) identifica como estalinización del marxismo latinoamericano. Pero sus formulaciones fueron relativamente escasas más por ser la excepción que la

regla, en el marco del marxismo hegemónico de la Segunda y la Tercera Internacional (véase recuadro).

La obra de Mariátegui se alimentó además de su paso por Italia y del contacto directo con las polémicas teóricas y las luchas obreras y sociales de su tiempo. Es claro que el suyo es un marxismo creador

MARXISMO HEGEMÓNICO Y AMÉRICA LATINA

La forma en que se abordó lo nacional y lo latinoamericano en la Segunda y la Tercera Internacional influyó en el escaso peso de nuevas visiones. Por mucho tiempo estuvo ausente una adecuada tematización de la realidad de América Latina en el movimiento comunista internacional. Se reproducían esquemas evolucionistas-etapistas de desarrollo social y se subordinaba la suerte de la revolución en América Latina a los intereses de la URSS. Esto se agravó bajo la hegemonía estalinista. Sólo a partir del VI Ejecutivo de la Segunda Internacional Comunista, en 1926, comienza a abrirse paso una visión particularizada del continente y la necesidad de una estrategia revolucionaria diferenciada para América Latina. Luego, en los debates del VI Congreso, en 1928, se produce un cierto "descubrimiento" de América Latina para la Internacional. El Secretariado latino de la Internacional redacta el primer esbozo de las tesis generales sobre las particularidades de la región (Aricó, 1982, 35-6).

y eso es una de sus mayores virtudes. Un aporte fundamental, entre varios otros, fue su análisis de la situación del indio. La precisó como una cuestión económica y social y no meramente étnica o cultural.

Incluyó en ese análisis las formas económicas de reciprocidad y la presencia de valores comunitaristas (que otros verían a secas como precapitalistas o atrasados) que podían contribuir a la construcción del socialismo, de la misma manera en que Marx vio potencialidades en la comuna rusa y en su régimen de propiedad colectiva de la tierra[2]. Esto adquiere relevancia ante el protagonismo actual de los indígenas en varios países de América Latina (Ecuador, Bolivia, México y otros) y sus formas colectivas de producción y de participación. Parece premonitorio el análisis de Mariátegui:

> La reivindicación indígena carece de concretización histórica, manteniéndose en un plano filosófico o cultural. Para adquirirla --esto es, para adquirir realidad, corporalidad-- precisa transformarse en reivindicación económica y política. El socialismo nos enseñó a ubicar el problema indígena en nuevos términos. Dejamos de considerarlo abstractamente como problema étnico o moral para re-

2 Sánchez Vásquez (1992,337-8), entre otros, argumenta esta posición.

> conocerlo concretamente como problema social, económico y político. Y entonces, por primera vez, lo sentimos esclarecido y demarcado (...); ninguna como la población incásica reúne condiciones tan favorables para que el comunismo agrario primitivo, subsistente en estructuras concretas y en un profundo espíritu colectivista, se transforme, bajo la hegemonía de la clase obrera, en una de las bases más sólidas de la sociedad colectivista pregonada por el colectivismo marxista. Sólo el movimiento revolucionario clasista de las masas indígenas explotadas podrá permitirle un sentido real a la liberación de su raza de la explotación, favoreciendo las posibilidades de su autodeterminación política (Mariátegui, 1999, 105-110).

EL SOCIALISMO: PERSPECTIVA INELUDIBLE

Decía Mariátegui que la burguesía latinoamericana había llegado muy tarde a la escena histórica. Señalaba que en el contexto del modo de producción capitalista, los países del continente están inevitablemente condenados a la dependencia y a la sumisión del poder económico y político-militar del imperialismo, así como de los monopolios internacionales. Presentaba como única alternativa para escapar del subdesarrollo, el tomar un camino claramente socialista (véase Löwy, 1999, 13-14).

En 1928, publica su libro más importante: *Siete ensayos de interpretación sobre la realidad peruana*.

EL ANARQUISMO, EL SOCIALISMO Y EL MARXISMO EN AMÉRICA LATINA

Hubo importantes y originales aportes del campo socialista, del marxismo y del anarquismo en América Latina, anteriores o contemporáneos de Mariátegui. Ya a partir de mediados del siglo XIX, aunque con mayor protagonismo a fines del siglo, aparecen otros nombres: el de Rhodakanaty, a partir de una propuesta de socialismo cristiano, de Lallemant en Argentina, quien, según Vitale (2001, 37-9) debe considerase como uno de los primeros marxistas de América Latina. Un lugar importante tuvo la propuesta del socialismo utópico de Esteban Echeverría.

También hubo destacados aportes del ya citado cubano Carlos Baliño, quien se acercó a Martí; del chileno Luis Emilio Recabarren, del venezolano Salvador de la Plaza, del argentino Aníbal Ponce, de los cubanos Julio Antonio Mella (antes mencionado) y Martínez Villena, del uruguayo Emilio Frugoni (véase Vitale, 2001, 76 y siguientes). Resaltan además las contribuciones del anarquismo con González Prada en el Perú, o Flores Magón en México:

> Fue el anarquismo que mostró, hasta los años 20, una flexibilidad extrema para heredar buena parte de todo aquel híbrido mundo de pensamientos inspirados en proyectos de reformas sociales y de justicia económica, manteniendo,

> sin embargo, un estrecho vínculo, con las clases proletarias urbanas [...]. El socialismo de raíz marxista fue antes de todo la expresión ideológica y política de las clases obreras urbanas de origen migratorio (Aricó, 1987, 421-2)

Recabarren destacó el papel de la mujer, de las capas medias, de los pobladores pobres. Concibió el partido revolucionario ligado estrechamente a las bases y a la propia clase obrera. Fundó el primer y único partido comunista de América Latina, basado en una central obrera y sus sindicatos de base. Concibió los sindicatos como escuelas de vida colectiva.

Salvador de la Plaza defendió las culturas aborígenes, especialmente las de México y Perú. Continuó con el ideal bolivariano de unidad latinoamericana. Sostuvo la necesidad de la colectivización de la tierra, algo inédito por esos tiempos en los programas marxistas. Consecuente con su internacionalismo latinoamericanista, estuvo junto a Farabundo Martí en la revolución salvadoreña, apoyó la revolución mexicana, defendió entusiasta el movimiento de Sandino mediante el periódico *El libertador*, órgano de la Liga Antiimperialista de las Américas, que dirigió en México con el gran muralista Diego Rivera. También respaldó en 1925 la convocatoria de Mella para formar una internacional revolucionaria americana (véase Vitale, 2001).

Es el primer intento de análisis marxista de una formación social latinoamericana. Aquí, la hipótesis sociopolítica decisiva de Mariátegui es que "en el Perú, no existe, y nunca existió, una burguesía progresista con una sensibilidad nacional que se declare liberal y democrática y que base su política en los postulados de la teoría". Sin embargo, Mariátegui proyecta su análisis a la mayoría de los países de América Latina, salvo quizás Argentina, por la presencia de "una burguesía numerosa y rica". Indica que la revolución latinoamericana sólo puede ser una revolución socialista que incluya objetivos agrarios y antiimperialistas, ya que no hay lugar, en un continente dominado por imperios, para un capitalismo independiente (véase Löwy, 1999, 20). Es el socialismo, según Mariátegui, el que puede cumplir las tareas históricas que la burguesía no pudo, no puede y no quiere cumplir en la periferia capitalista, lo que lo diferencia de la concepción estalinista sobre el "desarrollo por etapas".

En este sentido, el análisis de Mariátegui sobre el carácter de la revolución en América Latina (socialista, con objetivos agrarios y antiimperialista), lo salva de posiciones izquierdistas o excesivamente vanguardistas. Eso parece constituir otra de las ori-

Luis Emilio Recabarren destacó el papel de la mujer,

ginalidades en Mariátegui. Más bien, siempre parece apuntar a una visión más "movimientista" y de ampliación democrática, de importantes alianzas ideológico-culturales y de clases (véase Aricó, 1987, 447-459).

MARXISMO Y LATINOAMERICANISMO DE MARIÁTEGUI

Mariátegui criticó en 1928 el idealismo y culturalismo de Rodó, de manera quizás un tanto excesiva. Sus observaciones se relacionaban con la identidad o la cultura latinoamericana:

> A Norte América capitalista plutocrática, imperialista, sólo es posible oponer eficazmente una América, latina o ibera, socialista (...) Es ridículo hablar todavía del contraste entre una América sajona materialista y una América Latina idealista (...) Todos estos son tópicos irremisiblemente desacreditados. El mito de Rodó no obra ya –no ha obrado nunca– útil y fecundamente sobre las almas. Descartemos, inexorablemente, todas estas caricaturas y simulacros de ideologías y hagamos las cuentas, seria y francamente, con la realidad (1979, 267).

En todo caso, hay en el autor una apuesta latinoamericanista (y antiimperialista) fuerte, aunque diferente a la de Rodó y de Vasconcelos (mucho más cercana a la de Martí), que puede verse en términos

de las capas medias, de los pobladores pobres.

teórico-ideológicos y en términos políticos. En el primer aspecto, su mayor contribución fue el análisis nacional a partir de un instrumental teórico-metodológico marxiano. Produjo "el encuentro entre el marxismo y la realidad nacional", y,

> desembarazándose no sólo del lastre eurocentrista de la Segunda Internacional sino también de la ceguera de la Tercera Internacional para el hecho latinoamericano, no obstante el lugar que (se) había asignado a los pueblos oprimidos, coloniales y dependientes, en la estrategia mundial (Sánchez Vázquez, 1992, 336-7).

Se basaba en su concepción de un marxismo que "no sea en América calco y copia", sino "creación heroica" (Mariátegui, 1979, 267).

Desde el ángulo político, el latinoamericanismo se manifestó en su praxis política, tanto interna como externa al Perú. Por algunos años, adhirió a la propuesta del APRA, de conformar un frente único antiimperialista que luchara por la unidad política y la justicia social en América Latina. Luego se distanció de ella.

Mariátegui no consideraba el antiimperialismo como un programa político en sí mismo –como enfatizaba el aprismo– y en todo caso derivaba su análisis

de una lectura marxista: sólo se podría eliminar el imperialismo a partir de la construcción del socialismo:

> (...) En suma, somos antiimperialistas porque somos marxistas, porque somos revolucionarios, porque contraponemos al capitalismo el socialismo como sistema an-

LEGADOS DE UNA OBRA

De Mariátegui (y también de Antonio Gramsci) dijo José Aricó:

> Lo que no deja de sorprendernos en ambos es el carácter incompleto, abierto y problemático de sus escritos; aquella capacidad de contener una pluralidad de significados, que nos obliga a participar de una lectura que es, al mismo tiempo, una construcción nuestra (1988, 31).

Con la muerte del peruano se cierra también,

> [el] breve período del marxismo teórico latinoamericano: fue preciso esperar más de treinta años para que el movimiento generado por la revolución cubana liberase de un ostracismo velado o explícito la figura excepcional de un pensador hoy transformado en punto de referencia obligatorio para todo pensamiento crítico y revolucionario (Aricó 1987, 459).

"La división internacional del trabajo consiste en que unos países se especializan en ganar y otros en perder. Nuestra comarca del mundo, que hoy llamamos América Latina, fue precoz: se especializó en perder desde los remotos tiempos en que los europeos del Renacimiento se abalanzaron a través del mar y le hundieron los dientes en la garganta. Pasaron los siglos y América Latina perfeccionó sus funciones. Este ya no es el reino de las maravillas donde la realidad derrotaba a la fábula y la imaginación era humillada por los trofeos de la conquista, los yacimientos de oro y las montañas de plata. Pero la región sigue trabajando de sirvienta. Continúa existiendo al servicio de las necesidades ajenas, como fuente y reserva del petróleo y el hierro, el cobre y la carne, las frutas y el café, las materias primas y los alimentos con destino a los países ricos que ganan. consumiéndolos, mucho más de lo que América Latina gana produciéndolos. Son mucho más altos los impuestos que cobran los compradores que los precios que reciben los vendedores (...).

Es América Latina, la región de las venas abiertas. Desde el descubrimiento hasta nuestros días, todo se ha trasmutado siempre en capital europeo o, más tarde, norteamericano, y como tal se ha acumulado y se acumula en los lejanos centros de poder. Todo: la tierra, sus frutos y sus profundidades ricas en minerales, los hombres y su capacidad de trabajo y de consumo, los recursos naturales y los recursos humanos. El modo de producción y la estructura de clases de cada lugar han sido sucesivamente determinados, desde fuera,

por su incorporación al engranaje universal del capitalismo. A cada cual se le ha asignado una función, siempre en beneficio del desarrollo de la metrópoli extranjera de turno, y se ha hecho infinita la cadena de las dependencias sucesivas, que tiene mucho más de dos eslabones, y que por cierto también comprende, dentro de América Latina, la opresión de los países pequeños por sus vecinos mayores y, fronteras adentro de cada país, la explotación que las grandes ciudades y los puertos ejercen sobre sus fuentes internas de víveres y mano de obra. (Hace cuatro siglos, ya habían nacido dieciséis de las veinte ciudades latinoamericanas más pobladas de la actualidad.)

[...] Tenemos todo prohibido, salvo cruzarnos de brazos. La pobreza no está escrita en los astros; el subdesarrollo no es el fruto de un oscuro designio de Dios. Corren años de revolución, tiempos de redención. Las clases dominantes ponen las barbas en remojo, y a la vez anuncian el infierno para todos.

[...] Los fantasmas de todas las revoluciones estranguladas o traicionadas a lo largo de la torturada historia latinoamericana se asoman en las nuevas experiencias, así como los tiempos presentes habían sido presentidos y engendrados por las contradicciones del pasado. *La historia es un profeta con la mirada vuelta hacia atrás: por lo que fue, y contra lo que fue, anuncia lo que será*" (Galeano, 1988 [1970], 1-11).

Eduardo Galeano (fragmento de *Las venas abiertas de América Latina*).

Algunas conclusiones

Luego de este recorrido por el pensamiento y la praxis latinoamericanista e integracionista que se conforman a lo largo de más de un siglo de existencia de Nuestra América, es posible indicar algunas conclusiones:

- En América Latina ha habido un proyecto y una utopía común: consiste en la construcción de una verdadera unidad e integración, de carácter intransferible. Las revoluciones independentistas de la primera independencia asumieron claramente un contenido nacionalista, integrador y democratizante. Las luchas sociales, nacionales y antiimperialistas de fines del siglo XIX y comienzos del XX también reafirman la necesidad de esta unidad, en el marco de un proyecto más definido y radicalizado, cuya expresión más nítida la expresa Martí: ahí se superan claramente los moldes eurocéntricos y las polaridades

maniqueas entre civilización y barbarie. Por su parte, este se nutre y enriquece con los aportes del marxismo latinoamericano y de las luchas socialistas. Luego, tales propuestas asumen renovada vigencia, sobre todo a partir del ciclo de las luchas populares desatadas con la victoria de la revolución cubana y vuelven nuevamente en la actual década, a partir de los intentos de construcción de una unidad latinoamericana y bolivariana, con un nuevo carácter político-económico-cultural, socialista, y con un fuerte protagonismo de los movimientos sociales y de las clases populares.

- Debemos tener en cuenta que cuando hablamos de 'América Latina' nos referimos más a un proyecto y a una utopía, que a una realidad ya preconstituida o definitiva, una "unidad en la diversidad" con distintos horizontes y trayectos históricos. Pero sin duda, ese proyecto y esa utopía tienen una cierta matriz común en términos de sus formaciones sociales. La discusión sobre la o las identidades latinoamericanas debe tener ese marco y no el de perspectivas románticas o precapitalistas de carácter conservador. Tampoco, el de una matriz eurocéntrica. Por el

contrario, ha de retomar lo mejor de nuestras tradiciones de pensamiento y de lucha.

- Una de las contribuciones fundamentales del latinoamericanismo ha sido la del desarrollo e intento de fundamentación de tradiciones culturales y de pensamiento, propias y auténticas. Se trata de no reproducir sin ninguna crítica el saber y las culturas europeas o de otras latitudes, sino de haberse vinculado con nuestras particularidades y desafíos más profundos, dialogando horizontalmente y recogiendo lo mejor de un intercambio genuino con esas tradiciones, apuntando siempre a la búsqueda de la universalidad. Se trata también de no reproducir el extremo y el error opuesto, cayendo en posiciones 'exotistas' o provincianas, que destaquen excesivamente la 'originalidad' latinoamericana.
- Valen aquí las certeras palabras de Fernando Martínez Heredia, al remarcar el carácter particular de nuestras señas de identidad:

> El colonialismo y el imperialismo son instancias unificantes en América Latina, pero también lo son las identidades autóctonas y las creadas por los aportes étnicos, comunitarios, nacionales, de grupos sociales, de las lenguas y otros. Las resistencias, las uto-

pías, las rebeldías sociales, son acumulaciones culturales americanas que serán decisivas para la preparación de las profundas y radicales transformaciones que necesita América Latina, probablemente, la región del mundo más cargada de contradicciones (2004, 21).

- A lo largo de este recorrido hemos querido dejar la idea de que la verdadera integración y unidad latinoamericana es un proyecto inacabado y que admite distintas variantes. Importantes protagonismos, luchas de las clases y de sectores populares han orientado su búsqueda, en un sentido democratizador y participativo. Esa búsqueda ha supuesto una combinación de distintas luchas y expresiones de los pueblos originarios, de los afro-descendientes, obreros, campesinos, artesanos, mujeres, estudiantes, intelectuales, capas medias, de la pequeña burguesía, etcétera. Vale aclarar que nuestro carácter de capitalismo dependiente supuso la inexistencia o debilidad de una burguesía con un proyecto nacional-latinoamericano de desarrollo, salvo en algunos períodos más bien excepcionales. Más bien, ella se ha aliado con las oligarquías nativas y los grandes capitales trasnacionales.

- La lucha integracionista se ha enfrentado a los intereses de las clases dominantes locales, de las potencias imperialistas y del gran capital comercial, industrial y financiero, tanto nacional como extranjero. Primero, lo hizo ante los intereses de España y Portugal; luego, ante los de Inglaterra. Y, sobre todo, ha confrontado los intereses imperiales de los gobiernos de Estados Unidos. Esto ha atravesado toda la historia moderna de Nuestra América, hasta nuestros días.

- Los desafíos de una integración real y genuina también han batallado en las últimas décadas con los intereses de las grandes compañías del capital trasnacional y de los organismos multilaterales de crédito. Además, es claro que Estados Unidos ha desarrollado, ya desde la doctrina Monroe, su propia propuesta de 'integración' americana: esta se basa en las concepciones y prácticas del panamericanismo y de la ocupación militar, que han asumido diversas formas institucionales, económicas, culturales, políticas, de 'cooperación' militar, etcétera. Dicha propuesta de integración subordinada se ha contrapuesto históricamente con la perspectiva de integración 'nuestroamericana'.

- En este sentido, algunas lecciones de este latinoamericanismo e integracionismo que atraviesa la historia contemporánea de América Latina suponen que su vertiente más radical y genuina asume un carácter: antiimperialista, popular y antioligárquico, democrático y socialista, multiétnico, antidogmático y diverso, con importante participación del Estado y un fuerte protagonismo y control de la sociedad civil y los movimientos sociales. De esa manera, se conforma un proyecto propio y original de desarrollo autónomo, con relaciones de solidaridad y cooperación con otros procesos y proyectos similares de otras latitudes. Se trata de una propuesta claramente afirmativa, de contornos propios, no meramente reactiva o 'negativa'. La misma, sin estar cerrada ni acabada, ya se delinea claramente en el período que abordamos en este libro.
- Lamentablemente, esta alternativa de integración no ha sido la hegemónica en la historia moderna de América Latina, ni tampoco en las últimas décadas. Estas han sido de dictaduras de seguridad nacional y represión, neoliberalismo, apertura comercial indiscriminada, empobreci-

miento y dominación cultural, agudización de la dependencia económica y política, desastres ecológicos y empobrecimiento de las grandes mayorías.

- Sólo en los últimos años, tales tendencias comienzan a revertirse, al amparo de las luchas sociales, culturales y políticas de buena parte del mundo y particularmente de Nuestra América. Y con ello resurgen, sin duda, muchos de los desafíos, reflexiones y utopías que nos legaron los sueños y las luchas de aquellos hombres y mujeres empeñados en la construcción de una patria grande, justa, soberana y digna. Resurgen con una actualidad sorprendente, no como elementos retóricos o de museo, ni con todas las respuestas a mano.

Referencias bibliográficas

AÍNSA, FERNANDO. 1990. *Necesidad de la utopía*, Nordan, Montevideo.

AÍNSA, FERNANDO. 1999. *La reconstrucción de la utopía*, Ediciones del Sol, Buenos Aires.

ALBERDI, JUAN BAUTISTA. 1886 (1838). "Reacción contra el españolismo", en *La Moda*, 14 de abril. Obras completas. Tomo I, La Tribuna Nacional Bolívar, Buenos Aires.

ARDAO, ARTURO. 1990 (1986). *Nuestra América Latina*. Banda Oriental, Montevideo.

ARDAO, ARTURO. 1997. "El latinoamericanismo de ayer a hoy", en *Cuadernos de Marcha,* 132, 3-16, serie Raíces de la integración latinoamericana I, octubre, Montevideo.

ARDAO, ARTURO. 1997b. "Unión y denominación en el marco de la Independencia", en *Cuadernos de Marcha*, 133, 3-8, serie Raíces de la integración latinoamericana II, diciembre, Montevideo.

ARDAO, ARTURO. 1998. "Unión y denominación en el marco de la Independencia", en *Cuadernos de Marcha*, 135, 3-8, serie Raíces de la integración latinoamericana III, enero, Montevideo.

ARDAO, ARTURO. 1998b. "Unión y denominación en el marco de la Independencia", en *Cuadernos de Marcha*, serie Raíces de la integración latinoamericana IV, 136, 3-9, febrero, Montevideo.

ARDAO, ARTURO. 1998c. "Unión y denominación en el marco de la Independencia", en *Cuadernos de Marcha*, 137, 3-8, serie Raíces de la integración latinoamericana V, marzo, Montevideo.

ARDAO, ARTURO. 1998d. "De la Unión Hispanoamericana a la Unión Latinoamericana", en *Cuadernos de Marcha*, 138, 3-8, serie Raíces de la integración latinoamericana VI, abril, Montevideo.

ARDAO, ARTURO. 1998e: "De la Unión Hispanoamericana a la Unión Latinoamericana", en *Cuadernos de Marcha*, 140, 3-11, serie Raíces de la integración latinoamericana VII, junio, Montevideo.

ARDAO, ARTURO. 1998f. "La integración cultural en el americanismo literario", en *Cuadernos de Marcha*, serie Raíces de la integración latinoamericana IX, diciembre, Montevideo.

ARICÓ, JOSÉ. 1982 (1980). *Marx y América Latina*, Alianza Editorial, México.

ARICÓ, JOSÉ. 1987. "O marxismo latino-americano nos anos da Terceira Internacional", en Hobsbawm, Eric J (org.), *História do Marxismo. O Marxismo na época da Terceira Internacional: o Novo capitalismo, o Im-*

perialismo, o Terceiro mundo, volumen 8, Paz e Terra, segunda edición, 419-459, Río de Janeiro.

ARICÓ, JOSÉ. 1988. "Geografia de Gramsci na América Latina", en Coutinho, Carlos Nelson y Nogueira, Marco Aurelio, *Gramsci e a América Latina*, Paz e Terra, 25-60, Río de Janeiro.

BELLO, ANDRÉS. 2006 (1848). "Modo de estudiar la historia", en *El Araucano*, 913, Santiago de Chile. En http://www.ensayistas.org Consulta en 2006.

BILBAO, FRANCISCO. 1986 (1865). "Iniciativa de la América. Idea de un Congreso Federal de las Repúblicas" en Zea, Leopoldo (compilador), *Ideas en torno de Latinoamérica.* Unam-Udual, vol. I y II, México, D. F.

BOLÍVAR, SIMÓN. 1986 (1815). "Carta de Jamaica", en Zea, Leopoldo, editor, *Ideas en torno de* Latinoamérica, Unam, México.

BOLÍVAR, SIMÓN. 1986b (1819). "Discurso de Angostura", en Zea, Leopoldo, editor, *Ideas en torno de Latinoamérica,* Unam, México.

Córdoba, Universidad Nacional (UNC). 2006. Manifiesto de la FUC de Córdoba – 1918, *La juventud argentina de Córdoba a los hombres libres de Sud América*, sitio web de la UNC, http://www.unc.edu.ar/manifiesto.html. Consulta en 2006.

CUEVA, AGUSTÍN, 1987 (1977). *El desarrollo del capitalismo en América Latina*, Siglo XXI, 11ª edición, México.

DARÍO, RUBÉN. 1998 (1898). "El triunfo de Calibán", en *Revista Iberoamericana*, número especial 184-5, coordinación de Aníbal González, pp. 441-455.

DE OLIVEIRA, FRANCISCO. 2004. "Fronteras invisibles", en AAVV, *Oito Visoes da América Latina: perto de um mundo distante*, Banco do Brasil, Río de Janeiro.

ECHEVERRÍA, ESTEBAN. 2006. *Dogma socialista*, capítulo VIII, "Independencia de las tradiciones retrógradas que nos subordinan al antiguo régimen", http://www.ensayistas.org. Consulta en 2006.

FERNÁNDEZ RETAMAR, ROBERTO. 1973 (1971). *Caliban cannibale,* Voix – François Maspero, París.

FERNÁNDEZ RETAMAR, ROBERTO. 2004. *Todo Calibán*. Clacso, Buenos Aires.

FERNÁNDEZ RETAMAR, ROBERTO. 2006. *Pensamiento de Nuestra América. Autorreflexiones y propuestas*, Clacso, Buenos Aires.

GALEANO, EDUARDO. 1988 (1970). *Las venas abiertas de América Latina*, Ediciones del Chanchito, segunda edición, Montevideo.

GUADARRAMA, PABLO, 2004. *El pensamiento de la integración latinoamericana ante la globalización,* Corredor de las Ideas, http://www.corredordelasideas.org Consulta en 2006.

INGENIEROS, JOSÉ. 2005. *Las fuerzas morales*, Libros del Dos de Bastos, Bogotá.

KOHAN, NÉSTOR. 2003. *Ideario socialista. El socialismo desde una perspectiva histórica*, Longseller.

LARRAÍN IBÁÑEZ, JORGE, 1996. *Modernidad, razón e identidad en América Latina*, Andrés Bello, Santiago de Chile.

LÖWY, MICHAEL (org.). 1999. *Marxismo na América Latina. Uma antologia de 1909 aos dias atuais*, Ed. Fundaçao Perseu Abramo, Sao Paulo.

LÖWY, MICHAEL**.** 1999b. "Introduçao", en Löwy (1999).

MARIÁTEGUI, JOSÉ CARLOS. 1970 (1928). *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, Biblioteca de Marcha, colección Teoría y Praxis, Montevideo.

MARIÁTEGUI, JOSÉ CARLOS. 1979. *Obra política*, prólogo, selección y notas de Rubén Jiménez Ricárdez, Era, México.

MARIÁTEGUI, JOSÉ CARLOS. 1999 (1927). "Prólogo a La Tempestad en los Andes", en Löwy.

MARIÁTEGUI, JOSÉ CARLOS. 1999b (1929): "Punto de vista antiimperialista", en Löwy (1999).

MARTÍ, JOSÉ. 1980 (1891). *Nuestra América*, introducción de Pedro Henríquez Ureña, Losada, Buenos Aires.

METHOL FERRÉ, ALBERTO, 2001: "El escenario regional e internacional en el cambio de milenio", en AAVV, 2001, *Mercosur y Alca. El futuro de la integración de los pueblos de América Latina*, Primer Seminario Internacional de Prolides, marzo, Montevideo.

RAMA, ÁNGEL, 1998. *La ciudad letrada*, Arca, Montevideo.

RAMA, CARLOS M. 1978. *Historia de América Latina,* Bruguera, Barcelona.

RODÓ, JOSÉ ENRIQUE. 1985 (1900). *Ariel*, Alba, segunda edición, Madrid.

RODRÍGUEZ, JUAN MANUEL. 1985. "Introducción", en Rodó (1985, 7-28).

ROIG, ARTURO ANDRÉS.1981. *Teoría y crítica del pensamiento latinoamericano,* Fondo de Cultura Económica, México.

ROMERO, JOSÉ LUIS. 1977. *Prólogo*, en Romero, Luis Alberto (compilador), *Pensamiento político de la emancipación (1790-1825*, Biblioteca Ayacucho, tomo I, Caracas.

SALAZAR BONDY, AUGUSTO. 1976 (1968). *¿Existe una filosofía de Nuestra América?,* Siglo XXI, cuarta edición, México.

SÁNCHEZ VÁZQUEZ, ADOLFO. 1992. "El marxismo latinoamericano de Mariátegui", en AAVV, *América Latina, historia y destino. Homenaje a Leopoldo Zea,* tomo II, 331-9, Unam, México.

SANDINO, AUGUSTO CÉSAR. 2006 (1929). *Plan de realización del supremo sueño de Bolívar*. En sitio web de Portal Alba (Alternativa Bolivariana de las Américas): www.alternativabolivariana.org. Consulta en 2006.

SARMIENTO, DOMINGO FAUSTINO. 1896 (1845). "Civilización y barbarie", en *Obras completas de D. F. Sarmiento,* volumen VII, edición de J. Luis Gómez Martínez, Buenos Aires. En www.ensayistas.org. Consulta en 2006.

SOLER, RICAURTE. 1980. *Idea y cuestión nacional latinoamericanas. De la independencia a la emergencia del imperialismo,* Siglo XXI, México.

VASCONCELOS, JOSÉ, s. f. (1925). *La raza cósmica: misión de la raza iberoamericana, notas de viajes a la América del Sur,* Agencia mundial de Libería, Barcelona.

VASCONCELOS, JOSÉ. 1927. "El pensamiento iberoamericano", en Vasconcelos, José, *Indología. Una interpretación de la cultura iberoamericana*, Agencia Mundial de Librería, Barcelona.

VITALE, LUIS. 2001. *La larga marcha por la unidad y la identidad latinoamericana. De Bolívar al Che Guevara*, Ed. Txalaparta, Concepción, Chile.

ZEA, LEOPOLDO. 1976. *El pensamiento latinoamericano,* Ariel, tercera edición, Barcelona.

ZEA, LEOPOLDO (compilador). 1986. *Ideas en torno de Latinoamérica*, Unam-Udual, vol. I y II, México, D. F.

ZEA, LEOPOLDO 1998. "1898 en el pensamiento latinoamericano y la reconciliación iberoamericana", en *Cuadernos de Marcha,* 139, 63-72, mayo, Montevideo.